No me olvides

Sonia Lasa





No me olvides

Sonia Lasa

Editorial EGALES

Sonia Lasa, 2017

ISBN: 978-84-17 319-10-6

Imagen de portada: Robert Jones, Arcangel Images

Marta, de treinta dos años, trabaja como editora en una modesta editorial. Un día se ve obligada a acudir a la presentación de un libro y allí se encuentra con Sofía, un fantasma del pasado. Desde ese momento, todo lo que había tratado de enterrar y olvidar, vuelve con más fuerza que nunca dispuesto a quedarse. Por fin, va a conocer la respuesta a la pregunta que lleva atormentándola durante diez años; esta contendrá el futuro que siempre había soñado hasta empañar el recuerdo del pasado.

Por otro lado, su presente también se ve alterado ante la aparición de otra mujer, Estela, una joven pintora que irrumpe en su vida y que se propondrá conquistar su corazón. A partir de ahí, Marta tendrá que decidir si quiere volver al pasado aceptando así un futuro incierto o lanzarse a vivir el presente dejando de lado las normas que se ha impuesto durante años.

A mi aitona, por mostrarme la honradez y la solidaridad en estado puro, y por su lucha por mantener vivos sus recuerdos.

A mi mujer, porque siempre consigue arrancarme una sonrisa.

Los prejuicios son difíciles de erradicar del corazón de aquellos
que nunca han fertilizado su educación.
Crecen allí, firmes como malas hierbas entre rocas.

Charlotte Brontë

Capítulo 1

Estela

La oficina sigue exactamente igual. Es lunes y acabo de reincorporarme al trabajo tras mi descanso estival. En el despacho, la mesa de cristal con el *skyline* de Nueva York grabado, sigue llena de manuscritos esperando a ser leídos. Formo parte de la plantilla de una pequeña y modesta editorial, Pearson Books. El nombre procede de su dueño, Mike Pearson, también inglés, además de ser mi adorable jefe. Fue la herencia que su padre le dejó. Hace algunos años conoció a su mujer, una española, y decidió abrir una nueva oficina en Madrid. Publicamos libros tanto en inglés como en español. Yo soy licenciada en Filología Inglesa, además de ser una apasionada de la lectura. Cuando terminé la carrera, Mike confió en mí para hacer sus prácticas aquí y, una vez pasado el periodo de prueba, me contrató. En unos años, fui ascendida a jefa de edición. Disfruto enormemente de mi trabajo, y cada manuscrito que llega a mis manos es como un nuevo regalo que ansío abrir.

He disfrutado de un inolvidable crucero por las islas griegas, en un barco lleno de mujeres solteras y bonitas. Todas ellas dispuestas a gozar cada segundo como si fuera el último. Ése era el plan: diversión y nada de compromisos. Quince días bajo el sol y una preciosa chica en mi cama es todo lo que necesito, y no he tenido problemas para conseguirlo. Con treinta y dos años, me encuentro en mi mejor momento. Me considero una chica atractiva y segura de mí misma. Además cuento con un poder de seducción que me hace irresistible, o por lo menos eso dicen. Con una simple mirada muchas mujeres caen rendidas a mis pies, y una de ellas fue Rita, aunque seguramente ése no es su verdadero nombre ya que en este

tipo de cruceros todas suelen mentir. Yo tampoco suelo revelar el mío. Contraté ese viaje para pasar un buen rato, y Rita fue la compañía perfecta. Además de no hacer preguntas, en la cama era increíble. Sólo hay una regla: lo que pasa en el barco se queda en el barco.

Los folios de mi mesa no dejan de mirarme, y mi jefe me acaba de llamar para recordarme que tienen que estar listos para el viernes. Menudo lunes me espera. Intento alejar mis pensamientos sobre las islas griegas que apenas he visitado, ya que, la mayor parte del tiempo, lo he pasado encerrada en el camarote admirando las curvas de la encantadora Rita.

—¡Marta! ¡Marta!

Mi ayudante Cristina acaba de irrumpir en mi despacho.

—¿Sí?

—Por lo que veo sigues de vacaciones. Han llegado dos más y Mike los quiere para antes del viernes. Prioridad absoluta.

—¿No puede encargarse Clara? Yo estoy a tope.

—Clara se fue ayer de vacaciones, así que todo tuyo. Por cierto, el miércoles es la presentación del último libro de Matías Alborch y el jefe quiere que te dejes caer por allí y que le hagas una pequeña crónica —me dice con tono irónico.

—Si lo llego a saber, me quedo en Grecia.

—Ahora mismo te traigo un café porque veo que lo vas a necesitar.

—Gracias, siempre estás en todo. Por favor, cierra la puerta cuando salgas y que nadie me moleste.

Me animo a destapar uno de los manuscritos y me dejo llevar por la magia de las palabras que hay en él. Gracias al café que me ha traído Cristina y a la buena literatura que tengo entre mis manos, transcurren tres horas sin apenas darme cuenta. Hacía tiempo que no llegaban obras tan buenas a la editorial. Sería un buen ejemplar para publicar aunque esa decisión no me corresponde a mí. Yo sólo me encargo de su lectura, de la corrección y de la elaboración de un pequeño dosier que resuma la obra y su correspondiente análisis para contrastar que sigue nuestra línea editorial. La última palabra la tiene Mike.

—Salgo a comer, ¿te vienes?

—No, ya casi he terminado de leer el primero y me gustaría

hacer el informe. Si puedes traerme una ensalada cuando vuelvas, te lo agradecería.

—Eso está hecho, pero deberías salir y airearte. No es bueno que el primer día después de las vacaciones pases tantas horas aquí encerrada.

—¿Has visto mi mesa? Si quiero que estén listos para el viernes, creo que voy a tener que dormir aquí.

—Te he visto hacer más trabajo en menos tiempo. No te agobies, además sabes que eres su ojito derecho.

—Y por eso me manda todo esto ¿no?

—Lo hace porque sabe que eres la única que puede tenerlo a tiempo.

—Gracias, Cristina. Anda, ve a comer y disfruta tú que puedes.

—Hasta luego.

Tras redactar el informe en un tiempo récord, comienzo con la lectura del segundo. Éste, por el contrario, me parece demasiado aburrido, además de tener un considerable número de faltas de ortografía. Me encantaría poder descartarlo cuando voy por el tercer capítulo, pero ése no es mi estilo. Me gusta leer las obras completas a pesar de que no cumplan con los requisitos. Siempre pienso en ese autor o autora que hay detrás de cada historia y en la gran parte del tiempo que ha dedicado a escribirla; por ello, cada novela, por muy mala que sea, se merece una lectura completa. Por suerte para mí, al no encajar con la línea editorial, me libro de redactar dicho informe. Así que sólo debo depositar la copia en la mesa de Cristina junto con un pósit que diga: «Leído». Entonces ella se encarga de devolverlo a su autor con la correspondiente y negativa carta de agradecimiento por haber depositado su confianza en la editorial.

—Toma, tu ensalada —dice Cristina que acaba de entrar por la puerta.

—Mmmm, que bien porque me muero de hambre.

Como no puedo contenerme, abro desesperada el recipiente. Sólo tengo en el estómago el café que ella me ha traído al comienzo de la mañana y me muero de hambre. Despejo todo lo que puedo mi mesa y devoro cada uno de los ingredientes que forman la ensalada César, mi preferida. Cristina, mientras tanto, disfruta de un café cuyo aroma se extiende por toda la oficina.

—Ya te vale, tu primer día y no sales ni a comer. Lo tuyo sí que es devoción.

—No es eso, pero si quiero que todos estos estén listos para el viernes, no puedo perder el tiempo. Por cierto, lo del miércoles, ¿tenemos el libro?

—Sí, ¿por qué?

—¿Pretendes que vaya a la presentación sin leerlo y encima hacerle una crónica a Mike?

—Aquí lo tienes junto con la invitación. Al parecer va a ir la *crème de la crème* —me responde acercándome el sobre.

—Genial, y ¿por qué no va otro? A Óscar le encantan estas cosas.

—Ya te he dicho que Mike quiere que vayas tú.

—Pues me debe unas cuantas. ¿Y por qué no va él?

—Tiene una reunión con Carmelo Pastor para hablar de su última novela. Ya sabes que es nuestra principal fuente de ingresos.

—Sí, lo sé. Ojalá apostara por algunas de las autoras que guardo en mi cajón, son novelas realmente fascinantes.

—Ya sabes cómo es él, le gusta moverse entre hombres.

—Bueno, las tres autoras que publicamos el año pasado no han funcionado nada mal.

—Aunque no lo creas, valora mucho tu opinión. Si no fuera así, jamás las hubiera publicado. Así que puedes alegrarte.

—Supongo que tienes razón. De todas formas, el mes que viene volveré a hablarle de ellos y ahora voy a seguir leyendo, que como siga así voy a tener que llevarme trabajo a casa.

—Eso sí que no, ni hablar. A las siete salimos de aquí y nos vamos a tomar algo. Así me cuentas tus vacaciones, que me tienes en ascuas.

—Vale, yo invito.

Leyendo, corrigiendo y volviendo a leer, me dan las siete. Recogiendo mis cosas, decido llevarme el libro que se presenta el miércoles para echarle un vistazo en casa. Cristina me mira y hace un gesto con la cabeza.

—No tienes remedio.

Salimos juntas y cruzamos la calle para dirigirnos al bar de siempre. Solemos ir mucho por allí, sobre todo los días que trabajamos jornadas infernales, cuando se aproxima la fecha de

publicación de algún libro. The Break, así se llama el local que tiene cierto aire inglés y que en innumerables ocasiones ha sido testigo de muchos de nuestros desvelos laborales y personales. Nos sentamos en una de las mesas, en un rincón donde se respira tranquilidad. Una camarera se acerca y pedimos un par de cervezas. Me fijo en ella. Debe de ser nueva porque es la primera vez que la veo por allí.

—Bueno, cuéntame —dice Cristina mientras deja su bolso en una silla.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Cómo ha ido ese crucero, si has conocido a alguien…

—Era un crucero lleno de mujeres solteras, así que sí, he conocido a alguna.

—¿Ha habido alguien especial?

—La verdad es que no. Bueno, he disfrutado de la compañía de una pero nada más.

—¿Por qué siempre haces lo mismo? Actúas como si realmente no te importara nadie.

—Ya sabes que no me gustan los compromisos.

En ese momento la camarera vuelve a la mesa con las cervezas. Ha sido sólo un instante, pero le ha dado tiempo a guiñarme un ojo e indicarme con la mirada que preste atención a la servilleta que descansa bajo mi botellín. Cristina no se ha percatado de nada.

—No puedo creer que jamás te hayas enamorado.

—En este momento, no necesito a nadie en mi vida.

—Bueno, tú misma. ¿Lo pasaste bien?

Siempre hace lo mismo. Suelta esos comentarios como si nada y luego pasa a otro tema con total normalidad. Decido levantar la cerveza y mirar la servilleta de reojo: «Acabo en una hora. Si te apetece nos vemos en el Scissors», consigo leer. Scissors es un local de ambiente donde muchas lesbianas se dan cita. En él yo he acabado en más de una ocasión.

—¡Marta! Te preguntaba si lo pasaste bien.

—Sí, muy bien.

—Me alegro. Brindemos por ello.

—Por un barco lleno de mujeres solteras.

—Y por uno lleno de solteros.

—No creo que a tu marido le haga ninguna gracia.

Reímos un buen rato imaginando la situación y, cuando

conseguimos parar de reír, llega Marcos, el marido de Cristina.

—Hola.

Nos miramos las dos un instante y nos vuelve a dar otro ataque de risa. Marcos nos mira sin entender nada.

—¿Me he perdido algo? —pregunta sorprendido.

—Nada, cariño. Esta Marta que tiene unas cosas…

Me quedo observándolos mientras se besan y me fijo en cómo se miran el uno al otro. Hay miradas que dicen más que cualquier palabra, y ellos saben comunicarse a la perfección sin que sus bocas emitan ningún sonido. Ese vacío que tanto insisto en disimular y ocultar grita desde lo más profundo de mí ser al ver esa complicidad entre ellos.

—¿Estás bien? —me pregunta Cristina intuyendo que algo no lo está.

—Sí, es sólo que se ha hecho tarde. Os dejo, tortolitos. No seáis malos.

—Ni tú. Hasta mañana.

Al salir del bar, respiro profundamente. El sentimiento que había decidido enterrar hacía tiempo sigue ahí y vuelve a latir tan fuerte como entonces. Todos estos años de esfuerzo por olvidarla no habían servido de nada. Todas las chicas con las que me he acostado han sido simples distracciones para no pensar en ella. Saco del bolsillo la servilleta que me ha dado la camarera hace un rato y decido acercarme al Scissors. No quiero pensar en nada, y tal vez allí consiga distraerme.

A pesar de ser lunes, el bar está abarrotado. Se trata de una cita obligada para cualquier lesbiana que ande por la zona. Me acerco a la barra para pedir una cerveza. No soy de beber mucho, pero una cerveza bien fresquita nunca la rechazo. Al parecer hay una fiesta temática. La camarera que me atiende lleva una túnica griega que deja al descubierto parte de sus encantos. La pista de baile está decorada como si de un templo griego se tratara y, en el centro, un cartel de dimensiones considerables luce «Fiesta de Lesbos» bajo una luz bastante tenue. Si por algo es famoso el Scissors, es por su discreción y sus fantásticas fiestas.

Observo a mi alrededor durante un buen rato hasta que alguien se sienta a mi lado.

—Siento el retraso. Soy Estela —se presenta plantándome dos

besos en la mejilla.

—Marta. ¿Una cerveza?

Al quitarse la chaqueta de cuero que lleva puesta, no puedo evitar fijarme en su figura. Es más bien delgada y tiene unos ojos preciosos. Me resulta muy atractiva.

—No suelo hacer esto, lo de escribir mensajes en las servilletas de los clientes, pero ha sido verte y no he podido resistirme. ¿Te apetece bailar?

La pista está saturada. En otras circunstancias habría declinado la oferta, pero Estela me mira de una forma que conozco a la perfección y me es imposible decirle que no. Me coge de la mano y, como si me deslizara, me lleva hasta la pista. Las gogós que allí bailan parecen ninfas contoneándose al ritmo de la música. Yo me dejo llevar y, al cabo de unos segundos, siento sus manos rodeando mi cintura, y su cuerpo cada vez más cerca del mío. De repente acerca sus labios a mi oído.

—¿Nos vamos?

La única respuesta que se me ocurre es besarla. Llevo un buen rato deseando probar esos labios tan carnosos. Ella me corresponde al beso explorando mi boca al detalle. Vuelve a cogerme la mano y salimos del bar. A pocos metros de la puerta hay una moto aparcada. Abre el cofre de la parte trasera y saca dos cascos.

—¿No te gustan las motos? —me pregunta al ver mi cara.

—No mucho —contesto poco convencida.

—Tú agárrate fuerte. Prometo no correr —me dice mientras me vuelve a besar.

He decidido dejarme llevar para olvidar ese sentimiento que vuelve a atormentarme, así que me monto en la moto y cierro los ojos. El paseo dura quince minutos. Llegamos a un bloque de pisos bastante deteriorado. Estela abre una puerta de garaje y entramos con su moto. Mientras yo me quito el casco, puedo ver que se trata de un *loft* bastante grande y, en contraste con el exterior, parece recién reformado.

—Estás en tu casa. ¿Otra cerveza?

Se quita su chaqueta y me ayuda con la mía. Yo me dejo hacer y ella aprovecha para acariciarme con las yemas de sus dedos. Recibo esas caricias como una señal y la empujo contra la pared para besarla apresuradamente. Al acariciar sus pechos por encima de la

camiseta, puedo notar como sus pezones se endurecen. En unos minutos ambas estamos sin ropa encima de la cama, explorándonos y comiéndonoslo todo. Estamos así hasta bien entrada la madrugada hasta que el cansancio se apodera de Estela y se rinde. Entonces yo me levanto a buscar mi ropa. Es hora de irme, aunque la curiosidad me puede y doy una pequeña vuelta por la estancia. Hay muchos libros y cuadros. Al fondo puedo distinguir un pequeño estudio de pintura. Acabo de romper una de mis principales reglas, la de «no implicarme». Así que me marcho con el máximo sigilo posible, como si fuera una ladrona.

Capítulo 2

Fantasma

Es miércoles y la presentación a la que tengo que acudir es dentro de dos horas. Acabo de salir de la ducha y estoy arreglándome. No me gusta nada asistir a este tipo de eventos, pero mi trabajo lo requiere. He leído el libro y me ha parecido algo pretencioso pero, teniendo en cuenta a su autor, no me sorprende en absoluto. He conseguido que Jorge me acompañe. Es uno de mis mejores amigos. Nos conocimos en la facultad mientras estudiábamos la misma carrera, y desde entonces nos hemos vuelto inseparables. Carlos, su pareja, tiene que trabajar hasta tarde, así que no me ha sido difícil convencerlo para que me acompañe a esta velada, casi con total seguridad, aburrida.

Suena el timbre y, como siempre, llega antes de lo acordado.

—Hola guapa —me saluda mientras le abro la puerta.

—Todavía no estoy lista. Llegas una hora antes —le digo mientras vuelvo a mi habitación para terminar de vestirme. Él me sigue y se fija en los dos vestidos que tengo sobre la cama.

—Ponte el negro, te queda de escándalo.

—Te haré caso. ¿Qué tal Carlos?

—Trabajando a todas horas. Está pendiente de un ascenso, sin atreverse a decir que no a nada. Ya le he dicho que, como siga así, se acabó lo nuestro.

—Cómo eres. Cuando tú montaste el estudio, él te apoyó. Ahora te toca hacer lo mismo.

—Lo sé, pero es que el año pasado hablamos de aumentar la familia, y con tanto trabajo es imposible. No quiero esperar más. Creo que ahora es el momento.

—Todavía sois jóvenes, pero si así lo sientes, habla con él —le aconsejo mientras le pido que me ayude con el vestido.

—Como el sábado es nuestro aniversario, he preparado una cena romántica. Sacaré el tema, a ver qué pasa.

—Voy a maquillarme un poco y ya estoy. Si te apetece beber algo, sírvete tú mismo.

—Supongo que en la presentación habrá vino, ¿no?

—Eso espero porque, si no, va a ser un infierno. Te prometo que sólo estaremos un rato y luego nos vamos a cenar donde tú quieras.

—Vale, pero tú invitas.

—¡Qué morro tienes!

Cuando termino de arreglarme decidimos coger un taxi para no llegar tarde. El acto se celebra en una conocida galería del barrio de Malasaña. El autor del libro es amigo del dueño y ha decidido hacer allí la presentación. Este tipo de actos siempre están llenos de gente. Le digo a Jorge que vaya a por unas copas de vino blanco, mientras yo me mezclo con los asistentes. Intento intercambiar impresiones con otros editores. Más o menos nos conocemos todos, y unos y otros andamos a la caza del que podría ser el próximo *best seller*.

Decido dar una vuelta por la estancia. Las obras que cuelgan de las paredes captan mi atención; concretamente un cuadro donde aparece una mujer desnuda pero con una mirada desafiante. Me quedo embobada admirándolo.

—Creía que tenías que relacionarte con los escritores —me dice Jorge acercándome una copa.

—Ya he escuchado todo lo que tenía que escuchar. Siempre es lo mismo. Escritores que alardean de sus obras aunque algunas no tengan ningún mérito y editores que se creen visionarios. ¿Has visto este cuadro?

—No me van las mujeres, ya lo sabes.

—No, en serio. ¿Te has fijado en sus ojos?

—Da un poco de miedo.

Entonces desvío la mirada para descubrir el siguiente cuadro y allí está ella. Han pasado diez años, pero puedo reconocerla al instante. Me quedo paralizada y no soy capaz de reaccionar.

—¿Se puede saber qué te pasa? Ni que hubieras visto un fantasma —dice Jorge al verme.

—Sí que lo he visto, y está allí mismo —acierto a decir.

—¿Dónde?

—La que está de espaldas frente a ese cuadro.

—¡Cariño, como no me des más pistas…!

—Jorge, es Sofía.

—Venga ya, cómo va a ser ella. Además, hace años que no la ves. ¿Cómo sabes que es ella?

—Lo sé. Vámonos, no quiero que me vea.

—¿Estás de broma? Eso sí que no —me dice mientras me agarra del brazo y me lleva hasta ella. Yo tiro fuerte queriendo soltarme, pero Jorge me lo impide.

—¿Sofía? No sé si te acuerdas, fuimos alumnos de tu clase de Narrativa inglesa —le dice mientras le planta dos besos—. Si me disculpáis, voy a por algo de beber.

Yo me quedo sin habla, mirándola. A pesar de haber pasado todo este tiempo, sigue igual de atractiva.

—Hola, Marta —me dice rompiendo el hielo.

—Hola.

No me atrevo a decir nada más. Mi corazón late deprisa y siento que me falta el aire.

—¿Conoces al autor? —me pregunta, ignorando nuestro pasado.

—Trabajo en una editorial y suelo acudir a estas presentaciones —respondo un tanto seca.

—Yo he venido con una compañera de la universidad, aunque, si te soy sincera, no me ha gustado nada el libro.

—A mí tampoco —le digo mirándola a los ojos. Había olvidado su color, ese verde esmeralda que tanto me cautiva.

—Me resultan más interesantes los cuadros —me dice volviendo la mirada a la obra de arte que está colgada junto a nosotras.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunto armándome de valor.

—¡Marta! ¡Qué casualidad verte por aquí!

La camarera del The Break acaba de acercarse a nosotras. Sofía me está mirando fijamente a los ojos. Siento que va a darme una explicación que llevo esperando diez años, pero la chica no ha podido escoger peor momento para acercarse.

—Hola —digo intentando disimular que no recuerdo su nombre.

—Soy Estela —se presenta a Sofía, acabando con toda posibilidad de que ésta se explique.

—Sofía, un placer.

—¿También has venido a la presentación? —pregunto por cortesía.

—No. He venido a ultimar con el dueño de la galería mi próxima exposición.

—¿Eres pintora?

—Lo intento —dice sonriendo—. Es muy difícil vivir del arte, así que lo tengo como *hobby*. Tomad, unas invitaciones. Será el mes que viene.

—Gracias —le digo intentando dar por zanjada la conversación, pero ella no se da por aludida.

—He visto que estabais más pendientes de los cuadros que de la presentación del libro. ¿Qué os parece la obra?

—Si me disculpáis. Tengo que irme. Un placer —dice Sofía dirigiéndose a Estela—. Adiós, Marta, me ha alegrado mucho verte.

Me gustaría agarrarla del brazo y retenerla, pero mi cuerpo no responde. Me quedo allí, quieta, con los pies clavados en el suelo como si fueran una parte más del parqué y veo como Sofía se pierde entre los invitados para luego desaparecer una vez más. Estela me mira con cara de no entender lo que acaba de pasar.

—Perdona, creo que he interrumpido algo —me dice—. Si quieres, me voy.

—No, no te preocupes. Además tienes razón, la presentación ha sido de lo más aburrida. Estos cuadros me parecen fascinantes.

—El autor ha sabido captar el interior de la modelo. Creo que hablan por sí solos. ¿Los has visto todos?

—No, sólo los de este lado —le digo, intentando olvidar el encuentro con Sofía.

—Entonces te faltan por ver los mejores. ¡Vamos!

Aferrándome a Estela para no pensar, dejo que me hable sobre las obras expuestas. Es una apasionada del arte.

En la galería ya va quedando menos gente, y entonces me acuerdo de Jorge.

—Perdona, he venido con un amigo y no sé dónde está. «¿Dónde estás?», le escribo en el WhatsApp, e inmediatamente me responde: «En casa. Espero que tu reencuentro haya merecido la pena». Decido no contestar porque sería difícil explicar en un mensaje todo lo que acaba de ocurrir.

—¿Todo bien? —me pregunta Estela, que sigue a mi lado.

—Sí, aunque es un poco tarde para mí. Mañana trabajo.

—Si quieres puedo acercarte.

—No hace falta. Cogeré un taxi.

—Me quedo más tranquila llevándote yo. Prometo ser buena —me dice sonriendo.

Acepto el ofrecimiento, y al salir me ayuda a montar en su moto. Durante el trayecto le voy dando indicaciones para llegar hasta mi casa. Una vez allí, me ayuda a bajar. Me quito el casco y se lo devuelvo.

—Muchas gracias por traerme —le digo.

—Ha sido todo un placer —me responde mientras se acerca a mí. Sé lo que viene ahora y, aunque mi cabeza está en otra parte, dejo que me bese—. Buenas noches, que descanses —dice a modo de despedida. Yo le hago un gesto con la mano y me apresuro hasta el portal.

Ya en casa, me meto bajo la ducha esperando que el agua aclare todo lo que mi cabeza no es capaz de asimilar pero, cuando termino, sigo igual de confusa. Haber visto a Sofía después de tantos años me ha descolocado. El dolor que tanto me he esforzado en enterrar ha vuelto a salir y viene dispuesto a quedarse.

Paso toda la noche recordando aquel triste día y todavía sigo preguntándome por qué. Al no conseguir conciliar el sueño, me refugio en la lectura. Me pierdo, como he hecho tantas veces, entre las páginas de *Jane Eyre*, en una primera edición que me regalaron unos amigos y que guardo como si fuera un tesoro. La he leído en muchas ocasiones porque la protagonista tiene algo que me fascina. Me dejo trasladar a la época victoriana hasta que el sueño me vence.

El trabajo es mi mejor medicina. Leer los borradores que llegan a mi mesa es lo único que consigue evadir mis pensamientos pero, en esta ocasión, no lo logro. No paro de darle vueltas al inesperado encuentro con Sofía. Por un lado, quiero olvidarlo cuanto antes y seguir con mi vida pero, por otro, necesito verla y oír una explicación de sus labios.

—Veo que la presentación de ayer se alargó —me comenta Cristina, que acaba de acercarme un café.

—Si lo dices por mis ojeras, sí, fue una presentación de lo más

intensa —ironizo.

—Ya me lo imagino. Lo poco que he leído de ese autor no me ha gustado nada. Pero ¿tanto se alargó?

—No, me marché antes de que acabara, pero me encontré con alguien que hacía años que no veía.

—Vaya, entonces sí que fue intensa la noche —dice con una sonrisa.

—No es lo que tú crees, pero preferiría no hablar de ello.

—Como quieras. A veces eres tan misteriosa que daría lo que fuera por saber qué pasa por esa cabeza.

—Gracias por el café. Debo seguir con esto.

—Si necesitas algo, ya sabes dónde estoy.

—Gracias.

Vuelvo a estar a solas con mi mesa de trabajo desbordada. La obra que acabo de terminar puede encajar con nuestra línea editorial, así que redacto el dosier correspondiente y añado mis notas particulares. Todavía me quedan cuatro más por leer y comienzo con el siguiente. Ya en la segunda página, advierto que no encajará pero, aun así, decido leerlo y darle una oportunidad. Entonces Sofía vuelve a instalarse en mi cabeza. Por fin consigo terminar el borrador, que pongo en el montón de los descartados. No dejo de recordar la pequeña conversación de ayer y caigo en la cuenta de que había mencionado que iba acompañada por una colega de la facultad. *¿Habría vuelto a dar clases?* Consultando en internet la página de la Facultad de Filología, rebusco entre el profesorado. Allí está, sigue dando clases de Literatura inglesa. Sin pensarlo, copio en un papel el número de teléfono de su despacho y su email, aunque ahora no me siento con fuerzas para llamarla y decido posponerlo.

Sigo trabajando con los manuscritos y las horas se me pasan volando.

—Yo ya me voy. ¿Te apetece una cerveza? —Me ofrece Cristina antes de irse.

—No. Quiero terminar con esto.

—No te vayas muy tarde. Eso puede esperar a mañana y lo sabes.

—Mañana llegarán otros tantos, y entonces tendré el doble de trabajo. No te preocupes. Sólo me quedaré un par de horas más.

Hasta mañana, y saluda a Marcos de mi parte.

—Te dejo las llaves donde siempre. No te olvides de poner la alarma.

No es la primera vez que me quedo a solas en la oficina. Para mí es mucho más placentero leer las obras sin ningún ruido de fondo, es un deleite. Me pierdo entre las páginas y me dejo llevar por las historias que se esconden tras ellas. Éste me ha gustado, y creo que también puede gustarle a Mike. Antes de empezar con el penúltimo, vuelvo a pensar en Sofía. Cogiendo el móvil tecleo su número, pero inmediatamente cuelgo. A estas horas seguro que ya no está en su despacho. Decido escribirle un email:

> Hola Sofía, soy Marta. Me gustaría verte. Te espero el viernes a las ocho en la plaza Santa Ana.

Después de repasarlo unas cuantas veces, pulso *enter*. Ahora sólo espero que acuda a la cita. Debo seguir trabajando y así lo hago. El último manuscrito se trata de un ensayo pero nosotros sólo publicamos novelas, así que va directamente a la mesa de Cristina, al montón de los descartados.

Recojo mis cosas e intento dejar mi escritorio lo más ordenado posible. Antes de salir, activo la alarma y me voy caminando hasta casa. Esta noche hace un poco de frío, pero me sienta bien pasear bajo la luz de la luna. Hay muchas estrellas en el cielo y me siento acompañada por ellas. Deseo que llegue el viernes cuanto antes para poder volver a verla de nuevo, necesito que me explique qué es lo que ocurrió hace diez años.

Capítulo 3

Sofía

Comenzaba mi último año de carrera. Había perdido el autobús y llegaba tarde. El aula ya estaba cerrada, así que llamé antes de entrar. Al igual que los años anteriores, la clase apenas contaba con veinte alumnos. La carrera de Filología Inglesa no era una de las más populares. Tras disculparme, me senté en la última fila.

—Agradecería que fueran puntuales. No me gustan las interrupciones —advirtió, desviando la mirada hacia mí—. Les decía que el profesor Martín se ha jubilado y seré yo quien les imparta la asignatura de Narrativa inglesa. Como saben, éste es su último año y tienen que elegir el tema para sus tesis. Todos los profesores estamos a su disposición. En la puerta de mi despacho tienen toda la información sobre las tutorías. Mi nombre es Sofía y, si no tienen preguntas, comenzaremos con la clase.

Al ser el primer día, apenas entramos en materia. La profesora dedicó toda la hora a explicar el temario del curso y, como si estuviera bajo una especie de hechizo, yo no podía dejar de mirarla. Me fijé en su silueta, que era perfecta, y en su melena desenfadada de color negro azabache, que me pareció brillar de una forma casi imposible. Estudié sus vaqueros, que dejaban entrever, como si de un boceto se tratara, sus elegantes curvas y su blusa, que, desabrochada hasta el límite, dejaba al descubierto un insinuante escote. No podía apartar la vista de sus ojos, unos ojos verdes con una seguridad aplastante. Hablaba de la literatura con gran pasión y se notaba que dominaba la materia, que aquello le gustaba de verdad.

—Para los que hayáis pensado hacer la tesis sobre literatura

victoriana, podéis contar conmigo, es mi especialización.

Fue entonces cuando lo supe. Ya tenía el tema para la mía.

—Soy Carlos.

Alguien a mi lado me acababa de hablar, pero yo seguía mirando a aquella diosa como si acabara de llegar del mismísimo Olimpo.

—¿Estás bien?

—Perdona, estaba pensando en la tesis —mentí.

—Me llamo Carlos, recién llegado del País Vasco.

—Marta, madrileña de pura cepa. ¿Entonces es tu primer año?

—Sí. Pedí el traslado de expediente porque tengo pensado hacer un máster aquí en Madrid. Apenas conozco la facultad. ¿Te importaría ser mi cicerone?

—Claro, aunque no esperes gran cosa. Esta facultad es aburridísima. ¿Has tomado notas del temario?

—Sí, y por lo que he visto a esta profesora le va la literatura victoriana.

—A mí me encanta esa época —dije emocionada.

—No es una de mis preferidas, pero reconozco que hay obras verdaderamente geniales. Entonces tu tesis será…

—Escritoras victorianas, por supuesto. —Estaba deseando tener mi primera tutoría con aquella fascinante mujer.

—Lo mío es la literatura erótica.

—Entonces te recomiendo que hables con el profesor de Lingüística. Creo que es un apasionado del tema y puede orientarte.

—Estupendo. ¿Quedamos luego para comer?

—Sí, y te presento al grupo.

Como había llegado tarde, mis compañeros del año pasado ya estaban sentados en las mesas de la segunda fila y no había podido hablar todavía con ellos. Eran Rosa, Celia, Jorge y Andrea. Llevábamos juntos desde el primer curso y éramos como una piña.

Las clases de ese primer día se me hicieron eternas y apenas me enteré de nada porque no podía quitarme de la cabeza a la encantadora profesora. Por fin acabó la última clase de Lingüística y pude reunirme con mis amigos en la cafetería del campus.

—Martita, ¿qué tal el verano? No he sabido nada de ti. —Ella era Rosa. El primer año nos enrollamos un par de veces hasta que se enamoró de una de sus compañeras de piso. Todavía seguían juntas

y con muchos planes de futuro. Pero eso no era un problema para que fuese mi mejor amiga y, por qué no decirlo, mi protectora.

—Pues ya sabes: playita, sol, cervecita y poco más. ¿Y tú qué tal veraneando con tus suegros?

—Genial. Los padres de Alicia son majísimos y se han portado estupendamente.

—Me alegro. ¿Y vosotros qué tal?

—Yo lo de siempre. Estuve en Ibiza y me lié con todos los tíos buenos que andaban por allí. —Ése era Jorge, capaz de ligar en una misma noche con cinco tíos distintos y recordar cada uno de sus nombres. Según él, estaba en esa fase de experimentarlo todo—. La vida es demasiado corta para desaprovecharla, chicas.

—Creo que soy la más normalita del grupo. He pasado todo el verano aburrida en el pueblo de mis padres.

—Venga ya, Celia. Seguro que has hecho algo más. —Celia se había puesto colorada. Era la más reservada del grupo y también algo mojigata.

—Madre mía, ¡no me digas que te has estrenado! —preguntó Jorge guiñándole un ojo.

—Tú siempre pensando en lo mismo. He empezado a salir con un chico que también veranea allí —le respondió todavía más colorada.

—Al parecer sólo quedáis vosotros dos para que sentéis la cabeza —comentó Rosa digiriendo su mirada a Jorge y a mí.

—Eso nunca —sentenció Jorge—; además, te olvidas de Andrea.

—No, ella ya no tiene remedio —dijo Rosa antes de soltar una carcajada.

—El amor está sobrevalorado. Opino igual que Jorge. Somos jóvenes, tenemos que experimentar —apunté yo.

—Muy graciosa, Rosa. Yo he disfrutado todo lo que he podido. Marta, el año que viene te vienes conmigo al Sound Festival. Han sido cuatro días inolvidables.

Andrea también era un culo inquieto como yo y su lista de conquistas era interminable. Nos pusimos al día de nuestras respectivas aventuras veraniegas, y pude ver a Carlos a lo lejos. Le hice un gesto con la mano para que se uniera a nosotros.

—Chicos, éste es Carlos. Ellos son Rosa, Celia, Jorge y Andrea. Carlos es vasco, es su primer año aquí.

—Encantada —dijo Andrea, plantándole dos besos y comiéndoselo con la mirada. Aunque esa conquista se me antojaba bastante improbable porque Carlos ya había puesto sus ojos en Jorge. Se sentó con nosotros y se integró en la conversación como uno más del grupo.

—¿Os habéis fijado en la nueva profesora? —preguntó Andrea mirándome fijamente—. Está bastante buena, ¿no te parece, Marta?

—La verdad es que no me he fijado demasiado —volví a mentir.

—Pues yo creo que es tu tipo.

—Es bastante más mayor —dije intentando mostrar el menor interés.

—¡Entonces te has fijado! —respondió guiñándome un ojo—. Querida, la edad es experiencia. Además, algo me dice que también entiende.

—No digas tonterías. Seguro que está casada. Es más, éste es nuestro último curso y hay que darlo todo. Ya tengo el tema de mi tesis y quiero centrarme en ella.

—Tú misma. Una pena que me gusten los tíos, porque Sofía está cañón.

—Carlos, no te asustes con éstas, siempre están igual —dijo Jorge desviando la conversación—. ¿Compartes piso?

—Sí, con tres chicas estudiantes de Medicina.

—Yo también, en la Latina. Así que, si quieres que te enseñe Madrid, sólo tienes que pedírmelo —se ofreció con cierto aire coqueto.

—Eso sería genial. Te doy mi número y hablamos.

Las miradas entre Carlos y Jorge echaban chispas. Durante el tiempo que estuvimos en la cafetería no pararon de hablar. Andrea, que tampoco callaba, nos contó con todo lujo de detalles su verano lleno de conquistas. Rosa me miraba de vez en cuando con gesto de no poder aguantarlo más. Celia, como siempre, parecía estar en su mundo y yo... Yo no podía dejar de pensar en Sofía.

Estuvimos un par de horas más en la cafetería y luego nos despedimos. Mi cabeza era un hervidero con todo el asunto de la tesis, por lo que decidí acercarme a la biblioteca. Como el mostrador estaba vacío, aproveché para renovar mi carné. Debía consultar muchos libros y quería organizarme. Me senté en una mesa y redacté un pequeño listado en el cuaderno con todas las

autoras que conocía de la época victoriana: Jane Austen, las hermanas Brontë y Elizabeth Gaskell, entre otras. Tenía que investigar en internet sobre la época y buscar alguna más. Quería que aparecieran todas, sin excepción, que cada una de ellas quedara reflejada en mi trabajo. Había pensado hablar de sus obras pero también de sus vidas, de las dificultades con las que se habían topado y cómo lograron superarlas. Estaba tan concentrada que no me había dado cuenta de que alguien acababa de sentarse frente a mí. Alcé la vista un segundo: allí estaba la diosa. La miré y capté una sonrisa en sus labios.

—Tú eres quien ha llegado tarde a mi clase de Literatura inglesa, ¿no?

—Lo siento, el autobús se ha retrasado —dije casi temblando.

—El primer día y ya estás trabajando. Eso es bastante atípico —comentó la profesora mientras abría uno de sus libros.

—He decidido el tema de mi tesis y estaba organizando las ideas —contesté desviando la mirada, porque esa mujer conseguía ponerme nerviosa.

—¿Y cuál has escogido?

—Literatura victoriana. Concretamente autoras de esa época.

—Interesante. Si necesitas ayuda, sólo tienes que pedirla —se ofreció poniéndome todavía más nerviosa—. ¿Puedo? —dijo señalando mi cuaderno.

—Claro. —Se lo pasé.

Sofía leyó en silencio, y al rato me lo devolvió.

—Yo incluiría a Mary Anne Evans, que firmaba bajo el seudónimo de George Eliot. Fue una escritora muy interesante. Creo que tampoco debería faltar Elizabeth Barrett Browning, una gran poetisa.

—No las conocía, pero me pondré a ello. Gracias —dije mirando esos ojos que ya me habían cautivado.

—De nada. Puedes usar las horas de tutoría para resolver todas las dudas que tengas —añadió, volviendo a sonreír y centrando su atención nuevamente en el libro que tenía entre sus manos—. Una época interesante, ¿no crees? —me preguntó al cabo de unos segundos, siendo consciente de que la estaba mirando algo ensimismada—. La época victoriana tuvo que ser realmente apasionante. Estaría bien que retrataras cómo se vivía entonces.

Me fascinó su forma de hablar y la pasión con la que lo hacía. Asentí y tomé notas de todo. Levantándome con la excusa de ir a buscar un libro, conseguí camuflarme entre las estanterías. Noté que me temblaban las piernas, pero no podía dejar de mirarla. Entonces pensé en lo que Andrea había dicho en la cafetería. Ya me había fijado en sus manos: no llevaba alianza. «Venga, Marta, es mucho mayor que tú, ni te lo plantees», me dije. Decidí seguir buscando algunos libros más porque el solo hecho de volver a sentarme cerca de ella me ponía claramente nerviosa. Cuando los encontré, tuve que volver a la mesa.

—Al parecer no hay ninguna obra de Elizabeth Barrett Browning —me atreví a decir.

—Yo puedo dejarte *Sonetos del portugués*; es su obra más conocida aquí en España. Pásate mañana por el despacho. Su vida, en mi opinión, es muy interesante. En sus primeros años de adolescencia, contrajo una extraña enfermedad pulmonar. Algunos suponen que fue tuberculosis, pero otros historiadores piensan que fue una lesión en la columna vertebral a causa de una caída. Esto hizo que su familia la tratara como a una inválida. Pasó mucho tiempo confinada en su dormitorio, ya que su padre así lo dispuso por recomendación médica. Apenas recibía visitas y la rodeaba un silencio absoluto. Para sobrellevarlo, hacía pequeñas expediciones nocturnas a la biblioteca de su padre. Comenzó a crecer en aquella estancia y desarrolló una inteligencia prodigiosa para la literatura, concretamente para la poesía.

—Muchas autoras tuvieron su primer contacto con la literatura gracias a la soledad. Virginia Woolf con su enfermedad, en cierta manera, también se aislaba del mundo.

—Así es. Además, en aquella época, las mujeres que escribían apenas eran valoradas. Por eso es interesante que en tu tesis menciones la sociedad de entonces, ya que influyó de una forma decisiva en todas estas autoras.

—Muchas gracias por los apuntes. Voy a organizarme y a estructurar las ideas. Así mañana podré enseñárselo.

—Por favor, trátame de tú. No soy tan mayor —dijo mirando su reloj—. Vaya, llego tarde. Suerte con esa tesis.

La profesora se levantó y se fue. Yo me quedé mirándola hasta que desapareció por la puerta de la biblioteca. Acababa de

conocerla, pero ya ocupaba todos mis pensamientos. Era mi último curso y, si quería terminarlo con buena nota, tendría que centrarme y aparcar ese tipo de distracciones, pero no sería nada fácil conseguirlo.

Dediqué un par de horas más al análisis de las ideas hasta que logré tener frente a mí una buena estructura sobre la que trabajar. Después abandoné la biblioteca. De camino a casa, pude ver en el escaparate de la librería de mi barrio que buscaban un ayudante. Entré sin dudarlo. Conocía desde hacía tiempo a los dueños, un matrimonio que rondaba los sesenta; Mario y Lucía. En cuanto me vieron entrar por la puerta, me saludaron con una cálida sonrisa.

—Hola, Marta. ¿Qué tal ha ido el primer día?

—Buenas tardes, Lucía. Muy bien. Ya tengo el tema para mi tesis.

—Déjame adivinar… literatura victoriana.

Yo era cliente asidua, y Lucía sabía al dedillo mis gustos literarios.

—Cómo me conoces. He visto que buscáis ayudante, y a mí me encantaría. Un poco de dinero extra me vendría genial.

—Pues no se hable más. Te conocemos desde hace años, sabemos que eres una apasionada de la literatura. Mario y yo ya estamos mayores y cada vez nos cuesta más colocar los libros y cargar con ellos. Te adelanto que el sueldo no será muy generoso. Las ventas cada vez van peor, ya no se vende como antes; con la aparición de internet los hábitos están cambiando.

—No me importa, pero ¿no deberías consultarlo antes con Mario?

—¡Mario! ¡Mario!

—¿Qué pasa? Hola, Marta —me saludó mientras se acercaba al mostrador.

—Marta será nuestra nueva ayudante.

—No imagino a nadie mejor para el puesto. Me alegro mucho. Bienvenida al barco.

—Muchas gracias, Mario. Es todo un honor. ¿Cuándo empiezo?

—Si quieres, mañana mismo. ¿A las seis te viene bien?

—Estupendo. Aquí estaré. Muchas gracias por la confianza, a los dos —dije a la vez que me despedía y abandonaba la librería.

El primer día de mi último curso no pudo haber ido mejor. En

cuanto llegué a casa informé a mi madre de todas las novedades. Llevábamos más de diez años viviendo solas, desde que mis padres se separaron. Mi padre no quiso saber nada de nosotras, así que no lo tuve difícil a la hora de decidir con quién quería vivir. La relación con ella era estupenda. Teníamos un vínculo muy especial y nos entendíamos a la perfección. Cuando le conté con diecisiete años que me había enamorado de una chica, ella sólo me hizo una pregunta: «¿Tú eres feliz?». A lo que yo asentí. «Pues eso es lo único que importa», me dijo.

Desde aquel día, mi madre y yo lo compartimos todo; siempre ha sido mi mejor consejera.

—¿Qué tal el primer día de clase?

—Ha ido genial. Tenemos una profesora nueva especializada en literatura inglesa. Además, ya tengo el tema para mi tesis: escritoras de la época victoriana.

Mi madre pudo ver una mirada distinta en mí, pero no dijo nada. Sabía que tarde o temprano yo se lo contaría.

—Me alegro mucho. Éste es tu último año y ya sabes que tienes que apretar.

—Lo sé. Pero todavía no te he contado lo mejor. Al pasar por la librería de la esquina he visto que buscaban ayudante. Ya sabes que conozco a los dueños.

—Probablemente te vean más que yo —bromeó mi madre.

—Pues me han dado el puesto. Empiezo mañana.

Me miró con gesto preocupado.

—No me gustaría que eso influyera en tus estudios.

—Sólo serán unas horas por la tarde. Además, Mario sabe mucho de literatura y puede echarme una mano con la tesis.

—Sé que eres una chica responsable pero, si te quita mucho tiempo, lo dejas.

—Vale.

Le di un beso en la mejilla y me encerré en mi cuarto para buscar a la profesora de literatura en la red. Encontré varios *links* en los que aparecía su nombre, pero no pude hallar más información que la de tipo corporativa relacionada con la universidad. Busqué en las redes sociales, pero tampoco tuve suerte. Después de un buen rato, acabé desistiendo y decidí explorar sobre literatura victoriana. Tras navegar y naufragar en varias ocasiones, me llamó la atención

un blog, *Letras y Susurros*. En la última entrada se mencionaban algunos poemas de Elizabeth Barrett Browning. Leí uno de ellos:

VII

El mundo parece tan distinto
desde que oí los pasos de tu alma
muy leves, sí, muy leves, a mi lado,
en la orilla terrible de la muerte
donde yo iba a anegarme, y me salvó
el amor descubriéndome una vida
hecha música nueva. Aquellas hieles
destinadas por Dios quiero beber,
cantando su dulzura, junto a ti.
Los nombres de lugar son diferentes
porque estás o estarás aquí o allá.
Y ese don de cantar que yo amé tanto
(los ángeles lo saben) me es querido
sólo porque hace resonar tu nombre.

(Sonetos del portugués – Elizabeth Barrett Browning).

Me gustó tanto que me registré y dejé un comentario:

> Hasta hoy no conocía a esta autora, pero ya forma parte de mis favoritas. Sin duda, se trata de un bello poema. (Marta).

Seguí navegando por el blog hasta que, al llegar al perfil de su creador, descubrí que se trataba de una creadora, pero apenas había información y firmaba bajo el seudónimo *Una enamorada de las letras*.

Capítulo 4

Tesis

La mañana se me antojó eterna. La asignatura de Literatura inglesa tocaba a última hora y era la única que a mí me interesaba. Jorge propuso saltarse la clase de Lingüística y no dudé ni un segundo en apuntarme, así las horas pasarían un poco más rápido. El resto del grupo declinó la oferta, de modo que fuimos los únicos en acercarnos a la cafetería. Pedimos un café y, como no podía aguantarme más, le pregunté sin rodeos:

—¿Qué tal con Carlos?

—Bien, ¿por qué lo preguntas? —me dijo confundido.

—Venga ya, Jorge, se nota a leguas que te gusta. Conmigo no tienes que disimular.

—Ya veo que a ti no hay quien te engañe. Vale, yo te cuento lo mío si tú me cuentas lo tuyo.

—No hay nada que contar.

—Vale. Ahora me vas a decir que no te mola la profesora. —Me puse roja como un tomate—. Eso es un sí, ¿no?

—A veces me asustas. No sé cómo puedes conocerme tan bien —le dije encogiéndome de hombros.

—Lo mismo podría decir yo de ti, querida. De acuerdo, Carlos me gusta, pero no como los demás. No quiero fastidiarla.

—¿Has hablado con él? Porque, por lo que yo he visto, tú también le gustas.

—Por eso quiero ir despacio. Quién sabe, tal vez sea el definitivo. Si te soy sincero, tengo ganas de sentar la cabeza.

—¿Lo dices en serio? Nunca pensé que te oiría decir algo así —comenté incrédula.

—Supongo que estoy madurando —dijo Jorge sonriendo—; y dime, ¿qué te pasa con esa profesora?

—No lo sé. Supongo que es sólo atracción.

—La verdad es que está muy buena. ¿Y?

—Y nada. Es profesora y probablemente me dobla la edad.

—No exageres. A lo sumo puede tener diez años más que tú, pero ¿acaso eso es un impedimento?

—Es mi último año, no quiero cagarla. Quiero hacer la tesis lo mejor posible, y este tipo de distracciones no son buenas. Además, he conseguido trabajo en la librería que hay cerca de mi casa —añadí poco convencida.

—Marta, hay distracciones que son imposibles de evitar.

—Éste no es el caso. Te lo aseguro.

—Tú sabrás, pero ya sabes mi lema: «No desaproveches las oportunidades que te brinda la vida porque, tarde o temprano, te arrepentirás».

—Gracias, maestro. Ahora, si me perdonas, me voy a clase de Literatura inglesa —dije mientras me levantaba.

—Claro, no vayas a perderte a tu profesora favorita.

—¡Qué tonto eres! Ella está especializada en literatura victoriana y puede ayudarme mucho con mi tesis —me excusé tontamente.

—Claro, claro, la tesis. —Jorge acababa de pillarme.

—Bueno, ¿vienes o qué?

—Vale, ya voy.

Me aseguré de no llegar tarde. Sofía ya había dejado claro el primer día que no le gustaba la impuntualidad, así que Jorge y yo aprovechamos el cambio de asignatura para volver a colarnos en la clase y sentarnos en nuestros respectivos asientos. Al cabo de cinco minutos llegó ella.

—Buenas tardes. Como ya les comenté ayer, vamos a comenzar por la época del Renacimiento. Hablamos del movimiento cultural que tuvo lugar en toda Europa a lo largo de los siglos XVI y XVII. Concretamente en Inglaterra se conoce a este periodo como «Los años de Shakespeare» —explicó Sofía mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba sobre el respaldo de su silla. Advertí que iba impecable. En su pantalón de pinzas no había ni una sola arruga y la camisa encajaba a la perfección como si de una ejecutiva se tratara. Me fijé en el calzado. Al parecer la profesora no era de

llevar tacones. A juego con el traje lucía unos mocasines, a primera vista de apariencia confortable. Todavía me parecía más atractiva que el día anterior.

—Yo tengo como optativa la asignatura de Shakespeare. ¿Aquí también lo vamos a estudiar? —interrumpió un alumno.

—No vamos a profundizar demasiado en él. Además, sólo trataremos una de sus obras, pero les recuerdo que mi asignatura es Narrativa inglesa y no se puede entender la narrativa anglosajona sin hablar de este gran dramaturgo.

—Menudo rollo —susurró el mismo alumno creyendo que no había llegado a oídos de la profesora.

—Supongo que le parece un rollo porque ya lo sabe todo sobre William Shakespeare. ¿Le importaría compartir con todos nosotros sus conocimientos al respecto?

—Bueno, Shakespeare nació en Inglaterra —respondió con cierto nerviosismo.

—¿Podría decirnos exactamente en qué localidad? —preguntó Sofía mientras desabotonaba las mangas de su camisa y las remangaba ligeramente con una tranquilidad pasmosa.

—En este momento no lo recuerdo —respondió mientras su cara se ponía colorada.

—¿Algo más sobre Shakespeare que quiera apuntar?

—Su obra más importante fue *Romeo y Julieta* —sentenció el alumno mientras la clase entera estallaba en carcajadas.

—Veo que sus conocimientos sobre el autor dejan mucho que desear. Espero que se tome la optativa en serio y al finalizar el curso pueda contarnos algo más —dijo Sofía mientras lo fulminaba con la mirada—. Shakespeare nació en Stratford-upon-Avon, una pequeña localidad al sur de Birmingham. Contrajo matrimonio a los dieciocho años con Anne Hathaway, una mujer mayor que él y embarazada de tres meses.

—Vamos, que se casaron de penalti —bromeó otra compañera.

—Se podría decir que sí, aunque fue su única esposa. Tuvieron tres hijos, dos chicas y un chico, pero este último murió a los once años. Ninguna de sus hijas tuvo descendencia, así que no se conocen más familiares. En cuanto al matrimonio, los historiadores no se ponen de acuerdo. Algunos barajan que fue una pareja feliz, pero otros defienden lo contrario.

—Eso sólo lo sabrán ellos —interrumpió otro.

—Al parecer, el testamento del autor no fue muy amable con Anne. Una de las frases que contenía decía: «Le dejo mi segunda mejor cama», por eso se ha especulado tanto sobre su matrimonio.

—Yo he leído algo sobre su presunta homosexualidad —me atreví a decir de forma espontánea.

Sofía me miró unos segundos y después contestó.

—Se habla de ello debido a una colección de sonetos que fue publicada sin su consentimiento. —Revisó su maletín y sacó unas cuantas transparencias. Tras encender el proyector, colocó una sobre él. Después apagó algunas luces—. Éste es uno de esos sonetos —y comenzó a leer:

Dos amores tengo yo, para disfrute y desesperación,
los cuales como dos espíritus se me insinúan sin cesar;
el ángel bueno es un hombre blanco y apuesto,
el espectro malo, una mujer de color enfermizo.
Para ganarme pronto al infierno, mi diablo femenino
tienta a mi ángel bueno para alejarlo de mí,
y pretende corromper a mi santo para volverlo un demonio,
arruinando su pureza con su vil arrogancia (…).

Yo la escuchaba atentamente cómo recitaba de forma deliciosa aquel soneto que no dejaba en muy buen lugar a la figura de la mujer en general. Cuando terminó, se hizo un silencio absoluto.

—Y bien, ¿qué os parece?

—Un poco misógino ese Shakespeare —comentó una alumna de la última fila, provocando risas entre los compañeros.

—¿Por qué creéis que habla de dos amores?

—Porque es bisexual —respondió Jorge riendo.

—Yo creo que habla de la dualidad del amor —opiné algo tímida, pero con muchas ganas de participar.

—¿Podrías profundizar más? —me preguntó Sofía intrigada.

—El autor cuenta que tiene dos amores o amantes, uno masculino y otro femenino. Al parecer debe decidirse por uno. Al masculino lo identifica como bueno, como un ángel, y al femenino lo compara con el mismísimo diablo. Se podría decir que entre los dos, el masculino tiene las de ganar —puntualicé de forma segura

bajo su atenta mirada.

—Por esto se ha especulado tanto sobre su homosexualidad. Es importante recordar que esta colección de sonetos fue publicada sin su consentimiento.

—¿Entonces era gay o bisexual? —preguntó a modo de mofa otro compañero.

—Cada uno que saque sus propias conclusiones. Lo que sí queda claro es lo que comentó uno de sus principales rivales dramaturgos, Ben Jonson, quien afirmó que «Shakespeare no pertenece a una sola época, sino a la eternidad».

Yo seguía escuchando atentamente. Aquella mujer me tenía embelesada. Era demasiado atractiva y su forma de hablar sobre literatura la hacía parecer más sexy todavía. «Creo que debo alejar ese tipo de pensamientos y centrarme en el tema», me dije a mí misma.

—Mañana empezaremos con la lectura de *Romeo y Julieta*, así que les agradecería que trajeran el libro. Iremos analizando la obra. Sobre la biografía de Shakespeare, tienen más información en el libro para quien le apetezca ampliarla. También veremos las distintas etapas del autor con respecto a los géneros que desarrolló. Les recuerdo que para quien lo necesite, esta tarde de cuatro a cinco disponen de tutoría en mi despacho.

Así dio por finalizada la clase y recogió sus cosas para, seguidamente, abandonar el aula. Yo me uní a mis compañeros mientras salían de la clase.

—¿Alguien se queda a comer? —preguntó Rosa.

—Yo tengo una hora libre hasta la tutoría —respondí. Todos los demás declinaron la oferta. Las clases del día habían finalizado y estaban deseosos de volver a sus casas.

—Como en los viejos tiempos —dijo pasándome el brazo por el hombro mientras nos dirigíamos hacia la cafetería—. ¿Menú o bocadillo?

—Me apetece más menú. Vamos a ver qué tienen preparado para hoy los de hostelería.

Subimos hasta la segunda planta, donde estaba situado el restaurante regentado por los estudiantes de cocina. El menú, que tenía un precio bastante accesible, cinco euros, constaba de dos platos y el postre. Nos acercamos a la barra y cogimos un par de

bandejas. Era un *self-service* donde todos los manjares estaban a disposición de los comensales. Cada una elegimos nuestros platos y nos sentamos en una mesa.

—¿Me vas a contar qué es lo que te traes entre manos con esa profesora?

—¡Oh, vamos! ¿Tú también vas a empezar con eso? —contesté poniendo los ojos en blanco.

—Así que no soy la única que se ha dado cuenta.

—Veis cosas donde no las hay —le dije intentando disimular.

—Venga ya, Marta, que nos conocemos desde hace tiempo. Ahora me vas a decir que Sofía no te hace tilín.

—Vale, lo reconozco, pero es una tontería. Es una profesora. Además tengo veintidós años y ella puede tener ¿qué?, ¿treinta y cinco?

—¿Y? ¿Acaso eso es un impedimento? No lleva alianza. Me he fijado —dijo guiñándome el ojo.

—Eso sólo pasa en las películas. Además, tengo que centrarme en mi tesis. Te recuerdo que ya me tomé un año sabático antes de empezar la carrera. Por cierto, ¿qué tal Alicia?

—Puedes cambiar de tema si quieres, pero he visto cómo la miras.

—Vale, me atrae, pero no hay nada más. ¿Me vas a contar de una vez qué tal va todo con Alicia?

—La verdad es que estamos muy bien y nos entendemos a la perfección. Tenemos pensado irnos a vivir solas cuando acabe el curso. Ya sabes, buscar trabajo, independizarnos y más adelante, quién sabe, casarnos.

—¡Eso suena genial! Me alegro mucho por ti, por las dos. Os deseo todo lo mejor —le dije mientras la abrazaba.

—Muchas gracias. Sabes que eres muy importante para mí y agradezco mucho tu apoyo.

—Como sigamos así, se nos va a enfriar la comida.

—Por cierto, ¿qué pasa con Jorge y Carlos? —quiso saber mientras intentaba enganchar los espaguetis en su tenedor sin éxito.

—No se te escapa una ¿eh? Al parecer Jorge se ha enamorado y a Carlos, bueno, apenas lo conozco pero por cómo lo mira, diría que también le gusta.

—Al final vamos a asentar todos la cabeza. Ya lo verás —dijo

triunfal al conseguir enrollar los espaguetis.

—Tú ya llevas tiempo bastante asentada. ¡Si has veraneado con tus suegros y todo! Será que nos hacemos mayores.

—¡Pero si estamos en la flor de la vida! Lo que pasa es que, cuando alguien te toca el corazón, eso es para toda la vida.

—No conocía esa vena romántica tuya —bromeé—. Por cierto, tengo trabajo en la librería que hay cerca de mi casa.

—¡Eso es estupendo! Trabajando rodeada de libros. Supongo que, junto a la escritura, es el trabajo de tus sueños.

—Desde luego, éste es más sencillo. Lo de escribir es otra cosa.

—Lo poco que me has dejado leer me parece genial. No te subestimes.

—Tengo mucho que aprender y apenas dispongo de tiempo para escribir.

—¿Qué hay de la historia sobre la ejecutiva y la chef?

—Todavía no he conseguido terminarla.

—Pues deberías hacerlo. Recuerdo que lo poco que me dejaste leer me enganchó muchísimo.

—Ahora las clases, la tesis y el trabajo en la librería no me dejan tiempo libre. Supongo que algún día la retomaré.

—Hazlo. No abandones nunca la escritura. Y acuérdate de mí cuando seas famosa —rió.

—¡Ufff, qué tarde! Son casi las cuatro. Me voy a la tutoría —dije levantándome de la mesa y recogiendo mi mochila.

—¡No llegues tarde a tu cita! —me gritó Rosa mientras me alejaba.

Claro que no quería llegar tarde. Después de atravesar corriendo parte del campus, llegué al despacho algo acelerada. Me tomé unos segundos para recuperar el aliento e inmediatamente llamé a la puerta.

—¡Adelante!

—Buenas tardes.

—Buenas tardes. Marta, ¿verdad?

—Sí.

—Toma asiento, por favor —me dijo mientras despejaba su mesa.

—El otro día en la biblioteca me comentó que podría prestarme un libro de Elizabeth Barrett Browning —dije mientras me sentaba

y sacaba una carpeta de mi mochila.

—¡Ah, sí! *Sonetos del portugués*. Creo que lo tengo por aquí. Perdona el desorden, pero tengo tan poco espacio y tantos libros…

Sonreí ante el comentario y vi como mi diosa particular se levantaba y revisaba las dos estanterías que estaban saturadas de ejemplares. Un aroma a jazmín inundaba toda la estancia. Pude apreciar con más detalle el traje que Sofía llevaba puesto y descubrir que la camisa era semitransparente y dejaba entrever una lencería muy sugerente. Me puse colorada al oír mis propios pensamientos.

—Aquí está —dijo por fin mientras se inclinaba sobre mí para pasarme el libro. Rocé sin querer sus dedos y el tomo se me cayó al suelo. Me agaché rápidamente para cogerlo y entonces me encontré con su cara a escasos milímetros de la mía.

—Perdón. ¡Qué torpe soy! —me excusé, sin saber dónde meterme. Quise que me tragara la tierra, pero entonces comprobé que el olor a jazmín provenía de la misma profesora.

Ella se incorporó y volvió a ocupar su sillón.

—¿Tienes ya el esquema de tu tesis? —me preguntó mientras se acomodaba la camisa.

—Sí, he estado trabajando en él —dije, sacándolo de la carpeta y entregándoselo.

—Veamos: sociedad de la época y su literatura. Jane Austen y *Orgullo y prejuicio*; Emily Brontë y *Cumbres borrascosas*; Charlotte Brontë y *Jane Eyre*; Anne Brontë y *Agnes Grey*; Elizabeth Gaskell y *Esposas e hijas*; Elizabeth Barrett Browning y *Sonetos del portugués*…

—Tengo dudas entre las obras de George Eliot. No sé cuál elegir —la interrumpí.

—Veamos, *Middlemarch* es un estudio de la vida en las provincias, así que te podría aportar mucha información sobre la época. Virginia Woolf opinó sobre él y dijo algo así como que «se trata de un libro magnífico, que con todas sus imperfecciones, es una de las pocas novelas inglesas escritas para adultos». Por otro lado, *El molino del Floss* es una historia basada en los recuerdos de la propia autora, en la que hace una crítica a la sociedad desde un punto de vista feminista. Yo te recomendaría que leyeses los dos y luego te decidieras por el que más te guste. Ambos son muy representativos de la época —indicó ella.

Yo la escuchaba entusiasmada. La forma en que hablaba de literatura me fascinaba. Nunca había conocido a nadie que sintiera tanta pasión por el tema. Me perdí en sus ojos de ese intenso verde e imaginé cómo sería besarla.

—Creo que va a ser una tesis muy interesante. ¿Alguna duda más?

Tardé en reaccionar porque seguía mirando sus labios e imaginando su sabor.

—No, de momento no —acerté a decir—, supongo que a medida que vaya avanzando aparecerán muchas.

—Bueno, para eso estoy yo aquí, para solucionarlas o por lo menos, intentarlo. —Me sonrió y para mí fue la mejor sonrisa que había visto en mi vida. La idea de probar esos labios volvió a rondar mi cabeza. Entonces alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Sofía. Se trataba de un compañero que también necesitaba hacer uso de la tutoría. Me miró y yo entendí que la reunión había llegado a su fin. Recogí mis cosas y, cuando iba a cerrar la puerta, me llamó—. Marta, buen trabajo.

—Gracias —contesté.

De camino a la librería, seguía pensando en sus labios, sus ojos, en su voz. Rosa tenía razón, Sofía me gustaba y al parecer mucho más de lo que yo creía. Intenté tranquilizarme y olvidar el asunto, aunque me resultó imposible. Era mi primer día como ayudante y necesitaba estar centrada. No quería cometer ningún error y, a pesar de estar rodeada de libros, no fue suficiente para alejarla de mi cabeza.

Capítulo 5

Un café

Cada vez estaba más contenta con mi nuevo trabajo. Me pasaba las tardes rodeada de libros y descubriendo nuevas joyas literarias. Mario tenía en la trastienda una considerable colección que había puesto a mi disposición, así que podía hacer acopio de algunas obras que podían servirme para mi tesis. Después de una larga tarde colocando las novedades del mes en los estantes, llegué a casa agotada. Comenté con mi madre los acontecimientos del día mientras cenábamos y luego me retiré a mi habitación para enfrascarme un rato en la lectura. Estaba terminando con las aventuras y desventuras de Catherine y Heathcliff, los protagonistas de *Cumbres borrascosas*, cuando me fijé en el libro que me había prestado Sofía. Me tumbé sobre la cama y lo abrí. En la primera página, junto al título de la obra, pude leer una pequeña dedicatoria escrita a mano:

El «para siempre» está hecho de muchos «ahoras».

(Emily Dickinson).

Siempre tuya, Valeria.

Aquella dedicatoria me desconcertó. «Tal vez se trata de una amiga», pensé, pero aquellas palabras sonaban demasiado íntimas para tratarse de una simple amistad. Quizás Sofía tenía una relación con esa tal Valeria. «Podría ser y, si es así, no es de mi incumbencia», me dije. Entonces me percaté de que estaba sintiendo

celos. «Venga Marta, no puede gustarte tanto», me repetí una y otra vez. Decidí cerrar el libro y sentarme al ordenador. Al abrir mi correo vi que tenía un mensaje del blog *Letras y Susurros.*

Es un maravilloso canto al amor. Marta, bienvenida a mi blog.

(Una enamorada de las letras).

Me alegró mucho ver esa cordial respuesta. Leí algunas de las entradas anteriores y todas ellas me parecieron fascinantes. Una nueva apareció de repente en la pantalla. Acababa de ser publicada:

XLI

El alma ensimismada

es una amiga poderosa…

O el espía más agónico

que un enemigo pudiera enviar.

Segura contra sí misma

ninguna traición puede temer;

soberana de sí misma, en sí misma

el alma en espanto permanece.

(Emily Dickinson).

Leí y releí el poema. Me pareció de una intensidad abrumadora. Sin pensármelo dos veces, escribí un comentario:

Un poema que habla sobre el alma y tiene alma propia. Sin duda, bellísimo.

Mientras volvía a leerlo y analizaba cada una de las palabras, mi comentario fue respondido de forma inmediata:

Indudablemente, se trata de un poema con una fuerza extraordinaria.

Me fijé que en el blog había una pestaña que ofrecía la posibilidad de un chat. Hice clic sobre ella y pude ver que la

administradora estaba conectada. Tenía interés en hablar directamente con aquella desconocida.

—Hola, soy Marta. Me encanta tu blog.

Pasaron unos minutos hasta que contestó.

—Hola, Marta. Bienvenida a Letras y Susurros.

—El poema de Emily Dickinson que has publicado me ha parecido maravilloso.

—Fue una gran poetisa. Es una pena que su vida personal fuera casi un misterio, ya que ayudaría bastante a comprender más en profundidad sus escritos.

—Por lo que he podido leer sobre ella, vivió bastante recluida y nunca se casó. Es curioso, porque gran parte de su obra trata del amor.

—Hay varias teorías sobre eso. Algunos especulan con que se enamoró de un joven pero que su padre prohibió la relación. Otros señalan a un pastor protestante casado que tuvo que cambiar de ciudad para evitarla. Y otra de las teorías es que Emily estuvo profundamente enamorada de su cuñada. Lo que sí es un hecho es la relación especial que tuvo con ella, ya que fue una de las pocas personas con las que compartió sus poemas. Por ello se cree que fue ella la que inspiró gran parte de ellos.

—Curioso, no tenía ni idea. Así que tal vez Emily Dickinson era lesbiana —escribí con total confianza.

—Tal vez. Lo que sí queda claro es que estuvo enamorada y, a pesar de no ser correspondida, su enorme pasión está latente en cada una de sus palabras.

—¿Cómo sabes tanto de literatura? —pregunté, interesada.

La respuesta se hizo esperar unos segundos.

—Me gusta leer.

—Ya veo. Te felicito por tu blog. Es muy interesante. Yo estudio Filología Inglesa y estoy preparando mi tesis. Acabo este año.

Hubo una pausa.

—¿Y sobre qué va tu tesis?

—Literatura victoriana. Bueno, algunas autoras, las más importantes o las más interesantes para mí. Es una época que me apasiona. Si pudiera viajar en el tiempo, iría allí, sin duda. Me encantaría ver con mis propios ojos cómo se las apañaban para poder escribir y hacerse un hueco en aquella sociedad dominada por hombres.

—La verdad es que no debió de ser una época fácil para ellas, pero muchas consiguieron salir airosas y mostrar su talento al mundo.

—Así es. Por suerte, hoy en día todo eso ha cambiado aunque todavía no hayamos conseguido esa igualdad absoluta.

—Tendrán que pasar muchos años más para llegar hasta ese punto. Lo importante es que cada vez estamos más presentes.

—Ese tema también quiero tratarlo en mi trabajo y hacer una comparación con la situación de hoy en día.

—Suena interesante.

—La verdad es que estoy muy ilusionada. Termino este año y quiero hacerlo con buena nota. Me ha encantado charlar contigo, pero mañana tengo clase y es tarde para mí. Gracias por la conversación. Espero que podamos volver a hablar.

—El placer es mío. Siempre que te apetezca, aquí tienes un hueco. Buenas noches.

—Buenas noches.

Apagué el ordenador y, después de lavarme los dientes, me metí en la cama. Entonces, repasando la agradable e interesante conversación que acababa de acontecer, caí en la cuenta de que aquella mujer seguía siendo todo un misterio para mí: sólo sabía que era *Una enamorada de las letras.*

Habían pasado varias semanas y el día se presentaba bastante completo. Además de las clases habituales, tuve que asistir a un par de optativas. Avisé a la librería de que esa tarde no podría ir a trabajar, ya que a última hora tenía tutoría para repasar el avance de mi tesis. La Navidad estaba a la vuelta de la esquina y con ella los primeros exámenes. Tras comer algo rápido en la cafetería al mediodía con mi amiga Rosa, me marché deprisa porque ya llegaba tarde a la optativa. Iba tan concentrada y tan rápido que al girar por el pasillo me choqué de bruces con alguien. Varias carpetas terminaron cayendo al suelo, y una gran cantidad de papeles volaron literalmente. Yo también acabé sentada en el suelo, y antes de alzar la cabeza, adiviné contra quién había chocado. Su aroma a jazmín era inconfundible.

—¿Estás bien? —me preguntó Sofía tendiéndome su mano.

—Perdóneme. Iba tan deprisa que no la he visto —dije creyendo

morir de vergüenza.

—¿Te has hecho daño?

—No, no ha sido nada —mentí porque sentía un dolor agudo en mi mano derecha.

—Creo que estas hojas son tuyas —asentí, y junto a una carpeta y otros folios que había podido rescatar, las recogí.

—Muchas gracias. Lo siento de veras. Siempre voy corriendo a todos los sitios —me disculpé mientras me masajeaba la muñeca.

—Deberías pasarte por la Facultad de Medicina para que te miren esa mano. Nos vemos esta tarde. Hasta luego.

—Adiós —es lo único que acerté a decir. Todavía me temblaban las piernas, pero no precisamente de la caída. La profesora se había preocupado por mí y recordaba nuestra tutoría. Al final llegué tarde a la optativa y, durante toda la hora, no pude dejar de pensar en ella y en mi muñeca, que cada vez me molestaba más. Aguanté hasta la segunda hora y después decidí acercarme hasta la enfermería. Allí un médico de guardia me examinó la mano y me informó de que tenía un pequeño esguince. Me quedé más tranquila al saber que no había sido nada grave.

—Te la voy a vendar. Intenta no forzarla mucho. Cuanto menos la muevas, antes se curará —me aconsejó.

—De acuerdo. Muchas gracias.

Recogí mis cosas y me acerqué a la cafetería para pedir un café. Todavía faltaba media hora, así que me senté y abrí mi portátil. Sin pensarlo navegué directamente hasta el blog *Letras y Susurros*, pero no había ninguna entrada nueva publicada. Me quedaban muy pocas páginas para terminar *Orgullo y prejuicio*, de modo que me puse a leer mientras daba la hora, así por la noche podría escribir mis impresiones sobre él. Estaba tan entregada a la lectura que no me di ni cuenta de la hora que era. Otra vez llegaba tarde. Volví a correr por los pasillos, pero esta vez de una forma más comedida y, en cuanto llegué al despacho de la profesora, llamé a la puerta.

—¿Sí? —La abrí y vi que Sofía estaba reunida con un compañero.

—Perdón —balbuceé mientras volvía a cerrarla. Me senté a esperar en una de las sillas que había al lado. Al cabo de diez minutos mi compañero salió.

—Puedes pasar —me indicó.

—Gracias —dije mientras me incorporaba y me adentraba a la vez que el inconfundible aroma a jazmín volvía a apoderarse de mí.

—Buenas tardes. Veo que al final has ido a la enfermería —observó mirándome la mano. Yo seguía embriagada por su fragancia.

—No es más que un pequeño esguince. Unas semanas de reposo y volverá a estar como nueva —dije mientras buscaba los folios de mi tesis—. Perdón, creía que los había metido en la carpeta, pero al parecer me los he dejado en casa.

—¿Son éstos? —me preguntó enseñándome unos cuantos agrupados con un clip.

—Sí —contesté sorprendida.

—Han debido de mezclarse con los míos cuando se han caído al suelo. Bueno, veamos —dijo mientras leía—, la introducción está muy bien. Creo que has relacionado la literatura con la época de una forma muy elegante. Es atractiva y te invita a seguir leyendo.

Mientras escuchaba sus palabras, no podía dejar de mirarla. Ese día vestía de una forma más casual: unos vaqueros con una camisa, acompañados de una americana que descansaba sobre su silla. Estaba tan cerca de ella y la veía tan concentrada en mi tesis que aproveché para admirar con más detalle sus ojos verdes. Su tez parecía más morena que días atrás. Imaginé que en el puente de la Constitución habría hecho una escapada a la playa. De repente Sofía levantó la mirada y ambas nos encontramos mirándonos la una a la otra.

—Buen trabajo. Lo próximo a tratar va a ser la sociedad de la época, ¿verdad?

—Sí, pero antes de abordarlo quiero leer todas las obras, ya que en ellas se hace un fiel retrato —dije algo ruborizada sintiéndome por un momento como una *voyeur* pillada *in fraganti*.

—Me parece muy buena idea. Podrías comparar la descripción que hacen los historiadores con la que hacen las autoras. ¿Cómo vas con las lecturas? —preguntó mientras se atusaba el pelo.

—*Acabo de terminar* Orgullo y prejuicio.

De repente sonó la alarma de incendios.

—Vaya, otra vez un simulacro. Al parecer han instalado unas nuevas alarmas y estarán probándolas. Y dime, ¿qué te ha parecido?

Justo cuando iba a contestar sonó el teléfono del despacho.

—Perdón. ¿Sí? No, estaba reunida en una tutoría. De acuerdo, ahora mismo salimos. —La miré poniendo cara de no entender nada —. Al parecer sí que hay un incendio. Ha sido en uno de los laboratorios. Está controlado, pero quieren que desalojemos la facultad para evitar problemas mayores.

Las dos recogimos nuestras cosas y abandonamos el edificio. Vimos una columna de humo bastante exagerada en la facultad de enfrente. Los bomberos habían llegado enseguida y se afanaban en extinguirlo lo más rápido posible. La gente abandonaba las aulas con tranquilidad y yo vi mi autobús a lo lejos.

—Me voy, que si no lo pierdo. Hasta mañana —me despedí.

—Hasta mañana.

A pesar de ir corriendo hasta la parada, llegué tarde por unos segundos. Me senté en uno de los asientos decepcionada por tener que esperar al próximo. En ese momento un coche se paró frente a mí. Era Sofía.

—¿Quieres que te acerque?

—No, gracias. Esperaré al siguiente —le dije arrepintiéndome al momento.

—Yo voy al centro. Puedo dejarte donde quieras. Además, el siguiente no viene hasta dentro de tres cuartos de hora.

No se me ocurrió ninguna excusa, así que me levanté y acepté su invitación.

—Muchas gracias —acerté a decir mientras me sentaba en el asiento del copiloto y me ponía el cinturón de seguridad. Sentí que me temblaban las piernas, así que las camuflé bajo mi mochila.

—¿Dónde quieres que te deje? —preguntó Sofía mientras reanudaba la marcha.

—En el centro me va bien. Gracias —respondí mientras me tocaba la mano vendada.

—¿Te duele?

—Es una ligera molestia. Me ha dicho el médico que la tendré unos días pero que se me pasará.

Sofía encendió la radio. Estaba sonando *Sorry*, de Madonna.

—¿Es el último disco de Madonna?

—Sí. Me encanta. La sigo casi desde que empezó.

—A mí también me gusta mucho —dije entusiasmada al descubrir que compartíamos gustos musicales—. *Ray of light* me

encantó.

—Tenía un estilo muy místico, pero eso es lo que más me gusta de ella, que en cada disco se reinventa y con un estilo muy diferente. Este último es discotequero.

No pude evitar sonreír.

—Supongo que la palabra discotequero no está muy de moda —sonrió también Sofía.

—No, no es eso. Tienes toda la razón. Tiene un aire ochentero. Es genial.

—Con el tema del incendio apenas hemos hablado y me encantaría saber tu opinión sobre *Orgullo y prejuicio* —dijo Sofía mientras buscaba aparcamiento.

—Me ha gustado mucho. La descripción que hace Jane Austen sobre la campiña inglesa es bastante detallada. Las diferencias de clases están muy patentes, pero la autora consigue romper esas barreras y hace que la familia Bennet, a pesar de pertenecer a una clase social media baja, termine mezclándose con la alta burguesía. Supongo que en aquella época no era tan sencillo. Y en cuanto al personaje de Elizabeth, creo que me ha enamorado —dije sonriendo y notando que me miraba algo sorprendida.

—Es un personaje con mucha fuerza y una mujer muy distinta a la mayoría de la época. Es muy pasional pero también muy orgullosa. Se enamora del señor Darcy desde el primer momento en que se ven, pero su orgullo la ciega y tarda en reconocerlo —sentenció parando el coche—. Puedo acercarte si vives lejos.

—No, vivo a un par de paradas de metro. Gracias.

Nos bajamos del coche y caminamos por una calle aledaña a la plaza Santa Ana.

—¿Le apetece tomar algo? —dije así, sin pensar—. Seguro que tiene cosas que hacer —añadí, arrepentida, aunque me moría de ganas por seguir conversando con aquella mujer.

—No, me viene bien. Iba a meterme en casa a corregir algunos trabajos, pero pueden esperar. Y, por favor, trátame de tú.

Caminamos hasta la plaza y allí nos sentamos en una mesa al aire libre. Como siempre, estaba abarrotada de gente. A pesar de ser pleno diciembre, el cielo de Madrid estaba despejado y el frío se podía combatir a la perfección con ropa de abrigo. Un camarero salió a tomarnos nota.

—¿Una caña? —me preguntó Sofía.

—Sí. Dos cañas, por favor —respondí dirigiéndome al camarero —. Supongo que tenemos suerte de poder estar en un bar tomando algo sin tener que pedir permiso a nadie. Esto en la época de Austen era impensable.

—Quizá ya en sus obras, a sus personajes les hacía vivir ciertas situaciones que seguramente no eran admisibles para la sociedad del momento. El personaje de Elizabeth se me antoja poco común para la época.

—Imagino que la autora tenía mucho que ver con ella —señalé mientras el camarero dejaba las cervezas sobre la mesa.

—Según la biografía de Austen, ésta nunca se casó. Al parecer un caballero le pidió matrimonio y lo aceptó, pero al día siguiente rompió el compromiso. Lo más seguro es que, ésa rebeldía ante el casamiento que muestra el personaje de Elizabeth, la sintiera también ella.

Yo escuchaba con atención cada una de las palabras que Sofía pronunciaba y sentía perderme en aquella mirada suya tan intensa. Estaba tan ensimismada que no me di cuenta de que había terminado su intervención.

—Pero al final termina casándose con el señor Darcy —logré decir mientras ella acercaba sus labios a la jarra de cerveza.

—Sí, porque está en contra del matrimonio por conveniencia, y sólo cree en el que se mueve por amor. Es más, en un principio se niega a admitir que se ha enamorado del señor Darcy y, sólo cuando habla con su padre, se sincera y lo reconoce. Creo recordar que le dice que le ama. Para Elizabeth el matrimonio sólo es válido si hay amor y pasión, pero esto no era lo habitual.

—Ya. El ejemplo más claro está en su madre, que las quiere casar sólo por dinero. Este tema es importante para mi tesis. Incluso puedo compararlo con lo que ocurre hoy en día. A pesar de ser menos frecuente, todavía existen los matrimonios de conveniencia, como si fueran meras transacciones mercantiles.

—¿Qué opinas sobre el matrimonio?

—La unión de dos personas sólo se consigue a través del amor y del respeto, y no hay ningún papel que pueda expresar eso. Pero entiendo que tenga que regularse de algún modo. Lo que me duele y no llego a comprender es que, aquí en España, por ejemplo, hasta

hace poco, las personas del mismo sexo no podíamos contraer matrimonio ya que esa palabra, hasta ahora, sólo se refería a hombre y mujer.

Sentía que Sofía me escuchaba con interés y que se había dado cuenta de que me había incluido en el comentario.

—Comparándonos con la época victoriana, parece que hemos avanzado mucho pero todavía queda bastante por hacer.

—¿Y tú? ¿Qué piensas del matrimonio? —le pregunté intrigada y con total confianza. Me sentía muy cómoda hablando con ella y no podía dejar de mirar aquellos ojos verdes.

—Pienso lo mismo, que se trata de un mero formalismo para que en un futuro, si falta alguna de las partes, a la otra se le reconozcan sus derechos, sobre todo si hay niños de por medio.

—Todo eso se carga la magia y el romanticismo. Pero bueno, brindo por el matrimonio igualitario, que ya era hora —dije alzando mi jarra de cerveza. Sofía hizo lo mismo mientras me observaba en silencio. Sentí su mirada sobre mí y sin pensarlo arrojé una pregunta—. ¿Estaría fuera de lugar si en la tesis menciono el lesbianismo?

—No, aunque no creo que ninguna de las autoras que vas a tratar se proclamara abiertamente lesbiana —dijo sonriendo.

—Ya, pero no me negarás que más de una lo era. Es muy raro que muchas de ellas no se llegaran a casar cuando en aquella época era lo primero que hacían las mujeres. Y esa pasión con la que escribían sobre el amor suena mucho a amores prohibidos, a amores imposibles —le argumenté satisfecha.

—Siempre que dejes claro que se trata de una valoración personal, estará bien.

—¡Qué tarde es! Se me ha pasado el tiempo volando —dije después de haber visto la hora que era. Saqué mi cartera para pagar las cervezas pero Sofía insistió en pagar—. A la próxima invito yo —le dije mientras recogía mi mochila. Ella también se levantó y abandonamos juntas la plaza.

—Vivo por allí. Hasta mañana —se despidió.

—Hasta mañana.

Caminé hasta el metro pensando en la maravillosa velada que acababa de disfrutar. No pude evitar ruborizarme cuando repasé parte de la conversación en mi cabeza. Había sacado el tema del

lesbianismo a propósito, para ver cómo reaccionaba ella, pero no me había dado ninguna pista: sólo se había limitado a mirarme con aquellos ojos que me derretían.

Llegué a casa cerca de las diez y media y saludé a mi madre, que estaba sentada en el salón viendo la tele. Conversamos un rato. Después piqué algo y me acosté. Estaba cansada, pero sólo podía pensar en ella, así que me entregué a los brazos de Morfeo como si fueran los de la propia Sofía.

Capítulo 6

Safo

Los exámenes estaban siendo bastante duros y apenas tenía tiempo para avanzar en mi tesis. No había vuelto a estar a solas con Sofía salvo en las tutorías, pero se mostraba más distante desde el día en que estuvimos tomando aquellas cañas. Aunque me costó aceptarlo, al final entendí que así debía ser. «Es tu profesora y debe mantener las distancias», me repetía una y otra vez. En mi interior algo me decía que ella jamás tendría nada conmigo, pero yo no podía quitármela de la cabeza.

—Llevas unos días que siempre estás de mal humor. No hay quien te aguante —me dijo Jorge una mañana mientras estábamos en la cafetería.

—Es verdad. A ti te pasa algo —añadió Rosa apoyando su teoría.

—Es que estoy agobiada con la tesis. Me paso el día estudiando para los exámenes y, con el trabajo en la librería, no tengo tiempo para nada más —mentí como una bellaca.

—Bienvenida al mundo real, cariño —dijo Andrea con su típico tono irónico.

—Todos estamos igual, pero si necesitas ayuda sólo tienes que pedirla. Si quieres, el fin de semana puedo echarte una mano —se ofreció Celia. Ella siempre tan pendiente de los demás. Era un cielo.

—Gracias, Celia. He pensado hablar con Mario y Lucía para no trabajar los sábados este mes. Espero que no les importe, pero es que si no, no llego.

—Yo tengo una optativa en cinco minutos, así que os dejo —se despidió Jorge.

—Espera, que voy contigo —se sumó Andrea.

—Yo tengo que ir a la biblioteca. Chao, chicas —se despidió también Celia.

—Bueno, ya estamos solas. ¿Me vas a contar de una vez qué es lo que te pasa? —Atacó Rosa.

—Nada, ya te lo he dicho. Estoy saturada.

—Es por la profe, ¿no? Me he fijado en cómo la miras. Al final te has pillado.

—No, no es eso. Es que... —dije sin terminar la frase y sabiendo que Rosa podía leer mi cara, que era todo un poema.

—¿Ha pasado algo? Venga ya, Marta. No me digas que tú y la profe… —me insinuó sonriendo.

—¿Te acuerdas del día del incendio?

—Sí. ¿Qué tiene de especial?

—Yo estaba en su despacho, con mi tesis. Entonces llamaron para que desalojáramos el edificio. Perdí el autobús y ella se ofreció a acercarme al centro en su coche.

—Vaya. Me esperaba algo más —contestó poniendo los ojos en blanco.

—El caso es que estuvimos hablando y cuando llegamos al centro le propuse tomar algo.

—Ésa es mi Marta. Siempre tan directa.

—Lo hice sin pensar y ella aceptó. Así que estuvimos tomando unas cañas y hablando de literatura.

—¿Y?

—Pues que fue superagradable y estuve muy a gusto con ella. Fue como si nos conociéramos de toda la vida. Pero después, en las últimas tutorías que he tenido, la he notado más distante, como si hubiera puesto una barrera entre nosotras y aquella tarde no hubiera existido.

—¿Y crees que ella…? —Rosa no terminó la pregunta.

—No lo creo. Es mayor que yo y seguro que sale con alguien. Por qué iba a fijarse en mí. Además, está el hecho de que es mi profesora, no lo olvides.

—Eso son tonterías. Las dos sois mayorcitas y, por lo que me cuentas, creo que está asustada.

—Venga ya, Rosa.

—Lo digo en serio. Si no sintiera nada por ti, ¿por qué iba a actuar de diferente forma? Ésa se ha acojonado, te lo digo yo. Creo

que deberías hablar con ella.

—Sí, claro. Mañana voy a su despacho y le digo: Sofía, me gustas. ¿Yo te gusto?

—Desde luego, cómo eres. Hay muchas formas de hacerlo, y no me refería a ésa en concreto. Pide más tutorías e intenta sacar otros temas. Prueba a acercarte a ver cómo reacciona ella. Así sabrás si realmente está interesada o no.

—Estoy hecha un lío. Hacía tiempo que no sentía algo así por alguien, pero a veces tengo la sensación de que todo está en mi cabeza.

—La Marta que yo conozco no se rinde tan fácil. Siempre ha tenido muy claro lo que quería y siempre ha ido a por ello.

—Esto no es tan sencillo, y no quiero fastidiarlo.

—Por eso mismo te aconsejo que actúes y salgas de ese pozo lleno de dudas.

—Lo que tengo que hacer es centrarme en los exámenes y en la tesis, que al final me voy a cargar el curso.

—Tú sabrás pero, hagas lo que hagas, mantenme informada.

—¡Qué cotilla eres!

—Yo también te quiero —me dijo mientras me besaba en la mejilla.

Volvimos a clase. Tocaba Literatura inglesa y, después de las confidencias que le había hecho a Rosa, no me apetecía ni lo más mínimo ver a Sofía. Por un instante pensé en saltarme la clase, pero recordé que ese día empezábamos con el tema de la época victoriana. No tenía más remedio que asistir. Como siempre, ella llegó puntual. Se quitó su abrigo y yo no podía dejar de mirarla. Por más que lo intentaba, no conseguía eliminar aquellos pensamientos de mi cabeza.

—Buenas tardes. Como les dije ayer, hoy vamos a comenzar con la época victoriana. ¿Alguien puede situarla? —preguntó mientras se acomodaba un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Es la época que va del 1800 hasta el 1900 —contestó una voz que provenía de las filas de más atrás.

—La literatura victoriana se produjo en Inglaterra durante el reinado de la reina Victoria, concretamente entre 1837 y 1901. Fue una etapa cultural importantísima en la que el género de la novela alcanzó su máximo esplendor. En esa época se producen muchas

transformaciones políticas y sociales, que ponen fin a la primera revolución industrial y dan comienzo a la segunda. Como les comenté el primer día de clase, trataremos un autor por época. ¿Podrían decirme qué autores y autoras conocen?

Nadie respondía. Sofía me miró a los ojos. Dudé un instante pero al final capté su mirada: estaba esperando a que yo contestara.

—Charles Dickens, por ejemplo —me arranqué a decir.

—Correcto. Es el que vamos a tratar en profundidad, pero no nos olvidemos de otros tantos como por ejemplo Jane Austen, Thomas Hardy, las hermanas Brontë, Bram Stoker, Elizabeth Gaskell, George Meredith, Elizabeth Barrett Browning, Thomas Carlyle y George Eliot. ¿Pueden decirme alguna obra de Charles Dickens? —preguntó de nuevo sin apartarme la mirada. Sus ojos verdes estaban consiguiendo ponerme nerviosa y pensé que ella se había dado cuenta porque detecté una pequeña sonrisa en sus labios.

—*David Copperfield* —respondió una alumna de la primera fila, acabando con la magia del momento.

—¿Como el mago? —dejó caer el gracioso de la clase.

—*Grandes esperanzas, Oliver Twist, Cuento de Navidad…* —me apresuré a decir para volver a recuperar la magia de antes.

—Veo que conoce la obra de Dickens —me sonrió, y yo me derretí—. Sólo trataremos *Grandes esperanzas* en profundidad, así que ya pueden empezar con su lectura porque la semana que viene quiero saber sus opiniones al respecto. —Sofía hizo una pequeña pausa para revisar sus notas. Yo seguía hechizada por la sonrisa que acaba de dedicarme—. Bien, en cuanto al señor Dickens, cabe señalar que nació en Portsmouth en 1812. Se casó una sola vez y tuvo diez hijos. Hasta los nueve años no tuvo acceso a la educación, por ello lo historiadores lo consideran en gran medida un autodidacta. Su estilo se mostró muy crítico con la sociedad de la época. En *Oliver Twist* y *Canción de Navidad* critica la pobreza y las diferencias que había entre las distintas clases sociales. Dickens muestra la realidad de su tiempo y habla sin tapujos sobre ella. *Grandes esperanzas* es una obra autobiográfica donde el protagonista, Pip, narra en primera persona…

Yo seguía mirándola. Por un momento dejé de escuchar porque mi mente no lograba concentrarse en el discurso. Llevaba puesto un

vestido que le llegaba hasta las rodillas, dejando parte de sus piernas al descubierto. Comprobé que eran largas y esbeltas e imaginé cómo sería su tacto. Mientras ella seguía hablando, gesticulando y paseándose por la tarima, yo estudiaba cada uno de sus movimientos e iba descubriendo nuevos detalles en los que no había reparado antes, como una pequeña cicatriz en el cuello, un lunar indiscreto en el brazo… Pero lo que definitivamente logró captar toda mi atención fueron sus maravillosos ojos verdes, que parecían hablar por sí solos. Cuando conseguí despertar de mi cálida ensoñación, caí en la cuenta de que mis compañeros comenzaban a levantarse de sus asientos. La clase había finalizado y yo seguía absorta en mis pensamientos.

—Hasta mañana —se despidió de forma general, abandonando la clase.

—Hasta mañana —susurré mientras suspiraba desde mi asiento.

—¿Estás bien? —interrumpió Carlos.

—Sí, sólo estaba pensando —titubeé.

—Voy a la biblioteca. Tengo que darle un empujoncito a mi tesis porque voy bastante retrasado.

—Te acompaño. Tengo tutoría en media hora, y así hago tiempo.

Recogimos nuestras cosas y, cuando llegamos, Jorge ya estaba allí.

—¡Martita! No te esperaba.

—Tengo tutoría en un rato. Además, así aprovecho para consultar algunos libros.

Nos sentamos junto a él y cada uno se centró en lo suyo.

—Este D. H. Lawrence me fascina. Trata el tema de la homosexualidad con total naturalidad. Ha sido todo un descubrimiento —comentó Carlos fascinado.

—Pues a ver si me pasas algún libro y me animo —bromeó Jorge.

—¿Te aburres conmigo?

—Claro que no, cariño, pero tal vez ese Lawrence pueda darnos alguna idea para innovar. Ya sabes —le dijo guiñándole un ojo.

Suspiré ante tanto coqueteo y me levanté para ir hacia los ordenadores. Consulté en uno de ellos si estaba el ejemplar que buscaba o si por el contrario había sido prestado. Tuve suerte. Me

fijé en qué pasillo estaba y apunté el número de referencia. Mientras miraba entre los libros de la estantería, distinguí a Sofía sentada en una de las mesas contiguas. Estaba sola y parecía bastante concentrada. De repente, alzó la mirada y me vio. Me acababa de pillar espiándola desde una estantería. Para mi tranquilidad y mi vergüenza, no dijo nada, sólo me hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. Yo levanté la mano y me ruboricé de forma inmediata. Seguí buscando el libro pero no lo encontré. Según el ordenador debía estar allí, así que volví a repasar las referencias que aparecían en el lomo de cada uno de los tomos. Estaba casi a ras del suelo intentando leer dichos números y, al ver que aquello iba a llevarme un buen rato, me senté en el suelo para mirarlos con más detalle.

—He visto que llevas un rato buscando y he pensado que tal vez es éste el libro que necesitas —oí decir. Levanté la vista y me encontré ante mí unas piernas que no tenían fin. Volví a ruborizarme y, dudando de la entereza de las mías, decidí seguir sentada en el suelo. Ella se agachó y me pasó el libro.

—¡Vaya! Pues sí. Éste es. Pero no tengo ninguna prisa. Puedo consultarlo otro día —le dije nerviosa.

—Ya he terminado con él. Puedes quedártelo.

—Gracias.

Vi como se disponía a volver a su sitio y entonces caí en la cuenta de lo ridícula que había sido. Me levanté de un salto y me enfadé conmigo misma al analizar lo que acababa de pasar. «Seré idiota…», me repetí unas cuantas veces. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero Sofía estaba de nuevo a mi lado. Me sonrió y yo supuse que era porque acababa de presenciar mi patética actuación.

—¿Tenemos tutoría a las cuatro y media?

—Sí —contesté confundida.

—Si quieres podemos ir ya. Si estás libre, quiero decir.

Tardé en reaccionar. Sin duda ése no era mi día.

—No, quiero decir, sí, estoy libre. Un segundo, que recojo mis cosas.

«Tranquilízate, Marta; si no, va a pensar que eres tonta de remate», me decía mi cabeza, que no paraba de hablarme.

Acercándome a la mesa donde estaban mis amigos, me despedí de ellos de forma atropellada para volver con Sofía. Dejamos la

biblioteca y caminamos hasta su despacho. Durante el trayecto de apenas unos minutos, ninguna de las dos hablamos. La miré de reojo y sentí que irradiaba una seguridad aplastante mientras que yo sólo era un enorme manojo de nervios. Cada vez que estaba junto a ella, mis piernas se ponían a temblar y el rojo de mis mejillas se encendía como una bombilla. «Contrólate, por favor», repetí.

Al final conseguí llegar al despacho sin desmayarme. Sofía me invitó a que tomara asiento.

—Bien, tú dirás.

«Me encantaría besarte, quitarte ese vestido para descubrir lo que hay debajo. Después te tumbaría en esta misma mesa y te haría el amor muy pero que muy despacio, recreándome en cada centímetro de tu piel».

—¡Marta!

«¡Joder! Espero no haber pensado en voz alta». Miré a Sofía y logré recobrar la compostura.

—Perdón. He terminado la lectura de *Agnes Grey* y me ha sorprendido gratamente. Me ha llamado mucho la atención la importancia que le da a la figura de institutriz. Ya sé que la autora dedicó gran parte de su vida a esta labor pero recuerdo que, en *Orgullo y prejuicio*, Elizabeth estaba en contra.

—En aquella época, entre las clases altas el papel de la institutriz era indiscutible. Todos creían en la importancia de su labor, tanto para instruir como para educar. Anne Brontë estudió y se preparó para serlo, ya que era la única salida que tenían las mujeres que no perseguían como objetivo conseguir un marido. Con ese trabajo ganaban dinero y podían mantenerse por sí solas. Así que, como ves, tiene mucho en común con Elizabeth Bennet. Las dos luchan por un mismo objetivo, el de no verse obligadas a casarse, pero cada una lo hace a su manera.

—No lo había visto de esa forma, pero es cierto —dije consiguiendo relajarme.

—Como ya sabrás, *Agnes Grey* está basada en su primer trabajo como institutriz cuando, a los diecinueve años, convivió con una familia cuyos hijos eran tan indomables como los que describe en su novela. Gran parte de su vida, además de ejercer esa profesión, la dedicó junto a sus hermanas, Emily y Charlotte, a cuidar de su

hermano pequeño, que tuvo grandes problemas de alcoholismo. Esta experiencia le sirvió para escribir posteriormente su obra *La inquilina de Wildfell Hall*, que fue criticada por su propia hermana, Charlotte, por no ser apropiada para la época. Es una obra interesante que te recomiendo, aunque entiendo que ya tienes bastante trabajo.

—La verdad es que han sido dos meses en los que no he parado y, entre el trabajo, los exámenes y por su puesto la tesis, creía que no llegaba.

—Bueno, en lo que a mí respecta, puedes contar conmigo, es decir, con mi ayuda. Cualquier cosa que necesites, ya sabes dónde encontrarme —se ofreció amablemente—. Y por la tesis no te preocupes. La llevas muy avanzada y tienes tiempo de sobra para terminarla. Algunos de tus compañeros todavía andan buscando el tema, así que imagínate.

—Entonces me quedo más tranquila. Ahora voy a comenzar con la lectura de *Jane Eyre* y *Esposas e hijas*.

—Perfecto. La semana que viene lo vemos.

Tocaba recoger las cosas y abandonar el despacho muy a mi pesar. En esa ocasión noté a Sofía distinta. Había estado más cercana, menos fría, había vuelto a ser la de antes. Además, me había tranquilizado mucho el comentario que había hecho sobre mi tesis.

Al salir de la facultad me fui directa hacia la librería. Mario y Lucía me saludaron con el entusiasmo de siempre y la tarde entre libros se me pasó volando.

—Vaya, hoy estás de mejor humor —me dijo mi madre cuando llegué a casa.

—Sí, he estado hablando con mi profesora, y me ha dicho que llevo la tesis muy adelantada, que no me agobie. —«A mi madre no se le escapa una».

—Eso ya te lo había dicho yo, pero hace falta que te lo diga tu profesora para que te lo creas —insinuó, poniendo un especial matiz en las palabras «tu profesora». A veces me daba miedo: era como un libro abierto para ella. Dejé pasar el comentario.

—Ya sabes que es muy importante, y de ella depende el ochenta por ciento de la nota —dije mientras me sentaba a su lado.

—Lo sé, cariño, y también sé que acabarás el curso bien, puesto

que siempre lo haces. Por ello estoy orgullosa de ti.

—Gracias mamá. Me voy a mi cuarto, que tengo ejercicios que hacer.

—Cenarás algo primero, ¿no? He hecho tortilla de patatas.

—Mmmm, ¡qué rica! Me llevo un trozo y me la como mientras leo algunas cosas que tengo que preparar para mañana.

Una vez en mi cuarto, solté la mochila y saqué un cuaderno. Resolví algunas preguntas que uno de los profesores había dictado esa misma mañana en clase, mientras saboreaba la tortilla. Cuando terminé, encendí el ordenador y visité el blog *Letras y Susurros*. Había una nueva entrada:

> Acude a mí también ahora y líbrame
> de mis arduos desvelos, y todo cuanto mi ánimo
> ansía que se cumpla, cúmplelo y sé tú misma
> mi compañera de armas.

Se trataba de un poema de Safo, que leí de forma lenta y pausada. Era una fiel admiradora de la obra de la poetisa griega. Me animé a publicar un nuevo comentario:

> Todo un símbolo del amor entre mujeres.

Seguí devorando la tortilla y pude ver que encima de mi comentario acababa de aparecer otro:

> A pesar de haber leído la mayoría de sus poemas, Safo sigue siendo un gran misterio para mí. Un misterio de lo más apetecible. (Una enamorada de las letras).

Al leerlo sentí un pequeño cosquilleo en el estómago. Sin pensármelo dos veces, abrí el chat y saludé a la anfitriona.

—Buenas noches, Marta —recibí como respuesta.

—Safo siempre me deja sin palabras. Sus poemas consiguen alterar hasta el último de mis sentidos. Supongo que si yo hubiera sido una de sus discípulas, también habría caído rendida a sus pies. ¿Cómo no enamorarse de ella?

—Imagino que no sería fácil, dada su pasión. No es sencillo amar con tanta intensidad.

—No estoy de acuerdo. Si no hay pasión, si no hay intensidad, definitivamente no hay amor —sentencié.

—Tal vez tengas razón, pero no todo el mundo entiende el amor de esa manera y mucho menos se atreve a vivirlo así.

—¿Te has enamorado alguna vez? Quiero decir, apasionadamente.

La respuesta se hizo esperar.

—Sí y cuando se acaba, es muy doloroso.

—¿Y por qué ha de acabarse?

—Siempre se acaba.

—Yo no lo creo. Si el amor es verdadero, es imposible que termine, incluso aunque esa persona desaparezca, porque siempre seguirá viva en el corazón de alguien.

En esa ocasión no recibí respuesta. Sentí que acababa de tocar un tema delicado, por ello, respeté su silencio y decidí despedirme

—Gracias por tus publicaciones. Son maravillosas. Buenas noches.

—Buenas noches.

La conexión se cortó y pensé en qué había podido ofender si es que lo había hecho, a mi compañera cibernética. No quise añadir una preocupación más a mi cabeza, así que me tumbé en la cama y me concentré en la lectura de *Jane Eyre*.

Capítulo 7

Ser o no ser

Fueron pasando los días y, con ellos, las semanas y los meses. Yo no paraba de trabajar. Una vez hechos todos los exámenes, pude dedicar más tiempo a las lecturas. El trabajo en la librería también ocupaba parte de mi tiempo, pero estaba encantada. Cada noche consultaba el blog *Letras y Susurros* esperando ver alguna entrada nueva, pero hacía algunas semanas que su administradora no había vuelto a publicar nada. Las tutorías con Sofía iban bien, aunque esta de nuevo mantenía las distancias. Cuando nos reuníamos, todo era muy cordial, pero no pasaba de ahí. En nuestras charlas yo hablaba entusiasmada sobre *Jane Eyre* y las hermanas Brontë y ella siempre me aportaba algún dato que yo no había podido encontrar en la red. Me fascinaba el infinito conocimiento que tenía sobre el tema. Hablaba de esas autoras como si las hubiera conocido. Era el único momento donde nuestras pasiones se mezclaban y se olvidaban de los formalismos. Las horas en su despacho pasaban volando y siempre me quedaba con ganas de más.

Como todos los viernes, pasé bastante rato en la biblioteca, esperando a que fuera la hora de tutoría. Después me acerqué hasta el despacho y toqué la puerta como siempre. Sofía me invitó a entrar. Tomé asiento y saqué mis apuntes, como hacía en repetidas ocasiones.

—He terminado con las lecturas de Mary Anne Evans y las dos me han gustado.

—Pero obviamente te decantas por... —me dijo Sofía.

—*El molino del Floss*. Me ha resultado apasionante. Sin duda, Maggie es el personaje más feminista con el que me he encontrado

hasta ahora.

—Está inspirada en los recuerdos de la autora, y es un fiel retrato de la sociedad provinciana de la época, en la que Maggie se ve relegada a un segundo plano frente a su hermano, a pesar de ser mucho más inteligente que él.

—Sí, pero eso no la detiene en su lucha por salir adelante. Pienso que la protagonista representa a muchas mujeres del momento, que no cedieron y siguieron luchando ante la adversidad. Creo que todas ellas merecen un reconocimiento. Mi conclusión en la tesis va a ir por ahí —respondí satisfecha.

—Me parece bien. ¿Qué obras te faltan por leer?

—*Esposas e hijas* y *Sonetos del portugués*. Este último me va a costar, porque la poesía me resulta más difícil de analizar.

—La autora describe su historia de amor, así que, entendiendo su figura, los poemas serán más sencillos de comprender. Y en cuanto a *Esposas e hijas*, creo que te gustará. Trata sobre un hombre viudo que tiene una hija y vuelve a casarse. A esta hija le cuesta adaptarse a su madrasta y a su nueva hermana, además de tener que lidiar con los secretos de familia, que no son pocos —me anticipó, entre otros muchos datos más.

—Suena interesante. Espero leerlos cuanto antes y al final de mes tener escritas mis impresiones —dije mientras miraba mi reloj —. Vaya, ya es la hora —me lamenté.

—Están proyectando un ciclo Lubitsch en la filmoteca y hoy ponen *Ser o no ser*. ¿Te apetecería verla? —Ya estaba recogiendo mis cosas cuando escuché la propuesta. En un principio me quedé callada, como si estuviera estudiando mi respuesta. A decir verdad, la invitación me había pillado desprevenida, aunque nada me apetecía más que poder disfrutar a solas de su compañía—. Si tienes planes, no importa.

—¡No! No tengo planes. ¿A qué hora?

—A las ocho.

—Me encantaría ir, pero antes tengo que pasarme por la librería en la que trabajo. Hoy hay una presentación a las seis, pero, aun así, no creo que tenga problema para salir antes —contesté sin entender a qué se debía este nuevo acercamiento pero, por otro lado, feliz de que se produjera.

—Si quieres, puedo acercarte.

—Estupendo.

Caminamos hasta el parking y nos montamos en el coche. ¡Genial! Mi tembleque de piernas volvía a la carga. Traté de ocultarlo de nuevo con la mochila mientras Sofía empezaba a hablar sobre la película.

—Es una película que me encanta. Soy una adepta al «toque Lubitsch». Sólo él era capaz de tratar con humor temas tan serios y saltarse la censura como nadie. Todo gracias a su increíble ingenio.

—No la he visto, pero *El bazar de las sorpresas* y *Ninotchka* sí. Me gustaron mucho, sobre todo *Ninotchka.*

—*Ser o no ser* trata de una compañía de teatro que llega a Varsovia, que está ocupada por los nazis. Al final los actores terminan involucrados en el espionaje y se ven obligados a interpretar a los propios nazis. Yo creo que es una de sus mejores películas. —Sofía hizo una pausa—. ¿Y qué libro se presenta en la librería? —preguntó mientras cambiaba de marcha y me rozaba sin querer la pierna.

—Es de un autor novel, y su obra es un estudio sobre la historia del Parque del Retiro —respondí intentando relajar mi respiración. Ese pequeño roce había activado algún mecanismo en mi cuerpo y no había pasado desapercibido para ninguna de las dos.

—Curioso tema para un libro.

—Si quieres, puedes quedarte —la invité.

—Puede ser interesante, ¿por qué no? —dijo mientras encendía la radio para intentar romper esa tensión que ella misma había creado sin darse cuenta. Comenzaban a sonar las noticias, y ambas escuchamos en silencio. Intenté disimular mi nerviosismo y analizar la situación, hasta que me di cuenta de que era mejor no pensar en ello: debía distraer mi cabeza con cualquier otro tema carente de importancia, pero no lo conseguí. Sofía, por su parte, parecía concentrada en cada una de las noticias que narraba la locutora, pero yo estaba segura de que ese roce también había activado un no sé qué en ella. Por suerte, el recorrido estaba a punto de llegar a su fin. Sofía se afanó en encontrar un buen aparcamiento cerca de la librería tras seguir mis indicaciones. Las dos nos bajamos del coche y caminamos unos minutos en silencio. Entré primera y saludé a Lucía, que se disponía a colocar las sillas de forma ordenada al fondo.

—Deje, Lucía, ya me encargo yo. Por cierto, le presento a Sofía.

—Es un placer —dijo Sofía estrechándole la mano.

—Sea bienvenida a nuestra humilde librería —respondió con su habitual sonrisa.

Mientras yo ayudaba con los preparativos, Sofía se paseaba por las distintas estanterías y se deleitaba con los títulos que descansaban en ellas. Poco a poco empezó a llegar la gente y se fueron ocupando las sillas. La invité a que también se acomodara en una. El autor del libro acudió puntual a la cita. Mario hizo una pequeña presentación y dio paso al escritor para que hablase al público de su obra. Los asistentes escuchaban interesados sus palabras, mientras yo llevaba un rato sin prestar la más mínima atención. Estaba de pie, junto a ella, y aquella posición me daba cierta ventaja para poder admirarla sin temor a ser cazada. Ese día iba de *sport*, con unos vaqueros y una camisa azul de cuello Mao. Era un *look* algo masculino, lo que la hacía todavía más atractiva. Daba igual lo que llevara puesto, porque todo le quedaba como un guante.

Sofía, por su parte, seguía atenta la presentación mostrando mucho interés. Cuando el autor acabó su discurso, Mario cedió la palabra a los asistentes por si querían hacer preguntas. Fueron más bien pocas, y después se formó una pequeña fila para que los lectores pudieran conseguir una dedicatoria del autor. Al cabo de una hora, la librería se había despejado y lo habíamos devuelto todo a su sitio. Tras despedirme, las dos abandonamos el lugar.

—¿Quieres que vayamos en coche o andando? —preguntó Sofía.

—Me apetece pasear, porque entre las clases y el trabajo, apenas me da el aire.

El día era algo primaveral y, aunque el sol ya se había escondido, la temperatura en la calle era muy agradable. Paseamos mientras charlamos acerca de la presentación del libro.

—¿Qué tal es trabajar es una librería? —me preguntó.

—Es como un sueño hecho realidad. Conozco a Mario y Lucía desde hace algunos años y trabajar con ellos es una maravilla. Cuando estuve con los exámenes fueron muy flexibles con los horarios y se portaron genial conmigo. He tenido mucha suerte.

—Ellos también la tienen —soltó con una sonrisa que me derritió al instante.

Llegamos a la puerta del cine Doré cuando faltaban diez minutos para que la película comenzase. Sofía se acercó a la taquilla y compró las entradas. Quise pagarle la mía, pero no me dejó.

—La idea de venir ha sido mía, así que invito yo.

No se me ocurrió ningún argumento en contra, por lo que desistí en mi intento. Entramos en la sala y fuimos acompañadas hasta nuestros asientos por un acomodador. En el interior apenas había gente, un par de parejas y algún grupo de amigos. Eso era todo. Al tomar asiento, rocé su brazo sin querer.

—Perdona —me disculpé nerviosa. «¡Joder, otra vez el dichoso temblor!»—. La película es subtitulada, ¿no? —pregunté intentando relajarme.

—Sí, espero que no te importe.

—No, para nada. Me gusta verlas en original. Prefiero escuchar las voces de los propios actores.

A pesar de llevar todo el día fuera de casa, seguía desprendiendo su exquisito aroma a jazmín, detalle que no se me escapó. En un instante se apagaron las luces y comenzaron a aparecer los créditos. Con la escasa luz proveniente de la pantalla, pude observar el perfil de mi diosa, que parecía estar encandilada con la proyección. «Me estoy enamorando de ti —pensé—, y tú apenas te das cuenta». Suspiré de tal manera que hasta ella se percató.

—¿Todo bien? —me susurró acercándose todavía un poco más a mí. Como mis labios no fueron capaces de emitir ningún sonido, me limité a asentir con la cabeza y a disimular el pesado e insistente tembleque de mis piernas. «Será mejor que te concentres en la película», me dije, y así lo hice por mi propio bien. Sólo al cabo de un rato lo conseguí y disfruté de aquella estupenda obra. Era divertida y me metí de lleno en ella, hasta que otro ligero roce me sobresaltó. Sofía había apoyado su mano junto a la mía, compartiendo el único reposabrazos que había entre las dos. Mi primera reacción fue quitarla de inmediato, pero entonces comprobé que ella no había reaccionado ante el contacto, por ello decidí no darle importancia y dejarla en el mismo lugar, junto a la de ella. Había sido un simple roce, pero sentí lo mismo que cuando rozó sin querer mi pierna en el coche. Una especie de calambre recorrió todo mi cuerpo y mis piernas temblaron más fuerte que nunca. La situación no pasaba desapercibida para ella, que, en un

acto reflejo, me cogió la mano. Fue entonces cuando todo se paró. Habiendo desaparecido como por arte de magia el calambre y los temblores, yo me dejé llevar aferrándome a ella, como si estuviera en medio del océano y aquella mano, fuese mi único salvavidas.

La música que anunciaba el final de la película sonó en la sala mientras los escasos allí presentes se disponían a abandonarla. Con la yema de sus dedos, Sofía acariciaba mi mano.

—A mí me gusta ver los créditos y salir la última —le dije sonriendo.

—A mí también. ¿Te apetece que vayamos a cenar algo?

—Me encantaría —respondí, soltando la mano muy a mi pesar. Sólo quedábamos nosotras en el interior y las luces ya se habían encendido.

—¿Qué te apetece comer? —preguntó cediéndome el paso en la puerta.

—Me muero por un kebab. Conozco un sitio en Lavapiés que los hacen buenísimos. Pero esta vez invito yo.

—De acuerdo.

De camino hacia el bar turco, comentamos la película.

—Ha sido muy divertida y, aunque el trasfondo es el que es, me ha parecido genial. Gracias por invitarme —le dije.

—A ti por acompañarme. La habré visto más de diez veces, pero no me canso. Es una de mis preferidas.

—Si yo tuviera que elegir una, creo que escogería *Cinema Paradiso*.

—Maravillosa elección.

—La banda sonora es increíble. Recuerdo que, la primera vez que la vi, me fascinó. Fue en casa de unos amigos y al día siguiente fui a comprármela en DVD —comenté emocionada mientras Sofía me sonreía—. Ya sé que es sólo una película, pero me hizo sentir tantas cosas… Te pareceré una tonta —añadí ruborizada.

—No, claro que no. Me gusta escucharte, y esa pasión que derrochas me encanta. —No supe qué decir; si acaso me ruboricé un poco más de lo que ya lo estaba—. A mí también me encanta el cine —añadió mientras seguíamos caminando.

—Es ahí. El sitio no es muy elegante, pero te prometo que tienen los mejores kebab de todo Madrid —dije mientras le abría la puerta del local. No había mucha gente a pesar de ser un viernes por la

noche. Elegimos un rincón y me acerqué a la barra para pedir. Ella ya estaba acomodada en una especie de puf. Yo la observaba desde la barra e imaginé qué estaría pensando. Estaba observando por la ventana, con la mirada algo perdida. Volví a la mesa con dos enormes kebabs en las manos y advertí un gesto serio en su rostro.

—¿Todo bien? —le pregunté preocupada—. Tal vez un kebab turco no haya sido la mejor elección.

—No, está bien. Sólo pensaba en todo el trabajo que tengo por delante —me contestó—, pero ahora no es momento para hablar de ello. Disfrutemos de la cena, aunque no sé por dónde empezar. —Me miró e intentó imitarme para dar el primer bocado sin mancharse demasiado, pero no lo consiguió. La salsa de yogur se le escapaba por la comisura de los labios. Acudí al rescate pasándole mi servilleta suavemente por su mejilla hasta llegar a los labios. Noté como ella se sonrojaba.

—La primera vez es normal mancharse. Ya le irás cogiendo el truco —le dije, consiguiendo que se relajara y disfrutara de la cena.

Cuando terminamos con los peliagudos bocadillos de pan de pita, el dueño del local se acercó a nuestra mesa y nos obsequió con un par de pastelitos.

—Se llama *baklava*, es un postre típico de Turquía. Está relleno de pistacho y almendras. Pruébalo, seguro que te gusta —la animé mientras se lo acercaba a la boca. Le dio un mordisco y rozó sin querer uno de mis dedos.

—Mmmm, buenísimo. Está delicioso.

—Sí que lo está —afirmé llevándome hasta los labios el dedo que Sofía había casi besado. No sé por qué lo hice, pero ya no había vuelta atrás. Se produjo un silencio incómodo. Las dos nos miramos, pero ninguna dijo nada hasta que ella se excusó para ir al baño en una repentina huida ante la tensa situación. Cuando volvió, pude ver en su cara, de nuevo el gesto serio de antes.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, es tarde. Debemos irnos —me contestó, queriendo salir de allí cuanto antes.

Recogimos nuestras cosas en silencio y nos alejamos del local. Caminamos un largo rato sin cruzar palabra hasta que me decidí a romper el hielo.

—¿He dicho o hecho algo que te haya molestado? —le pregunté

algo desconcertada.

—No. Ha sido una cena estupenda. Es sólo que mañana tengo que corregir muchos trabajos. Debo madrugar, y me gustaría estar despejada. ¿Quieres que te acerque a casa?

—No, vivo a dos calles de la librería.

Seguimos caminando, una al lado de la otra, hasta que llegamos a su coche. De nuevo un silencio incómodo se instaló entre las dos.

—Lo he pasado muy bien. Gracias por la cena —me dijo a modo de despedida.

—Gracias a ti por la invitación. Ha sido una noche maravillosa. —Y en un arrebato de valentía me acerqué y la besé—. Hasta el lunes. —Y entonces salí corriendo doblando la esquina.

Cuando llegué a casa, todo estaba en silencio. Imaginé que mi madre dormía, así que intenté hacer el menor ruido posible. Ya en mi habitación, me sentía pletórica. No podía creer que me hubiera atrevido a besarla, pero era algo que mi corazón llevaba pidiendo a gritos toda la noche, y no había podido resistirme a probar esos labios con los que tantas veces había soñado. Al rato, con más calma y tumbada sobre la cama, pensé en cómo le afectaría a ella mi pequeño impulso. Ya estaba hecho, y no me arrepentía en absoluto. Había sido un beso tan espontáneo como sincero.

Desvelada por la emoción, navegué con el portátil en busca del blog *Letras y Susurros*. La enigmática administradora acababa de publicar una nueva entrada:

> ¿De qué modo te quiero? Pues te quiero
> hasta el abismo y la región más alta
> a que puedo llegar cuando persigo
> lo límites del Ser y el Ideal.
> Te quiero en el vivir más cotidiano,
> con el sol y a la luz de una candela.
> Con libertad, como se aspira el Bien;
> con la inocencia del que ansía la gloria.
> Te quiero con la fiebre que antes puse
> en mi dolor y con mi fe de niña,
> con el amor que yo creí perder
> al perder a mis santos… Con las lágrimas
> y el sonreír de mi vida… y si Dios quiere,
> te querré mucho más tras de la muerte.

(Elizabeth Barret Browning).

Al leerlo sentí otra punzada en mi estómago. Me sentí muy identificada con él, ya que mi corazón latía de la misma manera. Escribí un comentario:

> Siempre me ha parecido difícil describir el amor con palabras, pero Elizabeth hace que parezca fácil.

Al instante me encontré con una ventana emergente, la del chat.

—Buenas noches, Marta. Tienes razón, es como si la autora hablara con el corazón.

—Buenas noches. Tengo Sonetos del portugués pendiente para leer y, como sea así de intenso, estoy segura de que me encantará.

—Seguro que sí. Es tarde, sólo quería decirte que lo he pasado muy bien. Hasta el lunes —acababa de escribir la misteriosa administradora delatándose.

—¡Sofía! Vaya, nunca hubiera imaginado que eras tú. Yo también lo he pasado genial. Gracias por invitarme. Hasta el lunes.

Esperé una nueva respuesta, pero la pantalla no mostró ningún cambio. Unos segundos más tarde pude comprobar que se había desconectado. «Hasta el lunes», repetí mientras me acurrucaba en la cama y cerraba los ojos para seguir soñando con ella.

Capítulo 8

Besos furtivos

Aquel beso tan inesperado había cambiado las cosas, ¡vaya que sí lo había hecho! Sofía se mostraba más cercana en las tutorías, y la complicidad entre nosotras era cada vez más evidente. Por supuesto, delante de otros alumnos, tanto ella como yo tratábamos de disimular nuestros sentimientos. Solíamos quedar los viernes para ir al cine, o pasear juntas. Charlábamos de muchos temas, pero sobre todo de literatura. Ella tenía infinitos conocimientos sobre la materia y yo adoraba escucharla. Los besos habían pasado de ser espontáneos a ansiosos e incluso furtivos. Cuando nos veíamos en su despacho y terminaba la hora, Sofía siempre se levantaba para despedirme, pero antes de dejarme marchar me abrazaba por la cintura y me besaba con pasión contra el marco de la puerta. Aprovechábamos cada uno de nuestros encuentros lejos de las miradas ajenas para comernos a besos.

Los exámenes finales ya habían llegado, y con todo el dolor de mi corazón tuve que reducir nuestras citas. Yo estaba desbordada estudiando y dando los últimos retoques a mi tesis, y ella también andaba ocupada con los exámenes. Apenas veía a mis amigos, porque cada segundo que tenía libre se lo dedicaba a ella. Me pasaba las horas en la biblioteca, y en una ocasión coincidí con Rosa, que también estaba allí estudiando.

—Dichosos los ojos. Llevo varios días queriendo hablar contigo, pero cuando terminan las clases desapareces —me dijo mientras me sentaba a su lado.

—Entre los exámenes, la tesis y el trabajo, no doy abasto. Aunque es fácil encontrarme, porque siempre estoy aquí.

—Menos cuando estás con la profesora.

—Sí, bueno. Cuando tengo tutorías estoy en su despacho, como es lógico —respondí sin titubear.

—A mí no me engañas. He visto cómo te mira. Tal vez los demás no se hayan dado cuenta, pero para mí es obvio. ¿Os habéis liado ya?

—Desde luego, cómo eres. Hemos salido unas cuantas veces, pero ya está —me reafirmé.

—¿Ya está? Conmigo eras más lanzada.

—Vale, nos hemos besado —respondí, intentando dar por zanjado el asunto.

—¿Y cómo fue? Esa profesora tiene mucho morbo —dijo con un gesto obsceno.

—No te pases. No voy a contarte nada más. Yo no te pregunto qué haces con Alicia, ¿no?

—Si te da morbo te lo cuento —me dijo guiñándome un ojo.

—No, gracias. Prefiero vivir sin esa imagen en mi cabeza. Vamos despacio, no hemos pasado de ahí.

—Recuerdo que te gustaba ir rápido.

—No quiero que sea otro rollo más. Me gusta de verdad y quiero hacer las cosas bien. Además, parece que ella también lo prefiere así.

—¿Habéis hablado de ello?

—No hace falta. Eso se nota. Ahora con los exámenes finales apenas nos vemos.

—Tenéis todo el verano por delante. Así que espero que lo disfrutes —me dijo dándome un cariñoso codazo—. Ahora en serio. Me alegro por ti. Te veo feliz y eso es lo único que importa.

—Vas a hacer que me emocione, tonta —la abracé con cariño.

—Pero no te duermas en los laureles.

Así era Rosa, siempre poniéndole humor a las cosas. Como las dos teníamos bastante que estudiar, yo me cambié de mesa para no caer en la tentación de seguir charlando. Vi una vacía al final de la biblioteca y me instalé allí con todos mis apuntes. En cuanto a la tesis, sólo me quedaba la valoración final. Estaba deseando entregársela a Sofía y saber su opinión, pero tenía el examen final de Literatura norteamericana del siglo XX y debía estudiar algunos puntos que me faltaban. Estaba tan abstraída con la figura de

Arthur Miller que no me di ni cuenta de que llevaba un rato sentada a mi lado observándome.

—Te pones muy sexy cuando te concentras —me susurró al oído. Siempre conseguía erizarme la piel. La miré perdiéndome en sus profundos ojos.

—Estaba estudiando para el examen de mañana —comenté acalorada por tenerla tan cerca—. Ya casi la tengo terminada.

—Vaya, será nuestra última tutoría —se lamentó, y yo también. Hasta que no lo oí de sus labios, no había pensado en ello. No habría más besos furtivos en su despacho. Era mi último año y, si lo aprobaba todo, saldría de la universidad para no volver. Un momento de angustia se apoderó de mí, y ella pareció darse cuenta.

—Que no haya más tutorías no quiere decir nada. Además, tendrás que volver a venir para hablar de la nota, así que te espero la semana que viene.

Y con un simple guiño, se levantó y se despidió con la mano. No sabía cuál sería nuestro destino o si tendríamos algún futuro juntas, pero tampoco quería agobiarme demasiado pensando en ello. Debía centrarme en los exámenes. Dos semanas más y volvería a ser completamente libre para planear todo lo que me apeteciera, pero por el momento debía retomar la obra de Miller hasta conseguir retenerla en mi cabeza.

A pesar de haber sido una semana dura, estaba satisfecha con mi trabajo. Me había costado bastante escribir la valoración final, pero me dejé llevar por mi instinto. Después de haber estado un par de horas estudiando, me dirigí al despacho de Sofía para entregársela. Toqué la puerta y ella misma me abrió. Cogiéndome de la mano, tiró de mí hacia dentro cerrando la puerta tras de sí.

—Tenía tantas ganas de verte —me dijo mientras me besaba. Quería decirle lo mismo, pero mi lengua estaba tan perdida explorando su boca que no fui capaz de separarme de ella. Tras varios minutos, nuestros labios se despegaron de mala gana.

—La tesis, ¿recuerdas? —le dije sonriendo—. Yo también me alegro de verte.

Nos acomodamos en las sillas y me miró emocionada.

—Ya la has terminado. Estoy segura de que es genial —afirmó observando la portada.

—He puesto mi alma en ella, así que ya puede serlo. Aunque no habría sido posible sin tu ayuda —le dije mientras le cogía la mano.

—Yo sólo te he marcado el camino, no te quites méritos. Este fin de semana la leeré y el lunes lo comentamos, ¿te parece?

—¿Eso quiere decir que vas a estar liada todo el fin de semana? —pregunté caprichosa.

—Sí, y tú tienes que estudiar porque la semana que viene tienes varios exámenes, entre ellos el de mi asignatura.

—Sí, señora, a sus órdenes —le dije llevándome la mano a la cabeza a modo de saludo militar—, pero el viernes que viene no te libras. Resérvame un hueco en tu agenda.

—Así lo haré.

—Entonces me marcho, que tengo que estudiar y tú mucho que corregir —dije poniendo mi infalible mirada de perrita faldera. Me levanté y antes de irme, me acerqué a ella, que seguía sentada en su sillón. Le di un casto beso en la mejilla y me despedí.

—Me vas a matar, ¿lo sabes?

—Claro que sí, y me encanta —sonreí, cerrando la puerta y abandonando su despacho.

De camino a casa, seguía nerviosa pesando en ella y en la tesis. Imaginé que dedicaría parte del fin de semana a leerla y hasta el lunes no me diría nada de nada. La conocía bien: iba a disfrutar con aquella larga espera que para mí iba a ser toda una tortura. Lo tenía merecido. El beso en la mejilla que acababa de darle sería la excusa perfecta para su pequeña venganza. Sonreí al pensar en ello porque, a pesar de todo el estrés que había pasado, estaba contenta. Los exámenes me habían salido bien y faltaba una semana para que acabaran todos.

Ese día no trabajaba en la librería, pero decidí entrar a saludar a Lucía y Mario. Mi contrato terminaba a mediados de junio y ellos habían insistido en renovarme, pero les dije que no. Había decidido probar suerte en algunas editoriales. Ya había mandado unos currículums y estaba a la espera de sus respuestas. La carrera de Filología Inglesa no es que tuviera grandes salidas profesionales, pero el mundo de los libros me atraía muchísimo y estaba deseando hacer unas prácticas en alguna editorial para conocer el mundillo.

Me pasé todo el fin de semana encerrada en mi cuarto rodeada de apuntes. A cada instante pensaba en ella. «¿Qué estará

haciendo?», me preguntaba. La imaginaba sentada en su sofá leyendo mi tesis. Esperaba que le gustara, esperaba estar a la altura. Su opinión era muy importante para mí, además de la nota final, claro. Mi madre me llamó para cenar y me devolvió a la realidad, pero antes, y sin poder evitar la tentación, me conecté a su blog.

—¿Estás ahí? —Escribí en el chat.

—¿Y tú no deberías estar estudiando? —me respondió.

Sonreí.

—Sólo quería darte las buenas noches.

—Buenas noches. Que descanses, cariño.

Ver ese «cariño» escrito en la pantalla hizo que todo mi cuerpo se estremeciera. Sofía siempre había sido muy cariñosa conmigo, pero nunca se había dirigido a mí en tales términos.

—Igualmente —acerté a escribir seguido de un emoticono de un beso con un corazón. (Sí vale, un poco ñoño, pero ese «cariño» me había puesto muy ñoña).

Me reuní con mi madre para cenar.

Llegó el momento y no pude evitar ponerme nerviosa. Terminé el tercer examen del día y sentía que todavía me quedaba lo peor. Mis amigos decidieron ir a la cafetería para celebrar que ya quedaban tres menos y me apunté con la intención de distraerme. En una hora tenía la que sería mi última tutoría con Sofía y estaba de los nervios. Intenté engañarme a mí misma pensando que mi preocupación se basaba sólo en la tesis, pero sabía que no era cierto, que lo que de verdad me preocupaba era qué iba a pasar con nosotras.

—Martita, ¿qué tal lo llevas? ¿Ya has entregado tu tesis? —me preguntó Jorge con guasa.

—Sí. Luego tengo que ir a ver la nota —le dije seria.

—No te preocupes, seguro que te pone un diez. Eres su ojito derecho —dijo con sorna. Yo miré a Rosa castigándola por haberse ido de la lengua, pero su cara delataba la misma sorpresa que la mía. Preferí dejar pasar el comentario y no entrar al trapo. Jorge podía llegar a ser muy pesado cuando quería.

—Celia, ¿tú qué planes tienes para el verano? —Cambié de tema de manera radical.

—Voy al pueblo de mis padres y luego voy a hacer un pequeño viaje con el chico que conocí el verano pasado. No nos hemos visto mucho por la distancia, por lo que aprovecharemos el verano para hacerlo.

—Así que la cosa va en serio, ¿eh? —preguntó Andrea intrigada mientras Celia se ponía colorada.

—Carlos me ha invitado a su tierra, así que yo ya tengo planeado mi verano —dijo Jorge entusiasmado.

—Veo que todos tenéis planes. Yo estoy esperando a que unas editoriales me contesten y, con un poco de suerte, haré unas prácticas —avancé antes de que me preguntasen.

—Siempre has sido la más aplicada del grupo —dijo Rosa riéndose.

—Bueno, todo esto es si alguna cuenta conmigo porque, si no, me aburriré como una ostra aquí en Madrid.

—Ya encontrarás algo que hacer, no me cabe la menor duda —remató Rosa guiñándome el ojo. ¡Qué mujer tan incansable!

—Seguro que sí —le dije, para que no siguiera por ahí—. Ahora os dejo, que tengo tutoría para lo de la nota.

—¡Suerte! A mí me la dan mañana.

—Gracias.

Salí de la cafetería corriendo porque no podía esperar más para verla. No había tenido clase con ella y me moría de ganas por saber su opinión sobre mi trabajo, pero sobre todo me moría por besar de nuevo sus labios. Al llegar, toqué la puerta como siempre, y ella me dijo que pasara con su voz maravillosa. Cuando entré la encontré sentada en su sillón con mi tesis en la mesa, delante de ella. Su rostro parecía serio, así que ni me atreví a besarla. Decidí sentarme enfrente y escuchar lo que tenía que decir.

—Buenas tardes, Marta —me dijo con esa mirada que siempre conseguía derretirme.

—Hola —balbuceé. En ese momento miles de cosas se me pasaron por la cabeza, y una de ellas es que no le había gustado mi trabajo. Por un momento creí morir.

—Tu tesis es realmente buena —dictaminó sonriendo.

—¡Ufff! Por un momento he pensado que no estaba a la altura —dije respirando hondamente.

—¡Cómo puedes tener dudas! Es un trabajo estupendo. La forma

en la que has analizado cada una de las obras es perfecta. En cuanto a las autoras, has sabido leer su interior y te has preocupado de darles voz propia. Estoy impresionada. Como dijiste el otro día, se nota que has puesto tu alma en ella. Por norma la gente realiza estos trabajos buscando miles de datos en diferentes sitios y luego los organiza más o menos, para que tengan un sentido, pero tú no. Tú te has puesto en la piel de cada autora y has sabido ver más allá de sus letras. Mi enhorabuena —dijo mientras me devolvía la tesis.

La miré y vi que tenía un diez escrito en la parte superior derecha. Me había quedado sin palabras, no sabía qué decir. Ella seguía mirándome con una enorme sonrisa y de repente me asaltó la duda. Sofía leyó el pensamiento que reflejaba mi cara.

—Marta, si no te conociera de nada también te habría puesto un diez. Me gusta mi profesión y jamás regalo una nota, pero tu trabajo es increíble, así que no lo dudes, por favor —me aseguró, acariciándome la mano.

—Muchas gracias —respondí emocionada, intentando retener una lágrima que acababa de escaparse—. Perdona, han sido unas semanas muy estresantes —me excusé, riendo como una tonta. Sofía se levantó y se acercó a mí. Cogió mi cara entre sus manos y me besó. Respondí al beso porque era la mejor de las medicinas—. Gracias. Ha sido un año increíble en todos los sentidos —le susurré al oído, ya más tranquila.

—Tengo un regalo para ti —me dijo, entregándome un sobre. No me lo esperaba en absoluto, y ella me miraba como diciendo «Venga, ábrelo». Lo abrí y mi cara se descompuso. No podía creer lo que mis ojos veían.

—¡Dos entradas para ver a Madonna! ¡En París! —grité sin poder contenerme pero viendo que había algo más dentro del sobre —. ¡Y dos billetes de avión! ¡Joder, este sábado!

—¡Feliz graduación!

Me abalancé sobre ella y la abracé fuerte, tan fuerte, que por poco la dejo sin respiración. Busqué sus labios y me perdí en ellos durante un buen rato.

—No conozco París, pero siempre he querido ir —le dije mientras seguía entre sus brazos.

—Estoy deseando perderme contigo entre sus calles.

Volvimos a besarnos y alguien llamó a la puerta. No quería que

me soltara, pero debía hacerlo.

—Un minuto y termino con tu compañera —le dijo, volviendo a cerrar la puerta. Yo recogí mis cosas para irme, pero ella volvió a rodearme con sus brazos—. El sábado pasaré a las ocho a recogerte, así que ve preparando la maleta.

Salí del despacho con la sensación de que estaba levitando por encima de las nubes. No podía ser más feliz. Tenía un diez en mi tesis y el fin de semana lo pasaríamos juntas en París. ¿Podía pedir más?

También era mi último día en la librería y había decidido comprar unos pasteles para agradecer a Lucía y Mario todo lo que habían hecho por mí. Pasamos la tarde entre libros y dulces y les conté lo de mi tesis. Los dos se alegraron mucho, y Mario me dio un regalo.

—Es un pequeño detalle. Nos ha encantado tenerte con nosotros y ya sabes que aquí siempre tendrás tu casa —me aseguró visiblemente emocionado mientras yo lo desenvolvía.

—¡No me lo puedo creer! ¡¡Esto es demasiado, no puedo aceptarlo! —les dije también emocionada.

—Es una primera edición de *Jane Eyre*. Se publicó bajo el seudónimo Currer Bell y, a partir de la segunda edición, comenzó a publicarse con su verdadero nombre. Sabemos lo especial que es para ti esta obra y merece estar contigo. Es nuestro regalo de graduación

—Gracias, muchas gracias —dije abrazándolos con todo mi cariño. Los adoraba y los iba a echar mucho de menos. Me despedí de ellos aunque sabía que seguiría viéndolos porque no dejaría de ser su clienta más fiel.

Cuando llegué a casa, compartí impaciente con mi madre todas las novedades y al final terminé revelándole mi relación con Sofía. Mi madre era una mujer muy prudente y siempre había respetado todas mis decisiones.

—Si es lo que quieres, ya sabes que cuentas con mi apoyo. Me alegro mucho por esa matrícula de honor porque sé que te la mereces y también me alegro de verte así, tan feliz. Sé que vas a tener un futuro brillante y que serás capaz de conseguir todo lo que te propongas. Nunca dejes de perseguir tus sueños —me aconsejó mientras nos abrazábamos, y yo le susurré un «te quiero» al oído.

Capítulo 9

Bonjour, Paris!

Los exámenes habían terminado y mis notas eran excelentes. No podía estar más contenta. Aquella noche salí a celebrar el fin de curso con mis amigos y con enorme tristeza nos despedimos. Cada uno de nosotros tenía unos planes y éramos conscientes de que sería difícil volver a coincidir todos de nuevo, pero yo me sentía feliz por haber compartido con ellos todos estos años. Me fui pronto a casa porque Sofía vendría a primera hora a recogerme. Apenas había podido dormir y llevaba levantada un buen rato. Mi madre también estaba despierta e insistió en que desayunáramos juntas.

—Sólo van a ser dos días, el lunes me tienes de vuelta —le dije queriéndola tranquilizar.

—Lo sé.

Mi teléfono se iluminó indicándome que Sofía estaba esperándome abajo.

—Ya está aquí —me levanté sin poder contener la emoción.

—¿Lo llevas todo?

—Sí, no te preocupes.

Nos abrazamos a modo de despedida y le dije que en cuanto llegase la llamaría.

—Disfruta y pásalo bien —me gritó desde la puerta mientras yo bajaba las escaleras.

Sofía estaba apoyada en su coche, mirándome.

—Buenos días —me saludó mientras cogía mi maleta y la guardaba en la parte de atrás.

—Hola.

Estaba guapísima. Me acerqué a ella para besarla. Después nos

montamos en el coche y condujo dirección al aeropuerto.

—Parece que no has dormido mucho. Imagino que ayer lo celebrarías por todo lo alto.

—No te creas. Un par de cervezas y a casa. Fue más bien una despedida. He estado más nerviosa por el viaje —le dije sonriendo mientras ella apoyaba su mano en mi pierna.

—Estoy segura de que París te va a encantar.

No tenía ni la menor duda de que así sería, pero no dije nada. Me limité a sonreír y apoyar mi cabeza en la ventanilla.

El viaje hasta el aeropuerto transcurrió así, Sofía conduciendo y yo luchando con todas mis fuerzas contra mis párpados, intentando que no se cerraran.

—Ya hemos llegado —me susurró sin poder evitar mi sobresalto. Mis ojos, hacía ya un buen rato que se habían rendido.

—Lo siento. Demasiadas emociones en una misma noche.

Nos dirigimos hasta el mostrador de facturación, y ella se encargó de presentar los billetes y el resto de la documentación. Pasamos el arco de seguridad sin incidentes y, como teníamos que hacer tiempo hasta el despegue, decidimos sentarnos en una cafetería a desayunar algo.

—¿Qué te apetece?

—Un café con leche. Ahora mismo no me entra nada más.

Seguía nerviosa por el viaje. Bueno, más bien por compartir un fin de semana entero junto a aquella mujer tan maravillosa. Pensé en cómo habían ido las cosas, en lo rápido que había ocurrido todo y en lo que sentía por ella.

—Un beso si me cuentas tus pensamientos —me dijo Sofía acercándome la taza.

—Pensaba en nosotras, en lo rápido que ha pasado el curso —me sinceré.

—Si crees que vamos demasiado rápido, sólo tienes que decirlo.

—No, no es eso. Es que todavía no me creo que estemos aquí, que en unas horas vayamos a estar paseando por París las dos. Supongo que he soñado tanto este momento que, ahora que es real, no acabo de creérmelo.

—Pues créetelo. Tenemos todo el fin de semana para nosotras —dijo cogiéndome de la mano. Sonreí. Sofía me volvía loca y, cuando me tocaba, todos los poros de mi piel se abrían ansiosos esperando

cada una de sus caricias.

Desayunamos y casi sin darnos cuenta, llegó la hora de subir al avión. Iba bastante lleno pero al fin pudimos acomodarnos en nuestros asientos. Sofía llevaba un libro, y yo decidí recostarme sobre su hombro para seguir descansando. Durante el vuelo, en ocasiones abría los ojos y la observaba mientras ella leía. Se había puesto las gafas y estaba rematadamente sexy.

—Descansa, que el concierto es a las ocho y tenemos que ver muchas cosas —me dijo acariciándome la mejilla. Volví a cerrar los ojos y pegué mi nariz sobre su pecho, dejando que su aroma me envolviese, hasta que caí en un profundo sueño.

Las ruedas del avión chocando contra el suelo me despertaron. Ella seguía enfrascada en la lectura. Me atusé el pelo y recobré la compostura.

—Estás muy guapa cuando duermes —me susurró al oído juguetona. Le respondí con un suave beso en la mejilla y un cosquilleo maravilloso recorrió todo mi cuerpo.

Al salir del aeropuerto cogimos un taxi que nos llevó hasta nuestro hotel. Además de estar muy céntrico, la habitación era espectacular. Dejamos las maletas y Sofía me pidió que cerrara los ojos. Sentí como abría una puerta y me llevaba unos pasos de la mano.

—Ya puedes abrirlos. —Descubrí una pequeña terraza con la torre Eiffel de fondo—. Toma asiento —dijo mientras me cedía una de las sillas. Sobre la mesa nos esperaba un desayuno típico francés, con unos cruasanes que tenían una pinta deliciosa.

—Esto es maravilloso, pero esta habitación debe de ser carísima —comenté algo preocupada, ya que no me había dejado pagar nada.

—No te preocupes por eso. Es mi regalo de graduación, así que disfrútalo.

La besé. Estaba tan guapa… No sé si era la luz de París o que teníamos la torre más famosa del mundo detrás, pero nos besamos como si no hubiera habido un mañana. De un primer beso suave, pasamos a otro más precipitado.

—Se va a enfriar el desayuno —me susurró al oído. Pero a mí no me importó. No quería apartarme de ella. Mis manos acariciaron su cuerpo de una forma incontrolable, hasta que alcanzaron los

botones de su camisa. Comencé a desabrocharlos mientras ella me besaba el cuello. Todos mis puntos palpitaban sin control. Me deshice de su camisa y descubrí debajo un sujetador casi trasparente, desde el que sus pezones me pedían a gritos ser atendidos. Acudí a su rescate. Primero los acaricié por encima de la tela, y las yemas de mis dedos notaron su dureza. Fascinada por semejante sensación, no me di cuenta de que Sofía me había quitado la camiseta y había desabrochado también mi pantalón. Sentí como acercaba su mano a mi sexo y yo me derretí entre sus dedos. Estaba muy excitada y sentí que ella también lo estaba, pero quise ir despacio. Quería ir despacio para recorrer cada centímetro de su piel. La miré con deseo y ella, rodeándome por la cintura, me acercó hasta la cama. Me pidió que me tumbara y entonces consiguió quitarme el pantalón y la ropa interior. Estaba desnuda frente a ella mientras se desabrochaba lentamente el sujetador. Tenía unos pechos preciosos que yo ansiaba acariciar con urgencia. Ella se acercó, y yo la abracé para besarlos. Enredó sus dedos entre mi pelo mientras me besaba, y sentí que iba a morir de gusto. Incorporándome, llevé mis manos hacia la única prenda que le quedaba. También era transparente y dejaba entrever un delicioso monte de venus. Me deshice de ella quedándonos las dos privadas de cualquier prenda.

—Eres bellísima —le susurré mientras la tumbaba a mi lado.

—Bésame —me ordenó, desbordada por la excitación.

La besé y exploré cada parte de su cuerpo. Sus caricias hacían que mi entrepierna latiera sin control. Mi cara me delataba y no se demoró más. Me tocó como nunca antes nadie me había tocado. La sentí dentro de mí y me dejé llevar por sus expertas manos. No tardé en alcanzar el orgasmo. Fue tanto el placer que me hizo sentir que necesité devolvérselo cuanto antes. Al acercarme a su sexo, noté que ella también estaba muy excitada. Quería probarla, saborearla y en unos segundos, entre jadeos, conseguí hacerla mía.

—Soñaba con hacer esto desde el primer día que te vi —le confesé mientras la besaba.

—Yo también llevo conteniéndome mucho tiempo —me sonrió —, y si por mí fuera me quedaría todo el día en la cama haciendo el amor contigo, pero te recuerdo que el concierto es dentro de unas horas y quiero enseñarte París. Venga, vamos a darnos una ducha,

desayunamos y nos vamos.

Accedí de mala gana porque me parecía mucho más tentador pasar el fin de semana en la cama. Para mi suerte, compartimos la ducha, y nuestros deseos volvieron a tomar forma bajo el agua. Desayunamos dejándonos envolver por la maravillosa estampa que teníamos a nuestros pies y salimos del hotel como dos turistas más.

Paseamos por la orilla del Sena y yo parecía una tonta mirando a todos lados con la boca abierta, sobrecogida por la belleza del entorno. Sofía sugirió tomar el *batobus* para no caminar tanto. Yo seguía embobada mirándolo todo y atendiendo a las explicaciones que ella me iba dando sobre los diferentes puentes que íbamos dejando atrás: Pont de l'Alma, Pont des Invalides, Pont Alexandre III, Pont de la Concorde, Pont Royal, Pont du Carrousel, Pont Neuf, Pont au Change y Pont Notre-Dame. Sin lugar a dudas, el que más llamó mi atención fue el Pont Neuf. Lo reconocí al instante por la película *Los amantes del Pont-Neuf* y recordé la magistral interpretación de Juliette Binoche.

—Me encantó esa película. Dura pero romántica.

—A mí también me gustó. Supongo que ése es el poder de esta ciudad, que se respira romanticismo en cada una de sus calles —me dijo cogiéndome de la mano para abandonar el barco y adentrarnos en la famosa catedral conocida en el mundo entero gracias a Quasimodo, el personaje de Víctor Hugo.

Avanzamos hacia el interior por una de las puertas laterales. Un silencio abrumador inundaba la estancia. Alcé mi cara para poder contemplar la grandeza de las bóvedas. Las vidrieras también eran impresionantes. Recorrí junto a Sofía el interior del templo, intentando perderme en los pequeños detalles.

—En este mismo suelo, fue coronado Napoleón como emperador de Francia y también Juana de Arco fue beatificada.

—Si estas paredes pudiesen hablar…

Abandonamos la catedral y seguimos paseando por la orilla del Sena.

—Voy a enseñarte un sitio que creo que te gustará —me dijo con aire misterioso.

—Eso seguro porque aquí todo es bellísimo.

Recorrimos unos metros y nos paramos frente a una librería con un aspecto bastante bohemio.

—Ésta es la librería Shakespeare & Company. Está especializada en literatura anglosajona y, conociendo tus gustos literarios, seguro que te encanta —me dijo guiñándome el ojo.

Atravesamos la puerta y me invadió ese aroma tan particular que desprenden los libros. La miré con cara de incredulidad porque me pareció estar viendo el paraíso en ese mismo instante. Comencé a recorrer cada una de las estanterías y a rozar con mis dedos cada uno de los tomos que allí habitaban. Eran tantos los títulos que sentí que se me nublaba la vista. La librería tenía un aire antiguo y el suelo, que era de madera, crujía con cada uno de nuestros pasos.

—Entre los años veinte y cuarenta, fue regentada por Sylvia Beach, que también ejerció como editora. Ella fue la primera en publicar el *Ulises* de Joyce. Estaba ubicada en otra calle, pero allí podías encontrar todas esas obras que tanto en Inglaterra como en Estados Unidos estaban prohibidas.

—Es maravillosa. No tenía ni idea. Gracias por descubrírmela —le dije mientras agarraba su mano y la apretaba cariñosamente.

—Pues todavía no has visto nada. Acompáñame al piso de arriba. —La seguí por una estrecha y pequeña escalera, también de madera. Más y más libros rodeaban una pequeña cama. Miré a Sofía esperando más información—. Éste es el refugio para los viajeros. A cambio de ayudar en la librería, pueden dormir y escribir aquí. Son muchos los escritores famosos que han pasado por esta habitación.

—Sin duda se trata de un lugar muy especial. Sería bonito que todas las librerías perduraran tanto en el tiempo. Todas ellas están llenas de historias que, cuando cierran sus puertas, se pierden para siempre.

No pude evitar sentir cierta tristeza al pensar en Mario y Lucía y en sus dificultades para seguir manteniendo su librería abierta. Sofía advirtió mi desazón y, acariciando mi mejilla, me besó en los labios con delicadeza. No sabía cómo lo hacía, pero cada vez que me besaba yo me deshacía entre sus brazos. El sonido de las pisadas de otros turistas que también querían descubrir aquella maravillosa estancia, consiguieron separarme de ella muy a mi pesar. Volvimos al piso de abajo y retomé mi particular aventura de encontrar un ejemplar especial para añadir a mi preciada colección. No tardé mucho en decidirme, porque ante mis ojos tenía *A Room of One's Own (Una habitación propia)* de Virginia Woolf, un verdadero tesoro

para mi estantería.

Feliz como una niña con zapatos nuevos, dejamos la librería atrás y seguimos nuestro paseo hasta que decidimos pararnos en un pequeño restaurante para comer. Como no estaba muy puesta en lo que a comida francesa se refería, me dejé aconsejar. No podía dejar de mirarla mientras esperábamos a que nos trajesen el primer plato. Le brillaban los ojos de una forma tan especial.

—Gracias por invitarme a este viaje —le dije perdiéndome en su mirada—. Conoces muy bien París, ¿no?

—Sólo he venido un par de veces por trabajo. Además, ver París a través de tus ojos es como verlo por primera vez.

—Te haría el amor aquí mismo —me sinceré sin contemplaciones mientras Sofía soltaba una carcajada.

—¿Podrás esperar a llegar al hotel? Te confieso que yo también estoy esforzándome por contenerme.

Comimos y todo lo que probé estaba delicioso. No paramos de hablar. Nunca había estado tan a gusto con nadie. Sofía conseguía llenar cada uno de los rincones que, por alguna razón, siempre habían estado vacíos en mi interior. No quise pensar en ello, prefería disfrutar de cada segundo con ella.

Después de comer, y como el estadio Bercy no quedaba muy lejos, decidimos caminar río abajo y empaparnos de las diferentes e inigualables postales que ofrecía la ciudad a su paso. Cogidas de la mano, paseamos nuestro amor como si se hubiese forjado hacía años. La orilla del Sena estaba abarrotada de gente, y el sol conseguía reflejar en el agua los majestuosos edificios que se levantaban a su alrededor. Cerré los ojos y me aferré a su mano con firmeza, por miedo a que todo aquello fuera un sueño, un mero producto de mi imaginación del que no quería despertar. Pero no, era real, tan real como su aliento, que sentía próximo a mis labios. Como si pudiera leer mi mente, había acudido de nuevo a mi rescate con uno de sus tiernos besos.

Como era de esperar, el estadio estaba lleno de gente que, igual que nosotras, estaba ansiosa por ver a la reina del pop. Había mucha seguridad por todo el recinto y, cuando las puertas se abrieron, la entrada se desarrolló sin ningún incidente. Sofía y yo decidimos quedarnos en el foso para disfrutar del espectáculo lo más cerca posible. Como el estadio era enorme, a pesar de haber

una gran multitud tuvimos espacio suficiente como para bailar. De repente todas las luces se apagaron y un silencio se apoderó del recinto. La música comenzó a sonar y una gran bola de discoteca bajó desde lo más alto. Los bailarines se apoderaron del escenario y, tras un fuerte estruendo, la bola, que acababa de aterrizar también allí, se abrió lentamente como si una mariposa batiera sus alas. El público estalló entre gritos y aplausos y allí estaba Madonna, con una gran sonrisa en la cara, que de inmediato se arrancó a cantar el tema *Future Lovers/I Feel Love*. Miré a Sofía sin saber cómo expresarle mi gratitud por tan maravilloso regalo. Nos besamos y, cogidas de la mano, nos dejamos llevar por el espectáculo. Bailamos, cantamos, y disfrutamos todo el concierto como si fuéramos dos adolescentes. Cada uno de los temas que interpretaba estaba rodeado de una muy planificada coreografía. Además, la reina del escenario no dejaba de hacer sus ya conocidos guiños políticos y sociales. Cada uno de sus conciertos era una buena excusa para remover conciencias.

Al terminar el espectáculo, cogimos un taxi para volver al hotel y llegamos exhaustas.

—Ha sido increíble. Creo que jamás podré olvidar este día —le dije mientras entrábamos en la habitación.

—El día todavía no ha terminado —precisó, acercándose y rodeándome con sus brazos. Yo me dejé hacer y entonces comprendí que lo mejor estaba por llegar. Nuestras ganas eran inagotables, y nuestros cuerpos se buscaban incontrolables. Después de desnudarnos, nos perdimos bajo las sábanas deseando que ese día no acabara nunca. Nos entregamos al placer, una y otra vez, hasta que el sueño nos ganó la batalla.

Amaneció, y yo llevaba un buen rato observando a Sofía mientras dormía. La luz parisina que se colaba por la ventana la hacía todavía más bella. No podía creer que estuviera allí, a su lado, y que hubiéramos pasado toda la noche haciendo el amor. Seguía pensando que todo había sido un sueño porque nunca había sido tan feliz.

—¿Cuánto tiempo llevas despierta? —me preguntó abriendo los ojos.

—Sólo un rato. Me gusta mirarte mientras duermes.

—Estás muy sexy con mi camiseta. ¿Por qué no vienes a la cama y me la devuelves?

Me la quitó en plan juguetona y volví a quedarme desnuda frente a ella. Vi el mismo deseo de anoche en sus ojos, y mi cuerpo de nuevo se estremeció. Nuestro apetito no tenía límites y volvimos a enredarnos entre las sábanas durante horas.

—Como sigamos así, no voy a poder enseñarte París —dijo mientras me acariciaba el pelo. Sabía que tenía razón, pero abandonar esa cama era lo que menos me apetecía.

Al final accedí, no sin antes compartir una encantadora y deliciosa ducha. Sofía tenía planeada una visita al museo del Louvre, así que nos dirigimos hasta allí en metro.

Para no variar, la entrada al museo también estaba llena de turistas pero tuvimos suerte, pues la cola avanzaba bastante rápido. La entrada bajo la pirámide de cristal era inmensa.

—El museo es enorme y hay muchas obras, así que si te parece, hacemos un recorrido general.

—Tú eres la experta, estoy en tus manos —le dije besándola en la mejilla.

—Mmmm, entonces tendré que atármelas, porque no sé si seré capaz de controlarlas.

Sonreí ante el comentario y la cogí de la mano para empezar nuestro recorrido artístico. Mientras caminábamos en dirección a la sala de antigüedades griegas, etruscas y romanas, me hablaba de la historia del museo y yo la escuchaba entusiasmada. Entre todas las obras, nos detuvimos ante unas cuantas que ella adoraba, como la *Victoria de Samotracia*, la *Venus de Milo y* los *Toros alados asirios*. Todas ellas me resultaron espectaculares y de una belleza incomparable.

Paseando por las salas, nos dejamos envolver por todas las pinturas que íbamos descubriendo. La famosa estancia donde se encuentra el cuadro de la *Gioconda* estaba abarrotada de gente. Los turistas se empeñaban en hacerle una fotografía, y era casi imposible acercarse a ella para admirarla. Conseguimos hacernos un hueco y examinar más de cerca el retrato. Por un momento me sentí abrumada al estar rodeada de tanta belleza. Miré a Sofía y presentí que ella sentía lo mismo que yo. Se notaba que amaba el arte. La forma en que admiraba las obras era delicada y a la vez apasionada.

—Quiero enseñarte un cuadro que me resulta muy curioso. Sigamos —me dijo mientras posaba su mano en mi cintura y me indicaba la dirección a seguir. Llegamos a otra sala y nos acercamos a una obra. Eran dos mujeres; una estaba pellizcando el pezón de la otra—. Ya te he dicho que era curioso —sonrió.

Me acerqué hasta la pequeña placa donde aparecía la información del cuadro y pude ver que databa del siglo XVI.

—¿Qué sabes de él? —pregunté con gran interés.

—No mucho. Pertenece a la escuela Fontainebleau, y el autor se desconoce. Las protagonistas son dos hermanas y una de ellas es Gabrielle d’Estrées, la favorita del rey Enrique IV. En teoría, se encuentran en el baño y una le está pellizcando el pezón a la otra. No puedo aportarte más, simplemente deja que tu imaginación te hable sobre él.

—Mmmmm, mi imaginación no tiene límites —le dije sonriendo.

—La mía tampoco.

Ambas nos reímos y un hombre, empleado del museo, nos hizo un gesto con la mano pidiéndonos silencio. Disculpándonos, abandonamos la estancia. Recorrimos las demás salas con tranquilidad y salimos del museo a la hora de comer. Nos perdimos por el barrio latino y disfrutamos de un agradable almuerzo. Había tanto que ver que hubiéramos necesitado por lo menos un mes para descubrirlo todo.

Nos acercamos hasta el famoso barrio de Montmartre y callejeamos por entre sus pintorescos edificios. En sus calles, pintores de todos los estilos se daban cita intentando vender alguna de sus obras. Uno de ellos se acercó a nosotras y se ofreció a pintarnos una caricatura. A mí me pareció divertido y animé a Sofía a que posara junto a mí, ante el desconocido artista. Sólo le hicieron falta quince minutos para plasmar nuestras facciones en un gracioso retrato. Le pagué lo convenido y volvimos a retomar nuestro paseo por el barrio bohemio.

—Para ti —le dije mientras le daba la hoja con los trazos de carboncillo.

—Está genial. Muchas gracias. La pondré en el salón. Así, cuando la mire, recordaré este viaje —expresó mientras me besaba.

Sofía sugirió visitar también el museo de Orsay, por lo que

volvimos a coger el metro y, después de un pequeño paseo, llegamos hasta la famosa pinacoteca, donde me dejé sorprender por las esculturas de Rodin. Disfrutamos de la magia de los cuadros de Cézanne, Gauguin, Monet, Renoir, Van Gogh y sobre todo de Courbert y su magnífica visión de *El origen del mundo*. Pero lo que más disfruté fueron las pinturas de uno de mis artistas favoritos, Toulouse-Lautrec. Todas esas escenas del Moulin Rouge me apasionaban. Sin duda una época que también me habría encantado conocer.

El atardecer llegó sin darnos cuenta y decidimos volver a coger el *batobus* para disfrutar de la Torre Eiffel y su típica y ya conocida iluminación nocturna. Admiramos a la dama de hierro con una música especial de fondo. Se trataba de *La vie en rose*, que sonaba desde uno de los puestos ambulantes que ofrecía café a los turistas. Todo era más bello con música. No podía haber nada más romántico. Sofía se dio cuenta de mi ensoñación y me besó. Había llegado la hora de volver al hotel.

Era nuestra última noche en París y no quería que se acabara. Acogí sus caricias con ansiedad aprovechando al máximo cada segundo a su lado.

—No quiero que esto termine —dije interrumpiendo la magia del momento.

—No lo hará. Esto es sólo el comienzo.

—¿Me lo prometes? —pregunté poniéndole ojitos.

—Te lo prometo —me tranquilizó, besándome y apoderándose de cada uno de mis sentidos.

Capítulo 10

¿Por qué?

Acababa de recibir una buena noticia: una de las editoriales a las que había enviado mi currículum quería conocerme. Habían pasado dos días desde que volvimos de París y apenas había visto a Sofía. Decidí llamarla para contarle las buenas nuevas.

—Hola. Llevo dos días sin verte y ya te echo de menos.

—Hola, Marta. Perdóname, pero mi madre no está bien y he tenido que trasladarme a su casa —me dijo con tono serio.

—Vaya, ¿y cómo se encuentra?

—Le están haciendo pruebas y todavía no nos han dicho nada, pero voy a tener que estar aquí unos días.

—Claro. Oye, si necesitas cualquier cosa, cuenta conmigo.

—Tengo que dejarte.

—¡Sofía! —me apresuré a decir—. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Y la llamada se cortó.

Eso me preocupó. Ya me había hablado de su madre y, a pesar de ser mayor, había comentado que vivía sola en un pueblo de la sierra de Madrid. Algo grave tenía que haber pasado porque su voz sonaba distinta. Esperé que no fuera nada y que su madre se recuperara lo antes posible.

Los de la editorial me citaron al día siguiente y acudí con mucha ilusión. Se trataba de una modesta editorial que acababa de abrir una sucursal en Madrid. El director era inglés pero hablaba español a la perfección. Me explicó la línea editorial que seguían y me ofreció realizar las prácticas con ellos. Significaba empezar desde abajo, pero no me importó. Lo vi como una gran oportunidad. Me quedaría sin verano, pero me apetecía mucho el reto, así que acepté

y esa misma semana comencé mi nuevo trabajo.

Llevaba ya una semana sin tener noticias de Sofía y la echaba de menos. Sabía que no estaba pasando por un buen momento y me hubiera gustado estar con ella. Decidí llamarla para ver cómo iban las cosas.

—Hola, ¿qué tal está tu madre?

—Le han diagnosticado alzhéimer —me dijo con la voz rota.

—Lo siento mucho, cariño.

—He hablado con la universidad y he solicitado una excedencia. Como mi madre no puede vivir sola, he decidido trasladarme con ella.

—Si quieres puedo acercarme este fin de semana y te echo una mano —se me ocurrió decir, porque la noticia me había dejado sin palabras.

—No. Mi madre está muy desorientada y tengo que estar muy pendiente de ella. Lo siento, pero ahora mismo no vamos a poder vernos.

—No te preocupes, lo entiendo. Pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

—Gracias. Tengo que dejarte.

—Te quiero —dije mientras escuchaba como el tono me anunciaba el final de la llamada.

Sabía que era egoísta por mi parte, pero sentí que acababa de abrirse una enorme brecha entre nosotras. Era como si todo lo que habíamos vivido en París hacía unas semanas no hubiera sucedido. Pero ahora me tocaba apoyarla, así que decidí darle tiempo y no agobiarla. Debía adaptarse a una nueva situación y yo no quería ser una carga añadida. Pensé que en unos días todo volvería a ser como antes.

El verano pasó como un suspiro porque en la editorial me iban dando cada vez más responsabilidades. Hice buenas migas con el director, así que pasé de ser la chica que organizaba la documentación y se encargaba de las citas a leer manuscritos y hacer correcciones. Me gustaba lo que hacía, y me sentía muy a gusto. Mis ratos libres los dedicaba a escribir. Cuando me sentaba ante un folio en blanco, el recuerdo de la librería que visitamos en

París me venía a la cabeza. Mi imaginación echaba a volar y sentía como si me trasladara hasta allí. Me veía escribiendo palabras entre aquellas estanterías llenas de libros maravillosos. Y así me llegaba la inspiración, aunque todo lo que escribía terminaba en un cajón. El miedo a no estar a la altura me superaba. Al recordar París, también pensaba en ella: no podía sacármela de la cabeza. Durante esos meses apenas habíamos hablado, y sentí que lo que una vez hubo entre nosotras comenzaba a deshacerse.

Estaba releyendo *Una habitación propia* de Virginia Woolf, el ejemplar que compré en aquella librería parisina. Siempre que me sentía bloqueada, lo leía. Me ayudaba a aclarar las ideas y a tomar nuevas perspectivas ante los problemas. Decidí llamarla.

—Hola, ¿cómo va todo?

—Hola, Marta, lo siento pero ahora no es un buen momento, estoy bañando a mi madre.

—Entonces te llamo mañana.

—No creo que sea buena idea. Es mejor que no hablemos más. Lo siento, tengo que volver con mi madre. —Y se cortó la comunicación.

Decidí darle un respiro y, tras un par de días, lo intenté de nuevo. Marqué su número en varias ocasiones, pero no contestaba. Después de escuchar todos los tonos, me saltó el contestador. No me quedó más remedio que dejar un mensaje en la dichosa máquina.

—Sofía, no me apartes de tu lado, te lo ruego. Puedo esperar todo el tiempo que me pidas, pero no te alejes, por favor, habla conmigo —pude decir antes de que el molesto pi sonara en mi oído.

Cada día seguía intentando hablar con ella, pero no respondía a mis llamadas. También visitaba su blog y le escribí varios mensajes a los que tampoco contestó. No entendía por qué se había alejado así de mí. Era como si hubiera decidido apartarse del mundo.

Mi trabajo en la editorial cada vez me ocupaba más tiempo, y los únicos ratos libres de los que disponía, los dedicaba a intentar hablar con ella. Visité la universidad y hablé con algunos de mis antiguos profesores, pero nadie sabía nada. Hacía meses que había pedido una excedencia, pero sin dar ningún tipo de explicación. Me acerqué hasta su casa y toqué el timbre durante horas en vano. Un día recordé que en una ocasión había mencionado el pueblo donde vivía su madre, Lozoya. Navegué en internet y descubrí que tenía

pocos habitantes.

Le pedí el coche a mi madre y, aprovechando que era mi día libre, me aventuré y me acerqué hasta allí. Sabía que no sería fácil encontrarla, pero al ser un pueblo pequeño tal vez podría dar con ella. Tras aparcar en la plaza, me di una pequeña vuelta por el centro. A pesar de ser pequeño, había muchas casas y Sofía podía estar en cualquiera. Me acerqué hasta una cafetería y me senté a tomar un café. Desde el interior, podía ver toda la plaza y algunas calles aledañas. No tenía prisa, así que me dediqué a observar a los lugareños durante unas horas.

El tiempo pasaba y ni rastro de ella. Piqué algo en uno de los bares y volví a dar otro paseo, explorando nuevas calles. Mientras caminaba, a un lado descubrí una frutería. Me llamó la atención por cómo tenía organizado el escaparate. Cada una de las frutas estaba expuesta como si fueran verdaderas obras de arte. Todas las piezas desprendían un brillo que, a simple vista, las hacía parecer artificiales. Me acerqué porque unas manzanas me llamaron a gritos y, cuando entré en el establecimiento, como si se tratara de una broma del destino, allí estaba ella. Acababa de pagar y, cuando se dio la vuelta para dirigirse hacia la puerta, me encontró frente a ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con la cara desencajada.

—Quería verte. Necesito hablar contigo.

—No hay nada de que hablar. Vete, por favor —me rogó.

—No hasta que hablemos. Ya sé que esto es muy difícil, pero déjame ayudarte.

—No tienes ni idea. No puedes ayudarme. Es mejor que no nos volvamos a ver.

—¿Y entonces lo de París no significa nada? —le pregunté intentando contener las lágrimas.

—Lo pasamos bien, pero ya está —dijo sin poder mirarme a la cara.

—Mírame a los ojos y dime que no me quieres. ¡Vamos, dímelo! —grité, olvidando donde estaba.

—No te quiero, y ahora vete, por favor.

Su mirada era fría. No podía creer lo que estaba oyendo. Por un momento llegué a pensar que todo lo que habíamos vivido juntas había sido un sueño, un sueño que yo sola había imaginado. Quería

seguir rogándole que me dejara estar a su lado, pero había dejado tan clara su postura que no me quedó más remedio que salir de allí y abandonar el pueblo lo antes posible.

Conduje durante media hora, pero tuve que parar porque me faltaba el aire. Dejé el coche a un lado de la calzada y salí apresurada buscando el oxígeno que tanto necesitaba. Respiraba con dificultad y no podía dejar de llorar. Nunca antes había tenido una sensación igual, nunca antes me habían roto el corazón de esa manera. No podía creer que lo nuestro acabara así, y hasta llegué a dudar de si alguna vez había existido. Repasé cada uno de nuestros encuentros y me dolió pensar que Sofía había estado engañándome todo ese tiempo. Me había enamorado como una tonta, y para ella sólo había sido un mero entretenimiento. Tras unos minutos, conseguí recuperar el aliento y emprendí la vuelta a casa.

Mi madre estaba en el salón y, cuanto me vio entrar, supo que algo no iba bien.

—¡Marta! ¿Qué ha pasado? —me preguntó al ver mi cara. Me acerqué a ella y la abracé buscando consuelo. Ella me acogió entre sus brazos y, paciente, esperó una explicación.

—Mamá, no me quiere, todo ha sido mentira —logré decir entre sollozos.

—Tranquila, cariño. Seguro que hay una explicación. Piensa que no es un buen momento para ella.

—Lo sé, por eso quería decirle que podía contar conmigo, pero me ha dicho que no quiere volver a verme.

—Sé que ahora no lo ves, pero tal vez, en un futuro, te alegres de esa decisión —dijo mi madre intentando tranquilizarme pero consiguiendo todo lo contrario.

—¿Tú también lo piensas? Y ahora me vas a soltar lo de la diferencia de edad, ¿no?

—No, cariño, no quería decir eso. Sólo quiero que pienses que para ella no ha debido de ser fácil. Su madre ha enfermado de repente y todo su mundo ha cambiado.

—Sí, y por eso ha decidido excluirme de él. No lo entiendo, mamá. Creía que me quería.

—Marta, eres muy joven. Esto ha sido una experiencia más.

—No, mamá, Sofía no ha sido sólo eso. Para mí ha significado mucho más, pero ya da igual. Me voy a mi cuarto.

—¿No vas a cenar?

—No tengo hambre.

Me retiré abatida a mi cuarto y me tumbé en la cama. No podía dejar de llorar. Lloré durante horas, durante días, semanas y meses. Me refugié en el trabajo porque era lo único que conseguía motivarme.

Un día llamé a Jorge para quedar y poder desahogarme con él.

—¡Estás fatal! Creía que en tu nuevo curro te iba genial —me dijo mientras me sentaba frente a él en una cafetería del centro.

—El curro no es el problema. Sofía me ha dejado.

—¡Estás de broma! ¡Pero si parecíais la parejita perfecta!

—Pues ya no lo somos —le confirmé mientras le contaba todo lo ocurrido. Él me escuchó con atención y, cuando vio que me desmoronaba, me cogió la mano.

—No sabe lo que se pierde. Marta, tú vales mucho, no dejes que esa tía te condicione. Quédate con lo bueno. Lo pasaste bien con ella, ¿verdad? Pues quédate con eso. Además, ya sabes que el mercado está lleno de tías buenas que seguro que están encantadas de conocerte.

—No quiero conocer a nadie. Jorge, la quiero a ella. ¡Qué voy a hacer! —dije entre sollozos.

—Seguir viviendo y, por lo pronto, este sábado te vienes con Carlos y conmigo de marcha. Seguro que encontramos alguna que te haga olvidarla.

—No, en serio, no tengo ánimos.

—Me da igual. Nos pasaremos por tu casa y te sacaremos a rastras si hace falta —insistió, intentando arrancarme una sonrisa.

—Está bien, pero en plan tranquilo.

—Vale, tú mandas. ¿Entonces en el curro bien?

—Sí, más que bien. Me han ofrecido un contrato, así que el mes que viene pasaré a formar parte de la plantilla. Adiós a la chica en prácticas, hola a la nueva ayudante de edición.

—Me alegro un montón. Carlos y yo hemos decidido irnos a Londres a hacer un máster. Buscaremos algún trabajillo para ir tirando.

—¿Y cuándo os vais?

—El mes que viene.

—Te voy a echar mucho de menos. No sé qué voy a hacer sin ti.

—Tendrás que venir a Londres a visitarnos.

—Eso está hecho.

Me daba mucha pena que Jorge se fuera. Recordé con nostalgia los días que pasamos en la universidad. Hacía tiempo que no veía a Rosa, aunque solíamos hablar por teléfono. Ella y su novia habían alquilado un ático y estaban organizando su boda para el año siguiente. Celia se había ido de año sabático con el chico que veraneaba en su pueblo y, por las postales que me enviaba, parecía encantada. Andrea, bueno, ella seguía yendo de acá para allá exprimiendo la vida al máximo, y yo sólo podía pensar en Sofía.

El sábado, como había prometido, me reuní con Carlos y Jorge en la plaza de Chueca. Me apetecía pasar un rato con ellos. Los dos eran encantadores y, cuando los vi juntos, pensé que por fin Jorge había dado con su otra mitad. Decidimos perdernos por los bares de ambiente, y yo encontré en el alcohol a mi mejor aliado. Mientras mis amigos se divertían en la pista de baile, yo me senté en la barra a mitigar el dolor que me corroía por dentro.

—Hola, ¿estás sola? —preguntó una chica que acababa de aparecer a mi lado sin darme cuenta.

—Estoy con unos amigos, pero hace rato que no los veo.

—Me llamo Vero. ¿Puedo acompañarte? —dijo mientras se sentaba junto a mí.

—Claro, pero te advierto que hoy no soy buena compañía —le previne, intentando mantener la compostura.

—No hace falta que hablemos. ¿Puedo invitarte a otra?

—Creo que ya he bebido suficiente. Si me disculpas, voy al baño.

—No hay problema.

Me iba a estallar la vejiga, así que me apresuré hasta el aseo. Menos mal que no había mucha cola. Mientras me agachaba e intentaba no rozar la taza del váter, analicé la situación. Estaba prácticamente sola, bebiendo sin control y pensando en Sofía. ¡Menuda estampa, no podía ser más penosa! De repente la puerta se abrió —al parecer había olvidado echar el cerrojo—: era la chica que se había acercado en la barra.

—Como he visto que tardabas, he venido para ver si estabas

bien —me dijo, cerrando la puerta y dejándome atrapada con ella.

—Sí, sólo estaba vaciando todo lo que he ingerido.

—¿Una noche dura? —susurró mientras se acercaba, y me besó el cuello poniéndome cachonda al instante. No sabía si era el alcohol, que echaba de menos a Sofía o que me sentía sola, pero perdí el control y me lancé sobre ella—. Vaya, parece que la noche va a mejorar.

Pareció captar el mensaje de inmediato, y yo me dejé hacer. Cerré los ojos e imaginé que eran las manos de Sofía las que me tocaban, que eran sus labios los que me besaban y tardé menos de un minuto en correrme. No quería abrirlos porque sabía que iba a encontrarme con la cruda realidad, así que decidí seguir a ciegas e imaginando que el cuerpo que estaba acariciando también era el de Sofía.

El cuarto de baño era bastante pequeño, pero nos las arreglamos para darnos placer la una a la otra. Salimos de allí y volvimos a la barra. Acepté esa otra copa e intenté no pensar en el polvo que acababa de echar con aquella desconocida que tenía a mi lado.

Al rato, Carlos y Jorge recobraron la memoria y se acercaron para ver cómo le iba a su amiga, es decir, a mí. Al verme acompañada decidieron marcharse, y yo me escabullí con ellos sirviéndome de excusa.

—Disfruta de la noche. Además tu acompañante no está nada mal —me dijo Jorge guiñándome el ojo.

—Créeme, ya he disfrutado bastante. Ahora prefiero irme a casa. Hasta mañana, chicos —me despedí, dándoles un beso.

—Que descanses.

Cuando llegué a casa eran casi las cuatro de la mañana pero, a pesar de la hora, necesitaba darme una ducha y borrar cualquier resto que hubiera podido dejar aquel polvo sin sentido. Por un momento creí haber conseguido olvidarla.

Capítulo 11

Esperando a Sofía

Llevo toda la semana esperando que llegue este día, el de la cita con Sofía. No me ha contestado al email, así que no sé si acudirá al encuentro. Tengo los nervios a flor de piel, está siendo una semana horrible. Todavía falta una hora para empezar mi jornada y he quedado con mi madre para desayunar juntas. Lo hacemos muy a menudo, en una cafetería cerca de su casa. Cuando me independicé tenía muy claro que quería seguir viviendo por la zona, para no alejarme mucho de ella.

—Buenos días, cariño, ¿cómo te encuentras? —me pregunta, sabiendo que hoy es el gran día.

—Nerviosa, muy nerviosa. Todavía no sé si aparecerá, mamá.

—Ha pasado mucho tiempo y ya lo has superado. Si no se presenta, no pasará nada. Seguirás con tu vida como hasta ahora.

—Ya, pero me gustaría que me explicara qué es lo que pasó.

—¿Tú crees que eso cambiará algo? —Me plantea, queriendo que no vuelva a repetirse el sufrimiento de antaño.

—No lo sé, tal vez, pero siento que lo necesito.

—Ya has sufrido bastante, y no quiero que lo sigas haciendo.

—No te preocupes, mamá. Estoy bien. Sólo necesito respuestas para poder entender, nada más —le digo intentando tranquilizarla.

—Está bien. Ya eres mayorcita. ¿Y cómo va la nueva publicación?

—Mike nos tiene a todos como locos. El departamento de grafismo está liado con la portada, así que ya sólo queda maquetación y enviarlo a la imprenta. Espero que se venda bien, sobre todo porque es una de mis apuestas.

—Eso seguro. Siempre has tenido buen ojo para los libros. Estoy muy orgullosa de ti. Ahora sólo queda que algún día te arranques y saques del cajón los tuyos.

—No estoy preparada para enseñarlos, pero quién sabe, con el tiempo.

Terminamos nuestros cafés y nos despedimos para ir cada cual a su trabajo. Cuando llego a la oficina, Cristina ya está allí.

—Buenos días —la saludo.

—Buenos días a ti también. Espero que hoy estés de mejor humor.

—Lo siento, ha sido una semana muy dura —me disculpo, porque sé que tiene razón.

—¿Qué te ha ocurrido para que estés tan insoportable?

—Hoy he quedado con alguien que hace mucho tiempo que no veo y estoy nerviosa por ello.

—Debe de ser importante. Pero ¿por qué tantos nervios?

—Es una historia antigua y muy larga —le respondo, para no tener que contarle más.

—Después salimos a comer y me lo cuentas. Invito yo —dice sin darme más opción.

—Está bien. ¿Tienen ya los bocetos para la portada del libro de Luisa Castañer?

—Sí. Te los he dejado sobre tu mesa. Mike quiere verte.

—Perfecto. Ahora voy.

Recojo los diseños y los repaso mientras camino hacia al despacho del jefe. Son estupendos, y pienso que van a quedar muy bien.

—¿Qué te parecen? —me pregunta Mike al verme con ellos en la mano.

—Son geniales. Han captado la esencia de la novela. Creo que el equipo de grafismo ha dado en el clavo.

—A mí también me lo parecen. Quería decirte que esta presentación la harás tú.

—¡Pero si nunca he hecho una!

—Pues ya va siendo hora. Ha sido tu apuesta, y nadie mejor que tú para hablar de ella. Habla con Luisa para ultimar los detalles, pero serás tú quien la acompañe en esta andadura. Serás su editora —me dice mientras yo no doy crédito.

—Mike, muchas gracias por tu confianza. Espero estar a la altura —le digo entusiasmada.

—Sé que lo vas a hacer bien, así que ¡a trabajar!

Vuelvo a mi despacho con una sonrisa de oreja a oreja. Cuando leí el manuscrito de Luisa, me pareció fascinante e insistí tanto en que debíamos publicarlo que Mike no pudo negarse. Y ahora me ha hecho responsable de la edición. Descuelgo el teléfono para llamar a Luisa y contarle las novedades. Parece encantada con la decisión de Mike. Desde el primer día que nos conocimos, habíamos congeniado muy bien. Quedo con ella para la semana que viene para ultimar los detalles de la impresión y la presentación. Por un segundo olvido la cita de esta tarde y la emoción del momento se lleva por delante todos mis nervios.

Después de pulir la portada con los de grafismo, retomo un manuscrito que tengo a medias. Lo termino y va a parar directamente al montón de los descartados. Cristina se acerca a mi mesa y me da unos sobres.

—Tres más. Acaban de llegar.

Es increíble la cantidad de obras que nos llegan cada semana. No quiero que se me acumulen, así que me pongo con ellas. De las tres, sólo una cumple nuestras directrices. En cuanto termino de redactar la ficha correspondiente, salgo en busca de Cristina para hacer la pausa de la comida.

Nos acercamos al The Break. Tienen una pequeña carta de platos combinados que está muy bien. Al entrar me fijo en el personal y veo que Estela no está. Me siento aliviada por ello. Un camarero nos toma nota y Cristina me mira esperando a que le cuente mi historia.

—Mike me ha dejado que lleve la presentación del libro de Luisa Castañer —le digo emocionada.

—Eso es genial. Ya era hora de que reconociese tu esfuerzo. Me alegro mucho. Nadie más que tú se lo merece.

—Gracias.

El camarero nos trae una botella grande de agua. La abro y sirvo un poco en cada copa. Veo que Cristina está perdiendo la paciencia.

—¿Quieres contármelo ya?

—Vale. Se trata de una profesora que conocí en mi último año de carrera.

—¿Tuviste un lío con tu profesora? —me interrumpe incrédula.

—No fue un simple lío, para mí fue algo más. El caso es que me ayudó mucho con mi tesis y empezamos algo muy bonito. Pero un buen día ella desapareció sin dar ninguna explicación. Hasta hoy.

—¿Y cómo es que vais a volver a veros?

—Ya lo hicimos, el otro día en la presentación de libro. Nos encontramos por casualidad, pero no tuvimos ocasión de hablar.

—Vaya, me parece increíble.

—Busqué su email y le mandé un mensaje citándola para hoy, pero no ha respondido.

—Así que no sabes si acudirá.

—Exacto. De ahí mis nervios de estos días.

—Te comprendo. Si fue alguien tan especial como dices, no es para menos.

El camarero de antes nos trae los platos.

—¡Qué aproveche! —nos dice educadamente.

—Gracias —respondemos Cristina y yo al unísono.

—Hola, Estela —oigo decir al camarero. Desvío la mirada y compruebo que es ella la que acaba de entrar. Me giro rápidamente para que no advierta mi presencia. Cristina me mira confusa ante mi conducta.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—La chica que acaba de entrar.

—Sí, es la camarera que nos atendió el otro día.

—No quiero que me vea.

—Un poco tarde —me dice sonriendo.

—Hola, Marta y compañía. ¡Que aproveche! —nos saluda, acercándose hasta nosotras.

—Hola —digo mirando a Cristina, sin saber qué decir.

—Soy Cristina, compañera de trabajo de Marta. Encantada —le dice plantándole dos besos.

—Estela. Igualmente. —Y se produce un incómodo silencio—. Os dejo, que empieza mi turno —se despide, poniendo su mano sobre mi hombro.

—Hasta luego —acierto a decir.

—Un placer —sonríe Cristina.

Cristina me mira con cara de interrogatorio y yo me encojo de hombros.

—¿A qué ha venido todo eso? Tienes una vida social de lo más

ajetreada —bromea.

—El otro día coincidimos en un bar y tomamos algo —miento con descaro—. Y también nos encontramos en la presentación.

—Ya. Bueno, me cae bien. Parece simpática.

No quiero seguir con la conversación, así que centro toda mi atención en el plato combinado, aunque de vez en cuando miro de soslayo hacia la barra para examinarla. En más de una ocasión nuestras miradas se cruzan, y yo disimulo como si estuviera mirando hacia otro lado. Menos mal que tenemos poco tiempo para comer, porque estoy deseando salir de allí. Cristina se encarga de la cuenta. Estela nos saluda con la mano a modo de despedida y, en concreto a mí, me guiña el ojo.

La cabeza me va a estallar. Estela acaba de añadirse a mis preocupaciones y, aunque no paro de repetirme «sólo fue un simple polvo, olvídate de ella», no funciona. Tengo todavía unas cuantas horas por delante hasta mi cita con Sofía y más me vale estar centrada en el trabajo. Me dedico a repasar la edición del libro de Luisa zambulléndome de lleno en ella. Sólo así consigo que el reloj avance más deprisa.

—Yo me voy ya, y tú deberías hacer lo mismo si no quieres llegar tarde a tu cita.

—Tal vez no haya ninguna cita —le digo sin mucho ánimo.

—Seguro que aparece. Ya lo verás. Deja eso y vete a casa a ponerte tu mejor vestido. Se va a quedar boquiabierta. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Sigo su consejo y recojo mis cosas. En cuanto a lo de ponerme mi mejor vestido, no le hago caso. Prefiero ir en vaqueros, me siento más cómoda. No quiero ir a casa, pues necesito despejarme y pasear siempre me relaja. Además, tengo un buen rato hasta la plaza Santa Ana.

A pesar de haber pasado diez años, el bar sigue igual. Como no hace mucho frío, decido sentarme en una mesa de las que están fuera. Pido una cerveza y miro el reloj de forma compulsiva. Intento tranquilizarme porque no quiero que me encuentre en este estado. Saco mi agenda y me concentro en repasarla para alejar los nervios

—Hola —dice Sofía, que acaba de llegar, y retira la silla para sentarse a mi lado. Sigue igual de guapa que entonces. Me levanto

con la intención de darle dos besos, pero algo me frena. Ella también parece tensa. Al final se sienta a mi lado.

—No sabía si vendrías —le suelto sin miramientos.

—Me ha costado, pero te lo debía.

—¿Una cerveza? —le pregunto para llamar al camarero y pedirla. Ella me hace un gesto afirmativo con la cabeza.

—Estás muy guapa —me suelta así, sin anestesia.

—Gracias —respondo sonrojándome—. Tú también lo estás.

—Bueno, los años no pasan en balde, pero a ti te han sentado bien —no sé si está coqueteando conmigo.

—No han sido nada fáciles —digo con frialdad.

—¿Entonces trabajas en una editorial? —pregunta, queriendo cambiar de tema.

—Sí, sigo en la misma en la que empecé haciendo las prácticas. Tú has vuelto a dar clases en la universidad, ¿no?

—Volví después de morir mi madre.

—Lo siento. No lo sabía.

—Fue dos años después de que le diagnosticaran la enfermedad.

—Debió de ser muy duro.

—Sí que lo fue. Es lo que tiene el alzhéimer, que consigue borrarlo todo.

—Si me hubieras dejado, habría estado a tu lado —le digo a modo de reproche. Ella me mira ligeramente emocionada.

—Lo siento tanto… Sé que ha pasado mucho tiempo, pero lo siento de veras. Ya sé que pedirte perdón ahora no sirve de mucho, pero te lo debía.

—Tienes razón. Ha pasado tanto tiempo que ya no me sirve —respondo con rencor—. Creí que podría hacer esto, pero no puedo —le digo mientras me levanto con la intención de irme. Sofía me agarra del brazo y me suplica.

—No te vayas. Deja que te explique. No tuve otra opción. Por favor, escucha lo que tengo que decir y después, puedes irte si quieres.

—Siempre hay otra opción. No lo comprendo. Desapareciste así, sin dar ningún tipo de explicación. Pensé que entre nosotras había algo especial —le revelo, volviéndome a sentar.

—Y lo había, claro que lo había —se lamenta—. Dejarte ir ha sido lo más difícil que he hecho en toda mi vida.

—Entonces, ¿por qué?, ¿por qué lo hiciste?
—Por ti, para protegerte.

Capítulo 12

Tuve que hacerlo

El mismo día que volvimos de París recibí la llamada.

—¿Es usted Sofía Montaner?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos de la comisaría de Lozoya. Hace unas horas, hemos encontrado a su madre algo desorientada por el pueblo. Un compañero la vio y la trajo hasta aquí. Le hemos preguntado a ella dónde vive, pero no lo recuerda. Una vecina que la ha visto nos ha dicho quién era y nos ha facilitado su nombre. Si pudiera venir hasta aquí…

—¿Pero ella está bien? —pregunté nerviosa.

—Sí, sólo algo desorientada, pero seguro que una cara familiar la tranquiliza.

—Ahora mismo salgo para allá.

Me dirigí al momento hacia el pueblo pensando en qué podría haber pasado. Cuando llegué a la comisaría, me encontré a mi madre muy asustada. Al verme, me abrazó y empezó a llorar. Fuimos a casa y, después de un buen rato, se tranquilizó. Le pregunté qué le había pasado, pero sólo me dijo que no recordaba su nombre, ni donde vivía. Me quedé con ella y esperé al día siguiente para llevarla al hospital. Estuvieron casi una semana haciéndole pruebas; al final le diagnosticaron alzhéimer. Les costó dar con el diagnóstico porque mi madre era relativamente joven, tenía sesenta y un años, y dicha enfermedad suele aparecer, por lo general, a partir de los sesenta y cinco.

Nos pasamos toda la semana en el hospital y mi madre cada día se mostraba más desorientada. La última prueba que le hicieron

para verificar la enfermedad consistió en una especie de test.

Aquel día estábamos las dos sentadas frente al médico en un despacho frío y sentía el desconcierto de mi madre, por lo que le agarré la mano para que supiera que estaba allí, a su lado. El médico, muy serio, le pidió que memorizara tres palabras sencillas. Después pasó a lo que ellos llaman «el test del reloj simplificado», que consistía en proporcionar a mi madre un folio con un círculo impreso que ella debía rellenar primero con los números correspondientes a las horas de un reloj y después con las agujas de una hora concreta que le indicaron, pero fue incapaz de completarlo con éxito. El médico le preguntó sobre las tres palabras que le había pedido que memorizara al principio y sólo consiguió recordar dos. Con este resultado, se concluyó que el alzhéimer había llegado y estaba atacando con fuerza. Mi madre apenas entendía la jerga médica, y yo no quería creer nada de lo que estaba oyendo.

Las primeras semanas fueron durísimas. Decidí pedir una excedencia en la universidad y trasladarme al pueblo con ella. Ya no estaba para vivir sola, y lo que para ella empezó a ser todo un aprendizaje también lo fue para mí. A pesar de las buenas explicaciones de los médicos, mi madre no llegó a entender qué era lo que le pasaba. Yo también intenté explicárselo de muchas maneras, pero su cerebro no quiso escuchar. Supongo que ésa fue una de las razones por las que le cambió el humor. Cada día se volvía más huraña y se negaba a hacer todo lo que yo le proponía. Los especialistas me recomendaron que creara una serie de rutinas para estimular la parte cognitiva. No fue fácil, porque ella se oponía a todo. Había días que no quería ni levantarse de la cama y tuve que aprender muchos trucos para conseguirlo. La constancia y el cariño fueron mis mejores aliados. Entre esos difíciles días, hubo uno destacable. Mientras veíamos la tele en el salón, me pidió que me acercara a su sillón. Hasta entonces, no habíamos mantenido una conversación normal, ya que apenas hablaba. Se limitaba a contestarme con monosílabos. Por eso ese día me sorprendió.

—Cariño, tu abuela y tu bisabuela también tuvieron pérdida de memoria —me soltó a bocajarro.

—Mamá, ¿por qué me dices eso? —le pregunté, aprovechando ese momento de lucidez.

—Estoy preocupada porque no quiero que acabes como yo.

No supe qué contestarle. Me quedé con la boca abierta. Nunca antes me había comentado nada sobre mis antepasados en esos términos. La miré a los ojos, pero volví a ver la mirada perdida que llevaba días arrastrando.

—Mamá, ¿estás segura de eso? —Pero ella no me respondió. Su mirada se perdió en dirección a la televisión. Fue fugaz, un instante de lucidez que, tal como apareció, volvió a desaparecer.

Pensé en cómo podía averiguar lo que mi madre acababa de revelarme y decidí llamar a mi prima. Mi tía, su hermana, hacía unos años que había fallecido a causa de una cardiopatía, pero tal vez ella había podido mencionar algo sobre ello. En cuanto se lo pregunté, me lo confirmó. En ese momento sentí pánico. Sabía que la probabilidad era escasa, pero ¿y sí yo formaba parte de ese uno por ciento? Volví al salón junto a mi madre y, sin darme cuenta, ella me había cogido de la mano. Su mirada seguía perdida, pero sentí un pequeño apretón que habló por sí solo.

Me armé de valor y, mientras mi madre estaba al cuidado de una enfermera que había contratado por horas para echarme una mano, fui a ver al médico que llevaba su caso. Le conté todos los antecedentes. En un primer momento me tranquilizó. Era poco probable que mi madre fuera portadora del gen, pero de todas formas me hicieron todas las pruebas para descartarlo. Recuerdo que los resultados tardaron una semana y, cuando acudí a la cita, por la expresión que vi en su cara lo supe de inmediato.

—Su madre es portadora, concretamente del gen de la presenilina uno. Se trata de uno de los genes portadores de esta mutación —dijo muy serio, dando paso a un silencio estremecedor —. Si tiene hijos, es importante que se hagan las pruebas, porque hay un cincuenta por ciento de probabilidad de que ellos también lo hereden.

—No tengo hijos. ¿Cuándo se presentarán los primeros síntomas? —le pregunté, sabiendo a la perfección lo que iba a pasarme. Había estado leyendo sobre ello y convivía con esa enfermedad desoladora a diario.

—No hay una edad en concreto, pero suele rondar los cincuenta, aunque en algunos casos se ha llegado a presentar a los cuarenta y cinco. Sería conveniente ayuda psicológica. La mayoría de los pacientes la necesitan.

—Ahora tengo que cuidar de mi madre. Pero dígame cuales son los pasos a seguir —le dije con la máxima entereza que pude.

—Le pondremos un tratamiento y le explicaré todo lo que puede hacer para reforzar la memoria y retrasar al máximo su pérdida.

En cuanto salí del hospital, sólo podía pensar en ti. No parabas de llamarme y mandarme mensajes, pero fue en ese momento en el que decidí que no volveríamos a vernos. No podía seguir con nuestra relación sabiendo lo que iba a pasarme. Tú eras más joven, te merecías disfrutar de la vida No tenía derecho a hacerte eso. Por ello decidí desaparecer. Hasta aquel día que fuiste al pueblo y me encontraste. Tuve que mentirte y decirte que no te quería porque sabía que era la única forma de conseguir que te alejaras de mí. Después de aquello, me refugié en mi madre y me dediqué a ella por completo.

Tras varios meses, fue adaptándose a las rutinas y dejó de poner tantos impedimentos. Por la mañana, la despertaba y me afanaba en que se aseara ella sola todo lo posible, aunque a partir de los seis meses fue tal el deterioro, que pasé a bañarla yo. Íbamos a la panadería y siempre le recordaba quién era cada una de las personas que nos cruzábamos a diario. Un amigo fisioterapeuta me recomendó una tabla de ejercicios para luchar contra la rigidez que se estaba apoderando de ella. Cada mañana, repetíamos cada uno de los estiramientos, y durante un tiempo funcionaron. Le leía los periódicos y repetía con ella las noticias más importantes. Mirábamos el álbum familiar y repasábamos su historia continuamente. La rabia y la ira de los primeros meses fueron desapareciendo, dando paso a la indiferencia. Parecía no importarle nada de lo que yo le contaba.

Después del primer año, la enfermedad pareció darnos una tregua. Me hablaron de unas actividades que se realizaban en la piscina con pacientes de este tipo y durante unos meses estuvimos participando. Mi madre estaba irreconocible. En cuanto se metía en el agua, no dejaba de sonreír. Yo siempre me mantenía a su lado, agarrándola por si olvidaba cómo mantenerse a flote, pero rara vez necesitó mi ayuda. Se tumbaba boca arriba y se dejaba llevar. Cuando terminábamos y pasábamos por la ducha, se comportaba como una niña pequeña y me dejaba ayudarla sin quejas. Fueron unos meses bonitos. Apenas hablaba, pero yo estaba segura de que

me escuchaba y comprendía todo lo que le decía a pesar de sus silencios. Pero la tregua llegó a su fin y, de repente un día, mi madre dejó de caminar. No recordaba cómo hacerlo y, a pesar de mi empeño por volver a enseñárselo, fue imposible. Con ello también vinieron los primeros «¿quién eres tú?, no te conozco» y de pronto, la mujer que había sido mi madre, desapareció como por arte de magia. No conseguía encontrarla tras aquellos pequeños ojos, siempre cargados de lágrimas y perdidos, muy perdidos. Ya no hubo ninguna señal que me indicara que mi madre seguía allí, que no se había ido del todo. No, no la hubo. Pasó varios meses en la cama, hasta que, un día, también se olvidó de vivir. Se fue sin despedirse y su mirada, al final, se perdió para siempre.

Me tomé unos meses para pensar y decidí volver al trabajo. Mi médico me recomendó que retomara la actividad de antes, que trabajara en mis rutinas y me mantuviera ocupada. No fue fácil. Tras ver todo el proceso en mi madre, no podía evitar pensar que mi destino sería el mismo.

Cuando cumplí los cuarenta, empecé a notar algún que otro síntoma. Cualquiera en mi lugar los hubiera visto como simples despistes, pero yo sabía que la enfermedad estaba llamando a mi puerta. Con mucho esfuerzo y escribiéndolo todo, conseguí solucionarlo por el momento. Incluso me compré una grabadora para no olvidar las cosas importantes. En la universidad tuve mucha ayuda por parte del resto de los profesores y, como mis clases no tenían muchos alumnos, podía hacer mi trabajo sin complicaciones.

Comencé a evitar todo tipo de actos, reduciendo al máximo mi vida social. Me limitaba a ir de la universidad a casa. Todo giraba alrededor de un horario que debía cumplir puntualmente para no olvidarlo. Cada uno de los días de la semana lo tenía planeado para una actividad extra además de la del trabajo: los lunes tenía cita con el fisio; los martes iba a la biblioteca; los miércoles trabajaba en casa con ejercicios de memoria; los jueves tenía tutoría en el despacho; los viernes debía ir a hacer la compra y los fines de semana los pasaba en casa leyendo todo lo que llegaba a mis manos. Sólo así conseguí poner en orden mi cabeza y llevar una vida más o menos normal. Todo el tiempo libre del que disponía, lo dedicaba a leer sobre el tema y a hacer todos los ejercicios que el médico me recomendaba para trabajar la memoria.

En clase, cuando exponía algún tema y alguna vez me quedaba callada intentando seguir el hilo que de buenas a primeras había perdido, mis alumnos, que estaban al corriente de mi enfermedad, siempre colaboraban recordándome dónde me había quedado. El hablar abiertamente de mi enfermedad me ayudó y, en todos estos años, he recibido muchísima ayuda por parte de los que han estado a mi alrededor.

Un martes, sin darme cuenta me perdí en el camino de regreso a la biblioteca. Por suerte siempre llevaba conmigo una libreta donde tenía apuntados todos mis datos personales por lo que pudiera pasar, así que logré pedir un taxi, que me llevó hasta casa. Recuerdo que aquello me asustó de verdad. Hasta aquel momento había conseguido sobrellevar los pequeños olvidos, pero encontrarme en la calle, tan desvalida, me aterrorizó. Me aumentaron la dosis del tratamiento, y mi empeño por ejercitar mi mente ayudaron a superar esa nueva etapa. Cada día suponía ganar una batalla que, tarde o temprano, sabía que iba a perder.

Y entre todos aquellos sentimientos siempre estabas tú. Eras la única que no podía ni conseguía olvidar. Cada noche repasaba en mi cabeza todas nuestras conversaciones, todos nuestros encuentros. Leía y releía tu tesis y pensaba en qué estarías haciendo en ese mismo instante. Te imaginaba comiéndote la vida a mordiscos y disfrutándola al máximo. Muchas veces me preguntaba si ya me habrías olvidado, y entonces me lanzaba a escribirte una carta que nunca llegaba a terminar. Sabía lo que eso implicaba, y no quería que me vieras así.

El otro día, en la presentación del libro, cuando te vi, todo se vino abajo. Cuando me miraste a los ojos y me preguntaste por qué lo había hecho, me derrumbé. Iba a contestarte que lo sentía, pero aquella chica nos interrumpió y, de alguna manera, me salvó. No contaba con volver a verte después de tantos años, y tu mirada de reproche se clavó dentro de mí haciéndome sentir todavía más culpable. Después me enviaste ese email y, aunque en un primer momento pensé en no acudir a la cita, sabía que te debía una explicación, una explicación que llega diez años tarde.

Capítulo 13

¿Posarías para mí?

Sólo han pasado tres días desde mi cita con ella y estoy echa un lío. Escuchar su historia me ha aclarado muchas cosas, pero todavía sigo teniendo dudas. Hay varios ejemplares sobre mi mesa esperando a ser leídos, y no consigo concentrarme. Como siga así, Mike se va a enfadar.

—¿Se puede saber qué diablos te pasa? —me pregunta Cristina, que lleva observándome toda la mañana.

—Al final acudió.

—Vaya con la profesora, no me habías dicho nada —me dice acercando una silla—. Bueno, cuéntame.

—Me explicó por qué decidió alejarse, aunque llega tarde.

—Seguro que había otra persona.

—No. Ojalá hubiera sido eso. A la vez que su madre sufría alzhéimer, a ella también se lo diagnosticaron, un alzhéimer precoz —le informo, todavía sin poder asimilarlo.

—Vaya, qué fuerte.

—Por eso decidió dejarme.

—Parece una razón de peso.

—Pero yo tenía derecho a saberlo y poder decidir por mí misma.

—A mi modo de ver, creo que te ahorró una decisión bastante difícil. ¿Cuántos años tenías? ¿Veinte? ¿Veintiuno? ¿De verdad la querías tanto como para quedarte a su lado?

Cristina acaba de hacerme la pregunta que llevo intentando esquivar desde mi encuentro con ella.

—No lo sé, pero la quería y tomó la decisión por mí, sin importarle lo que yo sentía —le digo, controlando mis lágrimas.

—Seguro que para ella tampoco fue fácil. Creo que fue muy generosa, y alejarse de ti probablemente fue la decisión más difícil de toda su vida.

—No sé si puedo perdonarla. Todavía me duele.

—¿Sigues queriéndola? —Y ahí está la otra pregunta que tampoco deseo escuchar.

—Ha pasado mucho tiempo desde aquello —digo sin responder, porque pronunciar la verdad puede dolerme mucho más—. Debo seguir trabajando. —Y doy por zanjado el asunto.

Como no consigo concentrarme al cien por cien, me quedo hasta tarde para terminar con los manuscritos. El resto de los compañeros hace horas que se han ido, y yo también debería irme. Tras recoger mis cosas, abandono la oficina.

—¿Siempre terminas tan tarde?

—¡Qué susto me has dado! —Me sobresalto al ver a Estela detrás de mí—. ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Tu compañera Cristina se ha pasado por el bar y me ha dicho que todavía seguías trabajando. Supongo que no has cenado.

—La verdad es que estoy muy cansada —alego intentando no resultar antipática.

—Entonces déjame que te invite —me dice ofreciéndome el casco de la moto.

No sé por qué acepto, pero estoy demasiado agotada como para pensarlo. Además, Estela es siempre tan atenta que es imposible decirle que no. Como imagino, me lleva hasta su casa.

—Ponte cómoda. Voy a preparar algo rápido. ¿Una copa de vino?

—Claro, pero déjame ayudarte —me ofrezco.

—No, siéntate en el sofá y descansa. Parece que has tenido un día duro.

Le pregunto si puedo quitarme los zapatos. Siempre que llego a casa, es lo primero que hago. Me gusta andar descalza y sentir el contacto de mis pies con el suelo. Su *loft* me parece más grande de lo que lo recordaba, y el vino que acaba de ofrecerme está delicioso. Mientras ella cocina, decido dar un pequeño paseo por la estancia. La parte dedicada a su estudio es impresionante. Tiene muchísimos cuadros y algunos son realmente fascinantes. Hay un enorme lienzo escondido bajo una sábana. Como la curiosidad me mata, me acerco

para destapar una punta.

—Todavía no está terminado. No me gusta enseñar mis obras si no están acabadas.

—Lo siento —me disculpo.

—No pasa nada. En cuanto lo termine, serás la primera en verlo.

No sé por qué me sonrojo, pero lo hago. A pesar del caos que reina en mi cabeza, estar allí hace que me sienta a gusto. Aunque nos conocemos solamente de haber intimado una noche, Estela consigue hacerme sentir bien.

—Cuando quieras —me dice con la mesa ya improvisada—. No hay nada que una buena tortilla de patatas no pueda curar —sentencia con una sonrisa.

—Tienes razón.

Nos sentamos y cenamos en silencio. La tortilla está muy jugosa, justo lo que necesito.

—Me encantaría poder leer tus pensamientos porque he de reconocer que me tienes algo descolocada.

—Lo pasamos bien, pero quiero dejar claro que no busco nada más —respondo a la defensiva.

—No pretendo nada que tú no quieras, pero podemos ser amigas ¿no?

—*Touchée* —y hundida.

—Seguro que tiene que ver con la mujer que estaba contigo el otro día en la presentación.

—Es una larga historia.

—Tengo todo el tiempo del mundo.

Después de cenar, nos sentamos en el sofá y me animo a contarle todos los detalles.

—¡Guau! Debes de quererla mucho.

—No, ya no —me apresuro a corregirla, pero mis palabras se detienen—. Tal vez tengas razón y todavía no la he olvidado —me sincero.

—Suena a primer amor, y ése, créeme, nunca se olvida. Por el primer amor —dice alzando su copa para hacer un brindis.

—Gracias —le respondo, besándola en la mejilla.

—Sólo ha sido una tortilla de patatas.

—No, gracias por escucharme.

—Ya te he dicho que me encantaría ser tu amiga —me asegura

cogiéndome la mano. Sus ojos expresan algo más y sé lo que va a suceder a continuación. Acerca sus labios a los míos y me besa, pero los míos están inmóviles.

—Perdona, creo que debería irme —digo levantándome y calzándome a toda prisa.

—Marta, no te vayas, por favor. Perdóname tú a mí. No he podido evitarlo. Comprendo que estás echa un lío pero, por favor, no te vayas.

—No quiero engañarte, Estela. Sigo pensando en ella y no estoy preparada para empezar algo.

—Lo entiendo. Quédate. Es tarde y aquí hay sitio de sobra. Te prometo que no te molestaré —asegura casi suplicando.

—Tú no me molestas. Al contrario, eres un encanto —le aseguro mientras nos fundimos en un abrazo.

—Venga, sígueme contando cosas sobre ti.

—Yo ya he hablado demasiado. Es tu turno. Háblame sobre tus cuadros.

—No hay mucho que decir, pinto lo que siento. Digamos que es mi modo de expresarme. El pincel y los colores consiguen lo que ningún psicólogo ha logrado hasta ahora. Por eso me cuesta tanto mostrar mis obras, porque siento como si estuviera desnudándome al mundo.

—Aquel de allí es impresionante —digo apuntando a uno de los lienzos donde aparece una mujer con un corazón en la mano—. Parece como si el corazón, a pesar de estar fuera del cuerpo, siguiera latiendo.

—Bueno, siempre he creído que un corazón enamorado jamás deja de latir porque es el amor el que nos mantiene con vida.

—Eso es precioso.

—Soy una romántica, de las de antes —añade sonriendo.

El cansancio está presente y Estela lo adivina en mi cara.

—Perdona, pero estoy exhausta —me excuso, con pena por tener que abandonar nuestra agradable conversación.

—Claro. Te dejo una camiseta.

Cojo uno de los cojines del sofá para improvisarme una almohada.

—Ni hablar. El sofá es muy incómodo. Mi cama es grande y prometo portarme bien —vuelve a sonreír.

Me meto en el baño para cambiarme. Mientras lo hago, pienso en lo absurda que parezco. Ella ya me ha visto desnuda, pero un pudor ridículo se apodera de mí. Cuando salgo del baño, Estela ya está dentro de la cama. Me cede parte del espacio y me desea que tenga dulces sueños.

Al parecer he dormido como un tronco. El aroma a café recién hecho me despierta. Ella ya está en la cocina preparando un desayuno que huele de maravilla. Le doy los buenos días y le pido permiso para utilizar su ducha. Necesito despejarme. Es la primera vez en muchos años que paso la noche en una cama que no es la mía. Desde lo de Sofía, me había propuesto no mezclar sentimientos con sexo, pero con Estela se me está escapando de las manos.

Termino de arreglarme y me reúno con ella en la cocina.

—Mmmm, huele de maravilla. Hace tiempo que nadie me prepara el desayuno.

—Si tú quieres, yo puedo preparártelo todos los días —me dice mientras muerde su tostada. Se bebe su café de un trago y recoge su bolso—. Siento tener que dejarte, pero llego tarde a una reunión. Disfruta del desayuno —se despide mientras me besa en la mejilla.

—Gracias por todo —logro decir.

—Por cierto, ¿sabes que estás muy sexy mientras duermes? —dice guiñándome el ojo mientras desaparece tras la puerta.

Disfruto del desayuno a solas y, como todavía faltan dos horas para fichar en la editorial, decido acercarme hasta casa para cambiarme de ropa. Mi cuerpo vuelve a pedirme otra ducha pero, esta vez, sin prisas. Repaso la noche con Estela, pero Sofía y su revelación se imponen a todos los pensamientos. El día que me lo contó todo, apenas supe qué decir; le reproché que no me lo hubiera contado entonces y ella me pidió perdón una y otra vez. Siento que ahora soy yo la que le debe una explicación. Los sentimientos que hace años creía haber enterrado siguen ahí, y no soy capaz de silenciarlos. Es hora de ir al trabajo, no quiero seguir pensando en ello.

Llevo tres manuscritos leídos pero ninguno de ellos encaja con nosotros. Cristina lleva observándome desde su asiento toda la mañana. Supongo que está esperando a que la ponga al día sobre mi caos sentimental, pero ni yo lo tengo claro. A mi bandeja de entrada

llega un nuevo correo. Lo abro con urgencia porque estoy esperando un email de Luisa Castañer. Tiene que enviarme algunas notas sobre su biografía para la publicación del libro, pero el email no es de ella.

Quería saber cómo estás. El otro día te fuiste sin decir nada. Ya sé que no estoy en condiciones de pedírtelo, pero me gustaría saber si podrás perdonarme algún día.

Sofía

El email me pilla fuera de juego, aunque una parte de mí se muere de ganas por volver a verla. Hago caso a mi corazón y contesto:

Siento haber reaccionado así. Me gustaría volverte a ver. Te espero el viernes en el mismo lugar.

Marta

Ahora me siento mucho mejor. Cristina se acerca para traerme un café.

—Hoy tienes mejor cara. Se nota que has descansado.

—Si quieres saber si he pasado la noche con Estela, no te lo voy a decir. Que te lo cuente ella, que parece que sois muy amigas —le digo a modo de reproche.

—Sólo me preguntó a qué hora salías y le dije que seguías en el trabajo. Perdóname, creí que no te importaría.

—Perdóname tú a mí. Tienes razón.

—También le di tu número.

—¡Cristina!

—Me parece una chica encantadora —dice a modo de disculpa.

—Sí, sí que lo es.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Sofía, la profesora. No puedo olvidarme de ella.

—Al parecer esa herida no ha cicatrizado. Si me permites un consejo, haz que se cure de una vez. Llevas demasiado tiempo con ella a cuestas.

—No es tan fácil.

—Claro que sí. Sólo tienes que preguntarte qué es lo que sientes.

—¿Y si no tengo una respuesta clara?

—Sí que la tienes, sólo debes escucharla —me asegura con su peculiar caída de ojos, y sé que tiene razón. Sigo queriendo a Sofía por mucho que me empeñe en no reconocerlo—. Para ser sincera con los demás, debes serlo primero contigo misma.

—Gracias. Tienes toda la razón. Y ahora vamos a seguir trabajando, que como nos vea Mike nos va a caer una buena.

Por suerte, a la hora de comer no coincidimos con Estela en el The Break. No me apetece verla a pesar de haber disfrutado de una estupenda velada. Tal vez sea ése el problema: no quiero darle falsas esperanzas y empezar algo que sé que no voy a poder cumplir.

La tarde se presenta cargada de trabajo. Dejo de lado un par de manuscritos que han llegado esta misma mañana y me pongo con la presentación del libro de Luisa. Tengo que elaborar una pequeña lista con todo lo que necesitamos para el evento. Se la paso a Cristina, quien se encarga de que todo esté listo para ese día. Como el correo que esperaba de Luisa acaba de llegar, puedo empezar a escribir mis notas para la presentación. El sonido de mi móvil me interrumpe. Se trata de un mensaje. Lo miro y veo que es de un número desconocido. Lo abro:

Perdona que te interrumpa pero necesito que me hagas un favor. Quedamos esta noche en mi casa. No pienses mal. Un saludo, Estela.

No sé muy bien qué pretende, pero la curiosidad me puede. Termino de redactar mis notas y me pongo a leer los dos manuscritos que me quedan para terminar el día. Uno de ellos consigue captar toda mi atención. Es de una autora que al parecer todavía no ha publicado nada pero espero que lo haga con nosotros. Su novela me engancha desde las primeras páginas, y la historia está llena de giros inesperados que me sorprenden. Definitivamente, creo que puede ser un gran libro. Mike ya se ha ido, así que se lo comentaré mañana. Espero que en esta ocasión se fíe de mi criterio y decida publicarla, porque estoy segura de que podría ser un gran éxito.

He cogido un taxi para llegar a casa de Estela. Todavía me sigo preguntando por qué he aceptado tal invitación, que me huele a pequeña encerrona. Pero, siendo sincera conmigo misma, su

compañía me agrada y lo prefiero en vez de estar en casa sola, pensando constantemente en Sofía.

Me abre la puerta y me besa en la mejilla. Lleva unos vaqueros con manchas de pintura por todas partes y una camiseta que hace algún tiempo debió de ser blanca porque las manchas, también de pintura, apenas dejan ver su color original.

—Gracias por venir. Pensé que tal vez no aceptarías mi invitación.

—Reconozco que me tienes intrigada —le digo mientras me quito el abrigo—. ¿De qué se trata?

—Verás, como te comenté, expongo en la galería de Malasaña en unas semanas y quiero añadir un cuadro más a la exposición. Quiero que poses para mí.

—¿Lo dices en serio? —pregunto sin poder contener la risa.

—Claro que sí —responde seria.

—Vaya, nunca he posado para nadie.

—Si no te parece bien, puedes declinar la oferta, pero llevo días queriendo pintarte.

—Bueno, puede ser divertido. ¿Cuándo quieres que lo hagamos?

—¿Ahora? Quiero decir, si estás libre.

—Sí, vale. ¿Dónde me pongo?

—Me gustaría que te pusieras esto —me dice acercándome una bata de raso negra con flores de loto blancas estampadas. Entonces es cuando mi cerebro procesa la información y entiendo que me tengo que desnudar.

—Voy un segundo al baño —le indico, intentando controlar el rubor desmedido que acaba de acecharme.

—No voy a ver nada que no haya visto, ¿recuerdas? —me grita desde el salón.

Claro que lo sé, y nunca he tenido problemas en desnudarme ante otra mujer pero el hecho de posar ante ella, me pone nerviosa. Intento disimular.

—No es eso, sólo quería retocarme el pelo, que desde esta mañana ni me lo he mirado —digo abandonando el baño y llevando solo la bata que acaba de prestarme.

—Lo tienes genial. Siéntate ahí, por favor —me indica señalándome un hermoso futón—. Recuéstate, pero busca una postura cómoda para ti.

—Así está bien.

—Si no te importa, me gustaría que te desataras la bata.

Hago un gesto como diciendo «¿en serio?». Pero su cara me lo confirma, así que accedo a quitar el nudo. Ella ha plantado un caballete con un enorme lienzo frente a mí y ha cogido un taburete. Antes de sentarse, se acerca.

—Disculpa, ¿puedo? —me pide permiso para poner la bata a su antojo. La abre y la deja caer un poco por detrás de mis hombros. También deja una de mis piernas al descubierto y el pelo, que yo había colocado detrás de mi oreja, lo deja caer sobre mi mejilla—. Perfecta. Te traigo una copa de vino si me prometes no moverte demasiado.

—Lo prometo. —Un poco de alcohol me ayudará a relajarme.

Estela, cumpliendo con su promesa, se sienta a dibujar. Hay tanto silencio que puedo distinguir a la perfección cada uno de los trazos que ella marca sobre el lienzo y siento como si los trazara sobre mi propia piel. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, y ella lo percibe.

—Voy a encender la calefacción. No quiero que cojas una pulmonía.

Esa pequeña interrupción me molesta, pero la olvido al momento, cuando Estela vuelve a ocupar su taburete y sigue desnudándome con su mirada de forma intermitente. Me fascina su poder de concentración. El pudor que he sentido al principio ha desaparecido de pronto, dejando paso a la excitación. Mientras la observo, compruebo que no lleva sujetador y que sus pezones están luchando contra el algodón de su camiseta como queriendo abrirse paso, lo que no deja indiferentes a los míos, que no tardan en unirse a esa misma batalla. Estela también se ha dado cuenta, porque esta vez ha posado su mirada en mí tres segundos más que la última vez y, además, se ha pasado la lengua por el labio inferior. Me acaba de entrar un calor espantoso. Siento mis muslos sudorosos y una enorme punzada entre ellos. Bebo un trago de vino para refrescarme, pero consigo todo lo contrario: el alcohol me enciende todavía más. Me atuso el pelo en un intento desesperado para que no se note mi estado, pero con ello solo consigo que el pecho, que tenía cubierto por la bata, se quede también al aire.

—Perdón —me disculpo mientras, torpemente, intento devolver

la bata a su sitio original.

Estela viene a mi rescate e intenta ayudarme con ella, pero yo necesito besarla, así que la atrapo entre mis manos y me pierdo entre sus labios. Siento que ella también está excitada y le quito la camiseta. No me equivocaba: sus pezones piden a gritos mis caricias. Me pierdo en ellos mientras desabrocho su pantalón. Estoy tan excitada que quiero sentirla dentro de mí cuanto antes. Ella se percata de mi urgencia y se tumba sobre el insinuante futón. Recorre mi cuerpo con su lengua haciendo los mismos trazos que con sus carboncillos. No quiero que se deje ni una línea por recorrer. Me dejo hacer hasta llegar al orgasmo. Ahora me toca a mí recorrerla a ella. Yo no sé dibujar, pero al escuchar sus gemidos sé que mis trazos van por buen camino y, mientras ella alcanza el clímax, yo también vuelvo a hacerlo.

—Creo que deberías ponerte sujetador cuando dibujas —le digo sonriendo.

—Y tú no deberías ser tan condenadamente sexy —me dice besándome—. ¿Podrás aguantar sólo una hora?

—¿Y tú? —le digo en plan picarona.

—Yo soy una profesional así que, si no le importa, señorita, déjeme trabajar.

Aguanto como una campeona toda la hora sin apenas moverme y veo como Estela se entrega a su pasión. Y entonces es cuando pienso: «¡Dios, te gusta esta chica! Marta, te has saltado todas las reglas». Y entro en estado de pánico.

—¿Todo bien? —me pregunta al ver mi expresión.

—Sí, es que tengo que preparar unas cosas para mañana y, como no me ponga a ello, imposible terminarlo —le digo mintiendo descaradamente.

—Ya. Bueno, yo con esto tengo suficiente.

Sé que no la he engañado. Sabe a la perfección cuáles son mis miedos, pero no dice nada y yo se lo agradezco. Me visto, cojo un taxi hasta mi casa, y entonces me doy cuenta de lo infantil que puedo llegar a ser a veces.

Capítulo 14

¡Por los viejos tiempos!

Llevo todo el día pensando en Sofía y en nuestra cita, aunque tampoco puedo quitarme a Estela de la cabeza. Estoy llegando a nuestro bar y veo que ella ya está allí. Me hace un gesto con la mano para que la vea, pero es imposible no hacerlo. Es tan sexy que no puede pasar desapercibida. Se levanta para saludarme; me acerco para darle dos besos, que finalmente acaban en uno solo que ella acierta a posar con suavidad en mi mejilla. Me resulta tan cálido como los de entonces.

—Gracias por venir —le digo, intentando disimular mi nerviosismo, pero al sentarme mi pierna me delata.

—Veo que sigues teniendo el mismo tic —observa sonriendo. Yo me pongo colorada como un tomate y decido sincerarme.

—Esto me pone muy nerviosa. He estado pensado mucho en lo que me contaste el otro día y quiero que me perdones, por mi reacción.

—No te preocupes, lo entiendo. Te lo solté todo, así de repente y con diez años de retraso. Si alguien tiene que sentirlo, ésa soy yo.

—No, no más disculpas, por favor. Cuéntame cómo estás.

—Bien. Sigo mis rutinas y tengo la casa llena de notas, pero no puedo quejarme. El tratamiento me ayuda mucho y, de momento, los olvidos son pequeños.

—Me alegro —le digo perdiéndome en sus ojos, que siguen hipnotizándome como años atrás.

—Y a ti, ¿qué tal te va en la editorial?

—La verdad es que estoy muy contenta. La semana que viene publicamos un nuevo libro y mi jefe me ha confiado su

presentación. Se trata de una autora nueva en el mercado, pero su novela me cautivó. Me costó un mes convencer a mi jefe para que la publicara.

—Conociéndote, seguro que es magnífica. ¿Sabes?, todavía guardo una copia de tu tesis.

—¡Madre mía, mi tesis! Seguro que hoy me parecería demasiado simple —le digo, después de probar la cerveza que acaba de traernos el camarero.

—En absoluto. Era y sigue siendo increíble. Fue un trabajo exquisito. Puedes sentirte orgullosa. En todos los años que llevo ejerciendo, pocas veces he visto trabajos tan brillantes.

—Eso es que tú me mirabas con buenos ojos —le digo sonrojada.

—Puede que eso también influya un poco —dice sonriendo.

Terminamos nuestras cervezas y decidimos dar un paseo. Charlamos durante horas como si todo lo que pasó hace diez años no hubiera ocurrido pero sintiendo el mismo cariño de antaño. Como hace una noche estupenda, nos perdemos por el barrio de la Latina.

—¿Te apetece que vayamos a algún sitio a cenar? —le propongo, porque no quiero despedirme ya.

—Claro, pero esta vez elijo yo, que los kebabs no se me da bien comerlos —dice soltando una carcajada.

—¿Todavía lo recuerdas? —le digo sin pensar—. Perdona, no quería… —me interrumpo.

—¡Cómo no recordarlo! Menos mal que me ayudaste con aquel desastre.

—Si te sirve de consuelo, yo estaba muy nerviosa.

—Yo también —me dice clavándome esa mirada que tanto he echado de menos. No sé qué decir y las dos nos quedamos en silencio—. Conozco un restaurante italiano cerca de aquí que es estupendo —sugiere rompiendo el incómodo silencio.

Caminamos un rato más y no tardamos en llegar. Está bastante lleno, pero tenemos suerte ya que nos dan una mesa al fondo, bastante retirada del bullicio. Nos sentamos y miramos la carta.

—Te recomiendo los raviolis rellenos de hongos trufados.

—Suena delicioso.

El camarero se acerca y toma buena nota de lo que Sofía le pide, y otra vez se instala ese silencio con nuestras miradas cruzándose.

En esta ocasión soy yo la que decide romper el hielo.

—Hace algunos años volví a París. Fue en unas vacaciones. Estuve en la librería Shakespeare & Company. Me acogieron estupendamente y me dediqué a escribir una novela o por lo menos a intentarlo. Fue una experiencia de lo más gratificante.

—Vaya, eso suena genial. Yo no he vuelto. Supongo que los recuerdos que tengo son tan buenos que no quiero otros.

Ese comentario no me lo espero y puedo ver la nostalgia y la emoción en sus ojos.

—Para mí ese viaje contigo también fue muy especial.

El camarero nos trae los primeros platos, y con ello cambiamos de tema.

—Me encantaría leer algo.

—Sólo es un borrador.

—Seguro que es bueno. La próxima vez que nos veamos tienes que traérmelo.

«¿Entonces habrá próxima vez?». Decido asegurarme de que así sea.

—El jueves que viene celebramos la presentación del libro que te he comentado antes, y me gustaría que vinieras.

—Me encantaría.

—Te pasaré por email la dirección de la librería. Por cierto, estos raviolis están riquísimos —le digo saboreándolos al máximo.

—Pues deja algo de sitio para el postre, porque tienen un tiramisú para morirte.

Disfrutamos de la cena y Sofía tiene razón: el pastel italiano es el mejor que he probado hasta ahora. Volvemos paseando hasta la plaza Santa Ana.

—¿Has venido en coche?

—No, he cogido el metro. Es más fácil para mis rutinas.

—Yo vivo aquí al lado.

—¿Sigues viviendo en el mismo sitio?

—No, cuando me independicé busqué un piso por el barrio. Supongo que no quería alejarme mucho de mi madre.

—Eso está bien. ¿Qué tal está?

—Bien. Con ganas de jubilarse, pero todavía le quedan unos años.

—Nos vemos el jueves —me dice a modo de despedida.

—Me ha alegrado mucho verte.

—A mí también. Hasta el jueves. —Y se marcha, doblando la esquina.

Algo en mi interior grita: «Corre tras ella, no la dejes marchar», pero mis pies no responden, mi cuerpo entero no responde. Sigo allí quieta viendo cómo se aleja. «Ya es tarde», me repito mientras me dirijo hacia casa.

Tumbada en la cama, hago repaso de todo lo acontecido durante la semana. Primero Estela, y luego Sofía. No puedo dejar de pensar en ellas porque, al parecer, las dos me importan. Estela acaba de irrumpir en mi vida cargándose todas las reglas que llevo años imponiéndome, y Sofía… ella ha vuelto a poner todo mi mundo patas arriba. No puedo negar que sigo queriéndola, pero ¿y Estela? ¿Qué significa ella para mí? Está claro que algún sentimiento hay porque, si no, no habría querido pasar la noche con ella. Menudo lío, creo que me va a estallar la cabeza. Decido refugiarme en la lectura, que es lo único que consigue calmarme. La semana que viene se presenta muy cargada, y tengo que estar centrada para no fallar con la presentación. Dejo la lectura y repaso mi agenda para no dejar ningún cabo suelto.

Me he pasado el fin de semana trabajando codo con codo con Luisa para ultimar los detalles de la presentación, y hoy todo se ha vuelto contra mí. Nada más llegar a la oficina, Cristina me ha dejado sobre la mesa uno de los ejemplares del libro y en la imprenta no han respetado los colores que el equipo de maquetación me había presentado. Les llamo hecha una furia y les digo que no impriman más, que los colores no son los originales. Al parecer he debido dar con el menos profesional, porque no me da ninguna solución. Voy a tener que ir hasta allí para solventar el problema, porque por teléfono no consigo aclarar nada.

—Cristina, salgo un momento a la imprenta. Al parecer no se han enterado bien de los colores de la portada. Mira el diseño original y mira el libro —le digo, invitándola a acercarse a mi ordenador.

—Anda, es verdad. No tienen nada que ver. Pues como vengan los mil ejemplares que hemos encargado así…

—No, les he llamado y les he dicho que no impriman más, pero

el que me ha atendido parece no enterarse del problema. Por eso voy a acercarme con el original a ver cuál es el fallo. Supongo que en una hora estaré de vuelta. No le digas nada a Mike, porque ya sabes cómo se pone con estas cosas.

—Tranquila, yo te cubro.

La imprenta está en un polígono a las afueras y tengo que armarme de paciencia, porque el tráfico a estas horas está imposible. El teléfono suena y contesto por el manos libres.

—¿Sí?

—Hola, guapa, ¿por dónde andas?

—Hola, Rosa, pues en un atasco monumental.

—A Alicia y a mí nos encantaría que vinieras a cenar esta noche con nosotras.

—Estoy a tope de trabajo. Mejor otro día.

—Es importante. Te esperamos —me dice en plan misteriosa.

—¡Espera! ¿Qué se celebra?

—Tú ven y lo sabrás. Hasta luego, querida.

Esta Rosa y sus sorpresas. Nos conocemos desde hace años. Tuvimos un lío y acabó siendo mi mejor amiga. Ella y Alicia empezaron a salir cuando estudiábamos en la facultad, y son la pareja perfecta. Hace algunos años que se casaron. Organizaron la boda más bonita a la que he asistido nunca. «Tendré que comprar una botella de vino», voy pensando mientras la enorme cola en la que estoy parada comienza a arrancar.

Tras tres cuartos de hora, llego por fin a la imprenta. La editorial lleva trabajando con ella muchos años, y conozco a casi todo el personal. Saludo a Anita, que ocupa el mostrador y me hace un gesto para que pase al taller. Distingo al gerente sentado en uno de los ordenadores y me acerco hasta él.

—Buenos días, Juan.

—¡Marta! Me han comentado que has pedido que paremos la impresión.

—Ha habido un error con los colores de la portada. Toma —le digo dándole un *pendrive*—. Mira la diferencia.

—Vaya, tienes razón, los marrones son de otra tonalidad. No te preocupes, que ahora mismo ordeno una nueva impresión. Supongo que se han metido mal algunos de los códigos. Perdóname, es que andamos saturados y hemos tenido que contratar gente nueva, y al

parecer todavía están adaptándose.

—La presentación es el jueves, y como muy tarde tienen que estar todos el miércoles por la noche —le informo, esperando que no me falle.

—No te preocupes. Los tendrás. Además, os haré un pequeño descuento por las molestias. Lo voy a poner en marcha ya mismo, y si esperas un rato, te llevas uno de muestra. Así nos aseguramos que todo está correcto.

—Me parece bien. Voy a tomar un café y en una hora vuelvo.

—Gracias, Marta, y perdona de nuevo nuestro error.

Me acerco a uno de los pocos bares que hay en el polígono. Pido un cortado y reviso mi agenda. Llamo a Cristina para que me informe de todo lo relacionado con la presentación y me dice que todo está en orden. Caigo en la cuenta de que todavía no le he enviado a Sofía el correo con la dirección, así que me pongo a ello:

Hola, la presentación se celebra en la librería Libros de Papel, que está en la calle Sagasta, 38. El acto comienza a las 19 horas.

Me gustó mucho cenar contigo.

Marta.

Esta última frase la borro al instante, pero finalmente decido reescribirla. Le doy a *enter* y asunto enviado. Disfruto del cortado y repaso todas las tareas que me esperan en el día. Mi móvil me alerta de un nuevo email en la bandeja de entrada:

Allí estaré. A mí también me gustó verte de nuevo.

Sofía.

Un cosquilleo emerge en mi estómago. Hace años que no lo noto. Los sentimientos que tanto tiempo me he empeñado en enterrar vuelven a florecer como aquel primer día. El hecho de pensar en ella dibuja una sonrisa tonta en mi cara y entonces lo veo claro: sigo queriéndola.

Al volver a la imprenta, ya tienen el primer ejemplar y ése, ése sí que está perfecto. Tras despedirme de Juan dándole las gracias,

vuelvo a la editorial porque todavía tengo mucho trabajo por hacer. En cuanto llego, Mike me está esperando para ver la prueba de impresión. Prefiero no comentarle el incidente y queda muy satisfecho con la portada.

—Por los pelos —me dice Cristina sonriendo.

—Sí, pero he conseguido que nos hagan un descuento, y eso todavía le va a gustar más.

—Los de la librería han llamado y querían saber si puedes pasarte esta tarde por allí. Querían comentar contigo lo de la distribución de las sillas.

—Perfecto. Llámales y diles que iré sobre las seis. Por cierto, ¿el catering está ya contratado?

—Sí, te he dejado los detalles sobre tu mesa. Será algo sencillo, como me pediste.

—¿Están enviadas todas las invitaciones?

—Sí, desde la semana pasada. Algunos medios me han confirmado ya su asistencia.

—No sé qué haría sin ti. Eres la mejor.

—Eso díselo a Mike, a ver si me sube el sueldo.

—De momento, yo te invito a comer.

—¡Tú haciendo un descanso! Estás irreconocible —me dice riendo.

—Anda, vamos antes de que me arrepienta.

Picamos algo en The Break y, para mi suerte, Estela hoy tampoco tiene ese turno. No es que no quiera verla, pero mi cabeza ya anda bastante liada como para que mi corazón también lo esté. No nos demoramos mucho porque el trabajo nos espera y pedimos los cafés para llevar.

Después de terminar con cosas pendientes y viendo la hora que es, me despido y pongo rumbo a la librería. Ya hemos hecho otras presentaciones allí y nos conocemos desde hace tiempo. Son tan profesionales que es todo un placer trabajar con ellos. Pasan dos horas hasta que lo dejo todo atado.

—Algún compañero de grafismo se pasará mañana para traeros todo el material de publicidad. Si os parece bien, pondremos un pequeño espacio para el *photocall*. Va a asistir bastante prensa, y toda publicidad es poca —le prevengo a Sara, la dueña.

—Aquel rincón de ahí puede servir —me indica.

—Me parece genial. Entonces quedamos en eso. El jueves vendré a primera hora para ver que todo está bien.

—Muchas gracias, Marta.

—A ti por ofrecernos tu espacio.

El día de hoy está siendo de locos, y todavía me queda la cena con Rosa y Alicia. Antes de ir a casa a cambiarme, me acerco hasta una vinoteca a la que suelo acudir cuando tengo que comprar un buen vino. El dueño, que ya me conoce, siempre acierta en sus consejos.

Imagino que la cena será informal, así que me pongo unos vaqueros y una camisa para estar lo más cómoda posible. Salgo con tiempo porque detesto la impuntualidad, no me gusta hacer esperar ni que me lo hagan a mí. Rosa y Alicia viven en una urbanización a las afueras de Madrid, por lo que el taxi que me lleva no tiene demasiados problemas con el tráfico.

Cuando llego y toco el timbre, es Rosa la que me abre la puerta. Atravesamos el recibidor y en el salón hay más gente que no esperaba ver.

—¡Sorpresa! —dicen todos al unísono. Me emociono al comprobar que no falta nadie.

—¿Pero cómo? —pregunto sin poder creerlo.

—Queríamos que estuvierais todos para daros la noticia —dice Rosa acercándose a Alicia—. Vamos a ser mamás.

El estallido de alegría es absoluto. Todos nos alegramos de la noticia, porque sabemos el tiempo que llevaban intentándolo.

—Enhorabuena, chicas. Seréis unas madres estupendas —les digo mientras las abrazo.

—Y tú serás la mejor tía —asegura Rosa, consiguiendo que me emocione.

Entre tanto, aprovecho para saludar al resto, todos compañeros de la facultad. A Jorge y Carlos suelo verlos más a menudo, pero a Celia y Andrea, hace años que no las veo.

—Martita, tú siempre tan guapa —me dice Andrea. Dándome un cálido abrazo.

—Guapa tú. Te veo genial. ¿Qué tal te va todo?

—No me puedo quejar. He abierto una nueva discoteca en Ibiza y de momento va estupendamente.

—Me alegro un montón. Por cierto, me dijo Jorge que alguien te

ha hecho sentar la cabeza. Eso tengo que verlo con mis propios ojos —le digo bromeando, ya que siempre ha sido un culo inquieto.

—Pues ya ves. Es italiano. Apareció una noche por la discoteca y me robó el corazón. Se llama Paolo y lleva el negocio conmigo. A ver si vas a Ibiza de visita y te lo presento. Ya sabes que allí tienes tu casa.

—Lo sé, guapa, pero últimamente ando liada y ahora estamos con la publicación de un nuevo libro.

—¿Sólo con el trabajo? Porque me ha dicho un pajarito que has vuelto a ver a tu profesora —me dice pillándome desprevenida.

—Este Jorge es un cotilla. Bueno, nos encontramos por casualidad y nos hemos visto un par de veces.

—Espero que todo aquello esté superado, porque no me gustaría verte sufrir más.

—Tranquila, está todo bien —le aseguro cogiéndole la mano a modo de agradecimiento.

—¡Marta! ¡Cuánto tiempo!

—Celia, estás estupenda. ¿Qué tal está Alberto?

—Muy bien. El año que viene nos casamos —dice entusiasmada.

—Me alegro mucho por ti. Hacéis una pareja maravillosa.

—¿Y tú qué tal en la editorial?

—Genial. Le decía a Rosa que mañana tengo mi primera presentación de un libro que vamos a publicar y ando con mucho trabajo, pero estoy encantada.

Nos ponemos al día unos y otros mientras vamos sentándonos a la mesa. Rosa y Alicia tienen un gusto exquisito y la mesa que han preparado es espectacular. No falta ni un solo detalle y, con una compañía tan querida, la velada pasa a ser apetitosa y muy entrañable.

Damos buena cuenta del menú que han elaborado las anfitrionas mientras nos explican el método que han elegido para que Alicia se quede embarazada.

—Se trata del método ROPA. Ella lleva mis óvulos, así que yo seré la madre genética y Alicia la madre gestante —explica Rosa bajo la atenta mirada de su mujer.

Veo tanto amor en sus miradas y son tan felices que no puedo evitar emocionarme.

—Un brindis, por vosotras, por vuestro amor y por el pequeñín o

la pequeñina que está por llegar —dice Jorge alzando su copa.

—Por las mejores madres del mundo —añado yo.

Todos brindamos y compartimos su felicidad, agradecidos de que nos hayan hecho partícipes de ella. Rosa me pide que la acompañe a la cocina para ayudarla a traer los postres.

—¿Por qué no me lo has contado?

—Porque no hay nada que contar.

—La ves después de diez años y ¿no hay nada que contar? —me dice poniendo los ojos en blanco.

—Vale, me dio una explicación.

—Pues ya puede ser convincente, porque para hacer lo que hizo…

—Tiene alzhéimer —le digo directamente.

—¿Qué? —pregunta sorprendida.

—Cuando se lo diagnosticaron a su madre, descubrieron que había habido varios casos en la familia y que su madre era portadora del gen, el que hace que pueda heredarse la enfermedad. Tiene alzhéimer precoz. Por eso desapareció.

—Joder. ¡Qué fuerte! ¿Cómo lo llevas?

—Por lo menos tengo la respuesta a la pregunta que lleva diez años comiéndome por dentro.

—¿La has vuelto a ver?

—Sí, estuvimos cenando el otro día. ¿Sabes?, cuando la miro es como si no hubiera pasado el tiempo y todo lo bueno que vivimos siguiera ahí.

—Debes de estar hecha un lió.

—Sí que lo estoy pero no te preocupes, estoy bien.

—¿Y qué pasa con la tal Estela?

—Veo que Jorge os tiene muy bien informadas. Nos hemos liado un par de veces, pero ya está.

—¡Tú repitiendo rollo! Entonces es que hay algo más, porque tú nunca repites a no ser que sea... Perdona, no quería decir eso.

—Tranquila, tienes razón. Desde que conocí a Sofía, no he podido sentir nada por ninguna otra mujer, pero Estela, no sé, con ella es distinto.

—Pues si crees que merece la pena, no la dejas escapar.

Rosa y sus sabios consejos. Siempre consigue dar en el clavo, pero no sé lo que siento por Estela. Lo que sí sé es que estoy

deseando volver a ver a Sofía.

Me disculpo por abandonar la velada tan temprano, pero es que mañana es la presentación y quiero estar a pleno rendimiento. Me despido de todos con pena porque sé que a algunos de ellos tardaré en volver a verlos pero, a pesar de ello, prometemos juntarnos más a menudo.

Capítulo 15

¿Te apetece subir?

Hoy es el día de la presentación y estoy de los nervios. Llevo toda la mañana como una loca atendiendo el teléfono y respondiendo a emails sin parar. No hay ningún contratiempo, pero no puedo evitar sentir nervios. Mike ha organizado una comida con Luisa a modo de celebración por la publicación. Lo hace con cada uno de los escritores que se incorpora a la editorial. Ha confiado mucho en mí y no quiero defraudarle. No dudo del éxito de tendrá la novela, porque sé que es estupenda, pero quiero que la presentación salga perfecta.

Como es de esperar, mi jefe ha elegido un sitio elegante, donde el cubierto no baja de ciento cincuenta euros. Le gusta cuidar y mimar a sus autores.

¡Y pensar que estuve varios meses convenciéndole para que publicara esta novela! Lucía y yo hemos congeniado muy bien y ha aceptado todos los cambios que le hemos propuesto desde la editorial, aunque sólo han sido pequeños detalles, porque la obra es realmente buena.

Mi teléfono no para de sonar durante la comida. Al parecer, las dudas de última hora están a la orden del día. El número que aparece en la pantalla no está relacionado con el trabajo.

—¿Sí?

—Hola, soy Estela.

—Si me disculpáis un segundo… —les digo a Mike y a Luisa, levantándome y dirigiéndome hasta el aseo—. Perdona, Estela, estoy en una reunión.

—Sólo quería decirte que la exposición es la semana que viene y

espero que vengas. No te molesto más. —Y cuelga sin darme opción a declinar su invitación.

Cuando vuelvo a la mesa, mi cara debe ser todo un poema, porque hasta Luisa me pregunta si va todo bien. Miento y digo que sí, que está todo en orden, aunque en mi cabeza reina el caos más absoluto. Disimulo e intento disfrutar de la comida apartando a Estela de mis pensamientos.

En la librería todo está a punto para que comience la presentación. Cristina también ha venido y se está ocupando de recibir a los medios y proporcionarles un pequeño dosier sobre la novela. Yo estoy saludando a todo el que llega y agradeciendo su asistencia. Pero, sobre todo, estoy pendiente de su llegada, la de Sofía. El reloj marca las siete: no puedo demorarme más. Todo el mundo va eligiendo asiento, y Luisa y yo nos quedamos en el centro como si fuera un pequeño e improvisado escenario. Comienzo saludando y dando las gracias, tanto a la librería por ofrecernos su espacio como a todos los allí presentes por compartir la velada.

—A Pearson Books y a una servidora, nos complace presentarles *El cielo desgarrador*, una novela que, como su propio título indica, es desgarradora. —Y justo en ese momento, Sofía hace su aparición y yo me quedo embelesada mirándola. Lleva un vestido negro que deja poco a la imaginación, porque se advierten cada una de sus maravillosas curvas. Me hace un pequeño gesto de disculpa y yo sonrío como una idiota. Es entonces cuando me doy cuenta de que todo el mundo está pendiente de mí porque he parado de hablar sin razón. Recupero el hilo no sé cómo y acierto a decir—. Pero quien mejor puede hablar de ella es su autora, Luisa Castañer. A pesar de su juventud, tiene un gran talento y sus letras son capaces de enamorar a cualquiera. Bienvenida a Pearson Books, Luisa —la presento dándole dos besos.

—Muchas gracias, Marta. La verdad es que ha sido todo un placer trabajar con esta mujer y con todo el equipo de la editorial. Quiero agradecerles a todos la confianza que han depositado en mí y en mi novela. *El cielo desgarrador* es una historia sobre la pérdida, la pérdida en todos los aspectos, de un ser querido, del amor, de la libertad, de la lealtad, de muchos de los valores que no solemos apreciar hasta que los perdemos —perora Luisa, captando el interés

de todos los allí presentes.

Para mí es todo un placer oírla, y sé que después de su exposición el interés por la novela va a ser aún mayor. Hemos dejado un tiempo para las posibles preguntas de los medios que han tenido la oportunidad de leer el libro antes de que salga a la venta y la mayoría de los comentarios alaban la obra.

Mike está en primera fila y me acaba de guiñar un ojo a modo de felicitación, pero yo tengo los míos clavados en Sofía. Estoy deseando que empiece el momento de las firmas para acercarme a ella y saludarla.

Cristina me hace un gesto para anunciarme que las preguntas de la prensa han terminado, de modo que damos paso a que la autora pueda dedicar algunos ejemplares. Yo ya tengo uno dedicado para Sofía: es el momento de escabullirme y acercarme hasta ella.

—Para ti. Así no tendrás que hacer cola —le digo regalándoselo.

—Muchas gracias. Ha sido una presentación muy interesante. Tengo mucha curiosidad por leerlo. Si hablas tan bien de él, seguro que es magnífico.

—Gracias por venir —se me ocurre decir, aunque lo que me gustaría expresar realmente es: «Tú si que eres magnífica»—. Si quieres tomar una copa… Luego vuelvo a estar contigo.

—Claro, ve tranquila.

La abandono muy a mi pesar, pero no puedo descuidar a Luisa. Para ella también es su primera vez, aunque veo que está disfrutándolo mucho. Ha firmado ejemplares durante más de media hora.

—En la vida me habría imaginado que esto podía pasarme a mí —me dice abrumada.

—Pues esto es sólo el principio. Ya estoy deseando leer tu próxima novela.

—Tengo varias ideas rondando mi cabeza.

—Eso es genial. Estoy segura de que Mike estará encantado de publicarlas también.

—Muchas gracias por confiar en mí.

—Gracias a ti y a tus increíbles historias. Es un placer leerte. Por cierto, el equipo ha organizado una cena, pero yo tengo un compromiso y no puedo ir. Nos vemos el lunes para comentar las primeras ventas.

—¡Qué nervios! Hasta el lunes entonces.

Cristina se ha ocupado de despedir a la prensa y la mayoría de la gente ya se ha marchado. Mike me hace un gesto con el pulgar y se va con Luisa. Yo me despido del resto y vuelvo a agradecer a la dueña de la librería su tiempo y dedicación. Me reúno de nuevo con Sofía, que está ojeando el libro de Luisa.

—Ya soy libre, toda para ti. —No sé por qué acabo de decir eso y me sonrojo al instante. Ella me mira y lo advierte.

—¿Qué te parece si nos vamos a cenar?

—Genial, porque me muero de hambre.

Después de dar un pequeño paseo, terminamos en un coqueto y acogedor restaurante. Hay muy poca gente, y el ambiente es muy tranquilo. El camarero nos lleva hasta una mesa y nos da la carta. Las dos pedimos algo ligero y una botella de vino. Sofía alza su copa y brinda.

—Por ti y por tu pasión por las letras —dice sonriendo. Yo asiento y rozo mi copa con la suya—. Veo que sigue fascinándote tu trabajo.

—La verdad es que no puedo quejarme. El jefe confía en mi criterio y cada vez delega más en mí. Hay muchos libros que necesitan ser leídos.

—Cuéntame algo sobre el que has escrito.

—Ya te dije que sólo es un borrador.

—Vale, pero dime, ¿de qué trata?

—La historia comienza en la época actual, con una fiesta de disfraces. La protagonista alquila un vestido almidonado con enagua de crinolina, como los que se usaban en la época victoriana, y resulta que, cuando se lo pone, aparece como por arte de magia en Londres, en el año 1840. Al principio se asusta, pero luego cae en la tentación de hacer ese pequeño viaje y tiene la suerte de conocer a algunas de las escritoras de la época. Se mezcla entre los círculos sociales y convive con ellas, llegándolas a conocer de primerísima mano —digo entusiasmada, porque esa época me apasiona.

—Suena muy bien. Tienes que dejármelo leer, porque estoy segura de que me va a encantar.

—Todavía no le he puesto título, y además tiene muchas correcciones pendientes.

—Tú siempre tan perfeccionista —me dice clavándome sus preciosos ojos verdes—. ¿Y por qué no se la enseñas a tu jefe?

—La editorial no publica este tipo de novelas.

—Pero seguro que tú ya tienes contacto con otras editoriales.

—No creo que sea tan buena como para que la publiquen.

—Si nadie la lee, nunca lo sabrás.

—Supongo que no estoy preparada para ello.

—Antes has dicho que hay muchos libros que necesitan ser leídos, tal vez el tuyo sea uno de ellos.

—¿Qué tal por la universidad? ¿Siguen los mismos profesores por el claustro? —Intento cambiar de tema.

—La mayoría sí, aunque ya se han jubilado algunos. De todas formas, el número de matriculados sigue siendo bastante bajo. Somos la facultad más impopular —explica sonriendo.

—Yo tengo muy buenos recuerdos de aquellos años y las clases me fascinaban, sobre todo las tuyas —digo otra vez sin control.

—Gracias. Vuestra implicación y participación también era fantástica.

Y entonces llega ese silencio de nuevo. Nuestras miradas se cruzan y no hablamos pero lo decimos todo. Siento que todavía puede leerme el pensamiento. Me ruborizo y ella también lo hace. Vaya dos. Decido romper el hielo.

—Si te apetece, podemos acercarnos a mi casa, así te doy el borrador —lo digo de carrerilla porque, si me paro, no seré capaz de terminar la frase.

—Claro.

De camino a mi apartamento, apenas hablamos. Disfrutamos del cielo estrellado que envuelve nuestro paseo. Estoy nerviosa y siento que ella también lo está, aunque lo disimula muy bien. Por fin llegamos a mi bloque.

—Aquí es.

Subimos en el ascensor, y otra vez ese silencio incómodo se apodera de nosotras. Sin poder contenerme, empiezo a reír. Sofía me mira desconcertada.

—¿Me he perdido algo? —pregunta.

—Perdona, es que estaba pensando en que parecemos dos quinceañeras, mirándonos la una a la otra, sin saber qué decir —y entonces Sofía se acerca y me besa.

—Llevo toda la noche queriendo hacerlo —me confiesa.

—Y yo deseando que lo hicieras —le digo derritiéndome en sus labios.

Al pararse el ascensor, toda la magia del momento se desvanece. Abro la puerta y la invito a pasar.

—¿Una copa de vino?

—Gracias —me dice dándome su abrigo.

—Tengo una copia del manuscrito en ese primer cajón de ahí. Cógela, es toda tuya.

Observo a Sofía desde la cocina, mientras descorcho un buen rioja. Ya ha encontrado la pila de folios y está leyendo la primera página.

—Estoy deseando leerlo —me dice mientras nos sentamos en el sofá—. Tienes un piso muy bonito.

Y ahora soy yo la que se acerca a ella y la beso. Sabe igual que hace diez años, cuando nos besamos por primera vez.

—Te he echado tanto de menos… —confieso.

—No ha pasado ni una sola noche en la que no haya pensado en tus caricias —me susurra al oído, consiguiendo que me derrita. Volvemos a besarnos, suavemente porque, a pesar de llevar tantos años esperándolo, no tenemos ninguna prisa. Yo quiero disfrutar de cada uno de sus besos, de cada caricia, y al parecer ella también. Me levanto y le ofrezco mi mano para dirigirnos hasta el dormitorio. Bajando la cremallera de su sugerente vestido, compruebo que sigue teniendo el mismo gusto exquisito para la ropa interior. Siempre le han gustado las transparencias, y sabe que a mí me vuelven loca. Parece que no ha pasado el tiempo porque recuerdo cada parte de su cuerpo a la perfección y apenas ha cambiado.

—Los años te han sentado bien —le confieso mientras acaricio su sujetador.

—Veo que a ti también —me dice, desabrochando uno a uno los botones de mi camisa.

Vamos despojándonos del resto de la ropa despacio, hasta quedar desnudas. Verla así hace que mi corazón lata de una forma desmedida. No soy capaz de controlar mi respiración, y mi pecho sube y baja como si fuera una montaña rusa. Ella lo sabe, tengo los mismos nervios que en nuestra primera vez y vuelve a

tranquilizarme con cada uno de sus besos, esos que tanto he añorado. Me deshago en su boca mientras siento una fuerte punzada en la parte interior de mis muslos. Todos mis sentidos están a su servicio, pero no quiero abandonarme todavía porque yo también deseo apoderarme de los suyos. La tumbo sobre la cama y me pongo encima, dominando todos sus movimientos. Recorro con mi lengua cada poro, y nuestros cuerpos comienzan a buscarse desesperados. Siento como si de repente sus manos se multiplicaran y alcanzaran a acariciar todo mi cuerpo a la vez. Ya no soy aquella chica de hace diez años. Mis numerosos rolletes de una sola noche han forjado mi experiencia, y si aquella primera vez fue Sofía quien estaba al mando, esta noche seré yo quien dirija.

Sujeto sus manos impidiendo que me toque.

—No te resistas —le digo, perdiéndome en sus verdes ojos. Ella me mira con deseo y se rinde. Saboreo sus pechos y mi mano se pierde entre sus piernas. La acaricio con suavidad mientras su mirada me pide a gritos que aumente el ritmo y acabe con esa deliciosa tortura, pero soy mala y la hago esperar. Deteniéndome en su boca, la exploro con mi lengua. Sin poder controlarlo, se le escapa un pequeño gemido y me suplica al oído.

—Por favor…

Mis dedos aumentan el ritmo de sus caricias haciendo que Sofía, por fin, estalle. Casi sin aliento, consigue deshacerse de mis brazos, y ahora es ella la que se pone encima. Siguiendo mis propios consejos, me dejo hacer porque lo único que quiero es sentirla dentro mí. Acaricia todo mi cuerpo y muerde mis pezones.

—Los he echado de menos —me dice la muy picarona.

Sigue besándome más abajo hasta posar su lengua en mi epicentro. Juguetea hasta que ya no puedo más. Tiro de ella porque quiero alcanzar el clímax mirándola, y me lo concede. Sustituye la lengua por sus dedos y me regala el mejor orgasmo de estos diez años.

Las dos estamos exhaustas pero, en cuanto nuestras miradas se cruzan, el deseo vuelve a manifestarse de una forma incontrolable. Pasamos la noche amándonos como si tuviéramos que recuperar todo el tiempo perdido.

A las ocho de la mañana y, casi sin dormir, Sofía se levanta y se da una ducha. Tiene clase a primera hora y debe irse. Tras

disculparse por no poder quedarse a desayunar, se despide con un maravilloso beso. Mi jornada de hoy empieza más tarde, así que puedo dormir algo antes de enfrentarme a un nuevo día.

Capítulo 16

Cena conmigo, por favor.

Han pasado varios días desde que Sofía y yo pasamos la noche juntas y, por culpa del trabajo, no hemos podido vernos. Ella ha tenido que irse fuera por un congreso, y yo estoy a tope. El libro de Luisa está siendo todo un éxito: las ventas marchan más que bien. Mike me ha felicitado y quiere que busque otro autor para publicar, así que llevo toda la semana intentando dar con esa novela que podría ser el *best seller* que tanto deseamos, pero los manuscritos que estoy leyendo son bastante flojos.

Estela acaba de mandarme un mensaje recordándome que este viernes es la inauguración de su exposición y le he prometido que iría. Estoy hecha un lío. Sigo sintiendo mucho por Sofía, pero Estela… ella ha aparecido como un huracán en mi vida. Decido llamar a Sofía para ver qué tal le va en el congreso.

—Hola, ¿interrumpo?

—Hola. No, estamos en un pequeño descanso. Me alegra oír tu voz.

—¿Cuándo vuelves?

—Esta noche.

—Quería saber si te apetece acompañarme a una exposición de pintura mañana, es de una amiga.

—Claro. Tengo tutoría hasta las siete. ¿Quedamos allí?

—Vale, es en la misma galería donde nos reencontramos.

—Tengo muchas ganas de verte.

—Yo también.

—El congreso está siendo muy aburrido, y no puedo dejar de pensar en ti.

—Estoy deseando que vuelvas para secuestrarte y atarte a mi cama.

—Mmmm, eso suena genial. Perdona, cariño, pero tengo que dejarte, el descanso ha terminado. Te llamo luego.

No sé muy bien en qué punto estamos. La noche que pasamos juntas fue maravillosa, pero no quiero que sea sólo eso, una noche. Sofía significa mucho para mí, y quiero que sea algo más. Todavía no hemos hablado de ello, porque cuando nos vemos no podemos parar de besarnos. El viernes puede ser un buen momento. Cuando termine la inauguración la invitaré a cenar, y entonces le diré lo que siento.

Vuelvo a centrarme en los manuscritos buscando algo especial, pero no tengo suerte. En uno de los cajones de mi mesa, hace días que tengo un par de ellos guardados esperando que les toque su turno, y creo que ya les ha llegado. Decido releerlos para recordar los detalles. Me sumerjo en el primero de ellos y compruebo que tenía razón, es fascinante. Redacto el informe correspondiente poniendo todo el entusiasmo posible para convencer a mi jefe de que sería perfecto para publicar.

—*El cielo desgarrador* sigue número uno en ventas —me informa Cristina, que acaba de traerme un café.

—Eso es una buena noticia. Espero tener el mismo acierto con los próximos libros que publiquemos.

—Lo tendrás. Tienes un don para esto.

—Entonces espero que me dure muchos años —le digo sonriendo.

—¿Una cerveza antes de irnos?

—Claro.

Somos las últimas en salir de la editorial, algo ya habitual. Cristina cierra la puerta y, como de costumbre, nos acercamos al The Break. La mesa que solemos ocupar está vacía, como si estuviera reservada para nosotras. Nos sentamos y Cristina no deja de mirarme con una sonrisita.

—¿Qué?

—Que no me has contado qué tal fue tu cita con la profesora.

—Estuvo bien.

—Claro, por eso estás de tan buen humor.

—Hola, ¿qué os pongo? —pregunta Estela, que al parecer hoy

tiene ese turno.

—Hola, dos cervezas —dice Cristina.

—Hola, Estela —balbuceo.

—Marchando.

Se vuelve hasta la barra y regresa en unos segundos con nuestras cervezas.

—Acabo en dos horas. Si te apetece tomar algo —me suelta.

—No puedo, he quedado —miento sin pensar.

—Entonces, nos vemos el viernes.

—Claro. Allí estaré.

—Que disfrutéis de la cerveza —dice mientras vuelve a su trabajo.

—¿Qué acaba de pasar aquí? —pregunta Cristina con los ojos bien abiertos—. Creía que sólo era un rollo.

—Y así ha sido. Bueno, el otro día me invitó a cenar y me pidió que posara para ella y, ya sabes, una cosa llevó a la otra.

—Joder, Marta, ¿y Sofía?

—¿Qué pasa con ella?

—Éste no es tu estilo. Deberías ser sincera con ellas.

—Lo he sido. Le dije a Estela que no quería una relación, que no estaba preparada para ello.

—Pues tengo la sensación de que ella no lo entiende así. Fíjate en cómo te mira. Esa chica siente algo por ti y, si no quieres que sufra, deberías volver a hablar con ella.

—Está al corriente de mi historia con Sofía, y nunca le he prometido nada. Además, he invitado a Sofía para que me acompañe a su exposición. Fin del problema —digo, intentando dar por zanjado el asunto.

—Tú sabrás.

No quiero seguir hablando del tema. Cristina respeta mi decisión, aunque sé que lleva parte de razón en todo lo que me ha dicho. Terminamos las cervezas y nos despedimos. Voy caminando hacia casa y mi conciencia no para de hablarme. Cuando llego al portal, Sofía está allí esperándome.

—He venido directa desde el aeropuerto. Tenía ganas de verte.

Corro hacia ella y la abrazo. Nos besamos y, entonces, todas mis dudas desaparecen.

—Te he echado de menos —le digo mientras subimos en el

ascensor.

Ya en casa, nos olvidamos de los formalismos y nos arrancamos la ropa dando paso a nuestros deseos. Nos amamos durante horas hasta que Sofía, presa del cansancio, se duerme. Yo la observo y mi corazón da saltos de alegría por volverla a tener a mi lado.

Hemos podido desayunar juntas y luego cada una se ha ido en una dirección, Sofía hacia la universidad y yo, hacia mi trabajo. Hoy he decidido presentarle al jefe mi propuesta. Ya se la planteé hace un año y la rechazó sin contemplaciones. Voy a intentarlo de nuevo.

—Buenos días, Cristina. ¿Ha llegado ya Mike?

—Sí, además me ha dicho que quería verte.

—Genial —digo mientras cojo el informe que redacté ayer y me dirijo a su despacho. Toco la puerta y me da permiso para que entre.

—Buenos días.

—Buenos días, Marta. Quería felicitarte. Llevamos varias semanas en las listas de los más vendidos. Publicar a Luisa Castañer ha sido todo un acierto. ¡Enhorabuena!

—Gracias. Quería hacerte otra proposición —le digo, pasándole la carpeta con el informe.

—Pero si esta novela ya me la sugeriste y, si no recuerdo mal, te dije que no.

—Por favor, lee con detenimiento el informe. Confiaste en mí con Luisa, te pido que vuelvas a hacerlo. Sé que este libro es bueno y no tengo ni la menor duda de que puede venderse bien —le digo todo lo segura de mí misma que puedo. Mike me mira y pone los ojos en blanco.

—Está bien, leeré el informe y volveré a leer el manuscrito. Mañana te digo algo, pero no te prometo nada.

—Gracias. Estoy segura de que te va a encantar.

—¿Y bien? —me dice Cristina mientras entro en mi despacho.

—Me ha prometido que lo va a leer, que no es poco.

—Entonces lo publica seguro.

—Me gustaría hablar con la autora. Conciértame una cita con ella para la semana que viene. Dile que estamos ampliando nuestra base de datos y que queremos completar su ficha.

—De acuerdo. Han llegado tres más —dice poniéndolos sobre mi

mesa.

—Estupendo. Ahora mismo me pongo con ellos.

La mañana se me pasa volando y decido no salir a comer para aprovechar el tiempo. Cristina, que siempre está en todo, me acerca algo para picar y yo no aparto los ojos de mi mesa.

—Por cierto, mañana llega de la imprenta la segunda edición del libro de Luisa.

—¡Qué bien! Acuérdate de mandarle un ejemplar con una carta de agradecimiento. Tenemos que mimar a nuestros autores.

—Por supuesto. Mañana mismo se lo envío.

Continúo con el trabajo y, para las cinco, lo tengo todo terminado. Me despido de Cristina y me voy a casa a cambiarme. Me arreglo un poco más de lo habitual porque la ocasión lo merece. He reservado mesa en un restaurante bastante distinguido. Espero sorprender a Sofía.

Un taxi me lleva hasta la galería y llego cinco minutos antes de la hora. Hay bastante gente, pero distingo a Estela entre la multitud. Está guapísima y, fiel a su estilo, lleva un esmoquin negro que le queda espectacular. Está charlando con algunos de los asistentes, pero no tarda mucho en verme. Le hago un gesto con la cabeza y me acerco hasta una pequeña barra improvisada para pedir una copa de vino blanco. No veo a Sofía por ningún lado, pero como tiene tutoría hasta la siete, sé que llegará con retraso.

—Gracias por haber venido —me dice Estela, apareciendo a mi lado.

—No me la habría perdido por nada del mundo. Veo que ha venido muchísima gente.

—Sí, el director de la galería me ha hecho mucha publicidad.

—Seguro que todos quedan encantados con tu trabajo.

—Gracias. Tengo que hacer la presentación, pero luego te enseño las obras.

—¡Suerte!

Un hombre pide silencio para presentarla y ella, como si estuviera acostumbrada a hablar delante de la multitud, comienza a explicar su obra con pasión. Se nota que ama su trabajo, y la gente la escucha con interés. Yo me acerco a uno de los cuadros. Se trata de dos manos entrelazadas cuyo realismo es asombroso. Se pueden distinguir hasta los poros y el vello de la piel. Son sólo dos manos,

pero la forma en que se abrazan pone de manifiesto que hay mucho sentimiento entre ellas. Me fascina a la vez que me enternece.

Miro el reloj y veo que ya son las siete y media. «Ya no puede tardar mucho», me digo. Estela sigue atendiendo a todos los que se acercan para felicitarla por su trabajo. Busco a Sofía entre los rostros de los presentes, pero no la encuentro.

—¿Buscas a alguien? —me pregunta Estela, que acaba de aparecer detrás de mí.

—He invitado a Sofía. Espero que no te importe —le digo en un arranque de sinceridad.

—No, claro que no —responde con tono serio—. Mientras llega, si quieres puedo enseñarte los cuadros.

—Claro.

Avanzamos por la sala y vamos viendo cada una de las pinturas. Me explica brevemente lo que ha querido plasmar y coincide con lo que yo siento al verlas. Pasamos por un pasillo estrecho que da a una pequeña estancia rodeada de un gran ventanal y donde sólo hay un único cuadro expuesto.

—Éste es el más especial de la colección. ¿Qué te parece?

—¡Pero si soy yo! —digo al ver mi cara y mi cuerpo desnudo en él—. ¡Madre mía, qué vergüenza!

—A mí me parece que estás guapísima.

La verdad es que el cuadro es de una belleza increíble. Me quedo anonadada al reconocer mi imagen en él. Siento que ha conseguido verlo todo, que ha sabido captar a la perfección mi interior. Me siento desnuda en todos los sentidos.

—Estela, es alucinante, tanto que me da miedo.

—Miedo, ¿por qué?

—Porque has conseguido ver más allá de mi piel.

—Sólo me limité a observar —dice restándole importancia.

—Gracias —le digo besándola en la mejilla.

Seguimos el recorrido y ella continúa con sus explicaciones, pero yo no puedo dejar de pensar en Sofía y en la razón de su retraso o, cada vez ya más que claro, plantón.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver que no estoy prestándole atención.

—Perdona. Estoy preocupada por Sofía. Si me disculpas un momento…

Me retiro para llamarla por teléfono. El móvil da tono, pero tras unos segundos me salta el contestador.

—Sofía, soy Marta. Espero que estés bien. Yo ya me voy a casa. Llámame, por favor.

Vuelvo hasta donde está Estela y recuerdo la reserva del restaurante.

—Perdona, tenía una reserva en La Dolce Vita. Voy a llamar para anularla.

—No la anules. Yo termino en una hora y, si quieres, puedo acompañarte.

—No sé, es tarde.

—Por lo que tengo entendido, es muy difícil conseguir mesa. Sería una pena desaprovecharla. Me despido de la gente y enseguida estoy contigo —insiste, sin darme tiempo a contestar.

Me tomo otra copa de vino y decido escribir un mensaje a Sofía:

Espero que estés bien. No sé qué es lo que ha pasado, pero espero que no vuelvas a tardar otros diez años en contestarme. Esta noche quería hablar contigo, hablar sobre lo nuestro. Quería decirte que te quiero, que nunca he dejado de quererte, pero tengo la sensación de estar haciendo el ridículo. Por favor, llámame.

Marta

Al cabo de un rato, Estela consigue escaquearse y abandonamos la galería. Paseamos hasta el restaurante.

—Gracias por invitarme a tu exposición. Ha sido increíble, y tus cuadros son fantásticos.

—Gracias a ti por venir y por posar para mí. —No puedo evitar sentir vergüenza y me tapo la cara con las manos—. Han hecho varias ofertas por él, pero es el único que no está en venta.

—Vaya, ¿y se puede saber cuánto te han ofrecido?

—Mil euros.

—Deberías haber aceptado.

—Hay obras que no tienen precio, y ésa es una de ellas.

Cuando llegamos al local, se apresura a abrirme la puerta. Doy mi nombre al relaciones públicas, que nos acompaña hasta nuestra mesa.

—Había encargado el menú de degustación, pero si prefieres otra cosa, puedo llamar al camarero.

—No hay problema, me encanta probar cosas nuevas —me asegura sonriendo, mientras yo sigo dolida y enfadada con Sofía.

—Perdona, hoy no soy la mejor compañía —me disculpo por mi falta de interés.

—No hay nada que perdonar. Lo comprendo y, si quieres hablar de ello, aquí me tienes.

—Es que no entiendo cómo ha podido hacerlo de nuevo.

—Por lo que me has contado, para ella tampoco debe ser fácil.

—Pero estos días que hemos pasado juntas… no sé, creía que esta vez iba a ser diferente.

—Tal vez le ha surgido algo.

—Gracias.

—¿Por qué? —me pregunta sorprendida.

—Por lo que estás haciendo.

—¿Y qué se supone que hago?

—Escucharme.

—Eso es lo que hacen las amigas, ¿no?

Disfrutamos de la cena y dejamos de hablar de Sofía. Le pido que me cuente más sobre sus pinturas, sobre su arte.

—Si tuviera que vivir de ello no podría, aunque esta noche he tenido suerte, se han vendido unos cuantos.

—No me extraña porque son fascinantes. Deberías hacer más exposiciones.

—El mundo del arte es bastante complicado. Conseguir que tu nombre sea reconocido es muy difícil; o alguien se la juega y apuesta por ti o no tienes nada que hacer. La exposición de esta noche ha sido gracias a un amigo que conoce al dueño de la galería; si no, habría sido imposible.

—Brindemos —le digo alzando mi copa—, por tu exposición y por todas las que vendrán.

—Gracias por acompañarme esta noche. Este tipo de eventos no me gustan demasiado.

—Supongo que nos hemos rescatado la una a la otra.

Terminamos de cenar y Estela se empeña en acompañarme a casa. Vamos caminando en silencio. Sigo pensando en Sofía.

—Seguro que mañana puedes hablar con ella. Ya verás como

hay una explicación —me dice a modo de consuelo, pero sin conseguirlo.

—Tal vez —respondo cansada. Acabamos de llegar a mi bloque.

—Buenas noches. Que descanses —se despide, besándome en la mejilla.

—Buenas noches.

Al entrar en casa, vuelvo a mirar el móvil por si ha contestado a alguno de mis mensajes, pero nada. La llamo de nuevo, pero su teléfono sigue apagado. Algo me dice que esta vez sí que la he perdido para siempre, pero me niego a creerlo.

Capítulo 17

Un regalo para ti

Han pasado dos semanas y sigo sin noticias de ella. Se me ha pasado por la cabeza ir a la universidad, pero no sé si debería hacerlo. Estos días me comporto como una autómata, de casa al trabajo y del trabajo a casa. Estela me ha llamado un par de veces para invitarme a tomar algo pero he declinado su oferta. No tengo ganas de ver a nadie, sólo quiero ver a Sofía.

—Tienes que animarte —me dice Cristina, que lleva semanas soportando mi mal humor.

—No puedo. Pensé que esta vez sería distinto, pero lo ha vuelto a hacer.

—Tal vez lo haya hecho por el mismo motivo. No puedes obviar su enfermedad.

—Pero entonces, ¿mi opinión no cuenta? ¿Y si yo quiero estar a su lado, hasta el final?

—¿De verdad es eso lo quieres? Porque cuando ella olvide quién eres, ya no será la misma.

Cristina y sus punzantes verdades.

—No lo sé, pero por una vez me gustaría que tuviera en cuenta mi opinión y dejara de decidir por mí —le digo enfadada.

—Sigo pensando que te ha vuelto a hacer un favor, pero entiendo que ahora estés disgustada y no lo veas así. Deja pasar el tiempo y entonces conseguirás verlo con más claridad.

No puedo responder a eso porqué sé que, en el fondo, tiene razón. Vuelvo a esconderme entre los papeles de mi mesa y doy por zanjada la conversación. Cristina me deja un café con un pósit amarillo que dice: «Me gustas más cuando sonríes», y al lado una

carita sonriente dibujada. Y al parecer funciona, porque consigue arrancarme una sonrisa. Por otro lado, Mike ha aceptado la novela que le he propuesto para publicar. Quiere hacer unos cuantos cambios pero, por suerte, la autora no se ha opuesto a ellos. Este trabajo extra me viene bien, así tendré menos tiempo para pensar.

A pesar de haber alargado mi jornada en la editorial, ya estoy en mi casa, tumbada en el sofá y con el ejemplar que tanto adoro de *Jane Eyre* entre mis manos. Estoy en el momento en que Jane y el señor Rochester van a casarse; a pesar de saber lo que va a ocurrir a continuación, no me canso de leer esta novela. De pronto suena el timbre. No espero a nadie, por lo que me sobresalto. Cuando abro la puerta, veo un paquete de enormes dimensiones, y a un lado se asoma Estela.

—Hola, espero no interrumpir, pero hoy ha terminado mi exposición y quería traerte esto. Como es bastante delicado, he decidido acercártelo yo en persona.

La miro atónita mientras ella sigue en el rellano esperando una respuesta.

—Pasa, por favor. Perdona, es que no esperaba a nadie.

—Si llego en mal momento, puedo volver otro día.

—No, pasa.

Lleva el paquete hasta el salón y lo apoya contra la pared.

—¿No lo vas a abrir? —me pregunta.

—Sí, claro. —Empiezo a romper el envoltorio y, cuando termino, queda al descubierto el lienzo para el que posé—. No puedo aceptarlo.

—Ya te dije que era el único que no estaba en venta porque es para ti. Tú fuiste mi modelo y quiero regalártelo.

—Muchísimas gracias. Me encanta, pero es demasiado —le digo —. Además, ¿dónde podría ponerlo?

—Sin duda aquí, en el salón. En esa pared de ahí puede quedar muy bien. Si me dejas agujerearla, lo haré encantada. ¿Tienes un taladro?

—Va a ser que no. No soy muy dada a las chapuzas caseras.

—No importa. Mañana me paso y traigo uno. De momento puedes dejarlo en el suelo. Ahí también queda bien.

Nos miramos en silencio.

—¿Te apetece tomar algo?

—Claro, ¿cerveza?

—Marchando —digo mientras me acerco a la cocina para coger dos botellines. Cuando vuelvo al salón, Estela está ojeando el libro.

—*Jane Eyre*, me encanta.

—¿En serio? ¿Te gusta Charlotte Brontë?

—Sí, he leído a bastantes autoras de esa época. Me parece una literatura muy interesante.

—La verdad es que muchas de ellas fueron unas valientes. No debió de ser fácil.

—¡Guauuu! ¿Es una primera edición? —pregunta sorprendida.

—Sí, fue un regalo de graduación. Mientras estudiaba la carrera, trabajé en una librería y los dueños me lo regalaron. Es como un tesoro para mí.

—Es muy difícil encontrar una primera edición, y más de este título.

Nos sentamos en el sofá y charlamos durante horas de literatura y de arte. Me sorprende gratamente que también sea una apasionada de la lectura como yo. Mientras le hablo sobre mi tesis, sin previo aviso se acerca y me besa.

—Perdona, no he podido resistirme. Llevo todo el día queriéndote besar.

—Estela, no creo que esté preparada. No puedo olvidar a Sofía, así sin más.

—Lo sé, y tampoco te pido que lo hagas. Sé que tienes un pasado y no pretendo cambiarlo, pero me encantaría formar parte de tu futuro. Me estoy enamorando de ti, y sé que tú también sientes algo por mí. Sólo te pido que me hagas un hueco en tu corazón.

—¿Por qué eres tan adorable? —le digo acariciándole la mejilla —. No sé cuánto tiempo voy a necesitar.

—No tengo prisa, sólo déjame estar cerca de ti.

—¿Quieres quedarte a cenar? Iba a pedir una pizza.

—No se me ocurre un plan mejor.

Mientras comemos, vemos una película que emiten en la televisión. Es una de esas antiguas, en blanco y negro, donde los actores irradian una belleza espectacular y la banda sonora hace que te enamores de ellos. Miro a Estela, que está entregadísima al clásico, y por primera vez me siento afortunada de tenerla a mi lado. Tal vez ella sea el salvavidas que necesito, ese que me ayude a

cruzar a la otra orilla y me haga pasar página de una maldita vez.

—¿No tendrás palomitas? —pregunta sacándome de mis cavilaciones.

—Creo que hay una bolsa en la cocina —digo con la intención de levantarme.

—Deja, voy yo.

—En el armario de la derecha.

Cuando el microondas anuncia que ha terminado, Estela vuelve al salón con un bol lleno.

—Una peli sin palomitas no es lo mismo —sentencia, acercándome una a la boca.

Nos las terminábamos a la que vez que acababa la película.

—Es tarde. Creo que debería irme.

—Te acompaño a la puerta —le digo mientras nos levantamos—. Muchas gracias por el cuadro y también por la compañía.

—A ti. Te llamaré.

Y, antes de que cruce la puerta, soy yo la que se acerca a ella y le doy un cariñoso beso en la mejilla a modo de despedida y de agradecimiento.

En la editorial el trabajo me desborda. Estos últimos días no paran de llegar manuscritos y apenas tengo tiempo para leerlos y terminar de preparar el nuevo libro que vamos a publicar. Suena mi móvil y se trata de un número desconocido.

—¿Sí?

—Buenos días, ¿es usted Marta Gaviria?

—Sí, soy yo.

—Le llamo de la editorial Letras. Hemos recibido el borrador de su novela y nos gustaría publicarla.

—¿Cómo dice? Yo no he enviado nada.

—¿No es suya la obra *A través del vestido*?

—No —respondo, todavía sin poder creer que la llamada es real.

—Pero es usted Marta Gaviria, ¿verdad? —insiste.

—Sí, soy yo.

—Entonces me gustaría reunirme con usted. Esta tarde, ¿a las siete le vendría bien? Es que andamos con mucho trabajo y de momento es el único hueco que tengo.

—Sí. Allí estaré.

—Estamos en la calle Núñez, número 44. Mi nombre es Javier López. Ha sido un placer hablar con usted. Hasta luego.

—Muchas gracias.

No me lo puedo creer. Sofía ha enviado el borrador sin mi consentimiento y hasta le ha puesto título. Entro en pánico. Trabajo en una editorial y la competencia quiere publicar mi libro. Debería hablar con Mike y contarle lo que ha pasado, pero antes me gustaría escuchar lo que Letras quiere ofrecerme. Mando un mensaje a Estela para ver si tiene turno en The Break. Me dice que acaba de entrar, así que le digo a Cristina que hoy voy yo a por los cafés de media mañana. Cruzo la acera y ya estoy en el bar. La localizo en la barra y me acerco a ella.

—Lo sabía, no puedes estar sin mí —me dice sonriendo.

—Me han llamado de una editorial. Quieren publicar mi libro.

—¡Eso suena genial! ¿Por qué tienes esa cara de susto?

—Yo no les envié el borrador. Se lo dejé a Sofía para que lo leyera.

—Tal vez lo ha hecho porque sabe que tú no te atreverías.

—Pero es sólo un simple borrador. Hay muchas cosas que corregir.

—Marta, si la editorial lo quiere publicar es porque debe ser bueno. Tienes talento para la escritura, ahora sólo hace falta que tú te des cuenta de ello.

—No sé qué hacer. Trabajo en una y no sería muy ético publicar con otra.

—Muéstrale tu talento al jefe.

—Mike jamás publicaría una obra así.

—Has conseguido convencerle para que apueste por autoras que en un principio había rechazado. ¿De qué tienes miedo?

—No lo sé.

—Soy consciente de lo difícil que resulta enseñar tu obra a los demás, pero, créeme, una vez que la dejas ir, es una sensación maravillosa.

—Esta tarde tengo que reunirme con ellos. Escucharé su propuesta y mañana hablaré con él.

—Me parece bien. Espero tu llamada con todos los detalles.

—Gracias. Siempre sabes qué decir. Debo volver al trabajo. ¿Me pones dos cafés para llevar?

Vuelvo a la oficina y decido no contarle nada a Cristina. Mañana la pondré al corriente. Me centro en las correcciones del libro que vamos a publicar. Mike me ha dado un mes para tenerlo todo listo. Me quedan pequeños detalles, además de decidir la portada, pero prefiero hacerlo con la autora, conocer sus ideas al respecto.

Al igual que todos los días, como una ensalada y sigo trabajando hasta las cinco. Me despido de Cristina poniéndole una excusa y me voy a casa a cambiarme de ropa. Me meto en la ducha y caigo en la cuenta de que estoy nerviosa. Estoy enfadada con Sofía, pero también agradecida por el gesto que ha tenido. Me decido por un *look* algo informal y cojo un taxi hasta la editorial.

La oficina es bastante más grande que la mía y hay mucho más personal. Es normal, Letras es una editorial de renombre y es una de las que más libros publica al año. Me presento a la recepcionista, que me indica el despacho de Javier López. Llamo a la puerta y un chico, aparentemente de mi edad, la abre.

—Supongo que tú eres Marta Gaviria —dice estrechándome la mano—. Javier López, un placer.

—Igualmente.

—Toma asiento, por favor. ¿Puedo tutearte?

—Por supuesto.

—Como te dije por teléfono, creemos que tu novela tiene potencial y nos gustaría publicarla. Imagino que la has enviado a otras editoriales y estoy convencido de que habrás recibido más ofertas. Nosotros llevamos bastantes años en el mercado y muchas de nuestras publicaciones ocupan los primeros puestos en las listas de los más vendidos. Contamos con el mejor equipo de marketing y conseguimos que nuestros autores lleguen a todos los rincones del mundo.

—Conozco su trabajo y he leído a muchos de ellos.

—Excelente, entonces no presumiré más. He redactado un contrato que me gustaría que leyeras con calma. Obviamente, todo es negociable. Si te parece bien, llévatelo y llámame cuando tomes una decisión, pero te puedo asegurar que ninguna editorial puede igualar estas condiciones.

—Gracias. Así lo haré —le digo, no dejándome impresionar por la verborrea del individuo.

—Para cualquier duda que tengas, en el contrato aparece mi

número de teléfono. Puedes llamarme cuando quieras —dice mientras se levanta volviendo a ofrecerme su mano.

Salgo de allí con un contrato que siento como si me quemara las manos. Me meto en un bar y pido una copa de vino mientras me acomodo en una mesa. Tras abrir la carpeta que Letras me acaba de proporcionar, voy leyendo, una a una, todas las cláusulas que aparecen impresas. Estoy acostumbrada a ver documentos de este tipo porque yo misma suelo redactarlos junto a Mike, pero las cifras que aparecen reflejadas son demasiado atractivas y siento vértigo al verlas. Se trata de un contrato de una cantidad considerable, algo que jamás habría pensado que pudiera ocurrirme. «Sofía, todo esto es culpa tuya», pienso en voz alta. Saboreo el vino que el camarero acaba de servirme, y una enorme sonrisa se instala en mis labios.

No he dormido mucho porque no he dejado de pensar en el contrato. Estoy en la oficina y procuro armarme de valor para ir a hablar con Mike. Respiro hondo y cuento hasta diez. Me levanto y voy hasta su despacho con los papeles bajo el brazo.

—¿Se puede? —digo abriendo la puerta.

—Claro, para ti siempre tengo tiempo —apunta con amabilidad mientras me siento.

—Verás, quería comentarte algo. Hace tiempo que tengo escrita una novela.

—No sabía que escribieras.

—A modo de *hobby*. El caso es que le dejé el borrador a una amiga y ésta, sin decirme nada, lo ha enviado a Letras, la editorial. Ayer me llamaron para decirme que quieren publicarla —le digo sin más preámbulos

—Entonces debe ser bueno, porque ellos no publican cualquier cosa.

—Todavía no he decidido nada. Quería enseñarte lo que me han ofrecido —le digo pasándole el contrato.

—Vaya, son unas condiciones fantásticas —dice tras echarle un vistazo—. ¿Cuál es el problema?

—Te recuerdo que trabajo para esta editorial.

—Me encantaría leer tu manuscrito, pero jamás podría igualar su oferta.

—Eso no me importa. Pearson Books es mi casa y por nada del

mundo me iría. Son muchos los años que llevo a tu lado, y tú me has enseñado todo lo que sé.

—Pero lo que te ofrecen es una oportunidad única. Entendería que aceptaras.

—Si mi libro se publica, me gustaría que fuera bajo el sello de Pearson Books.

—Déjame leerlo y hablamos.

—Muchas gracias, Mike.

—A ti. Otro, en tu lugar, se habría marchado sin preguntar. Gracias por tu sinceridad y dedicación.

Ahora es cuando me siento realmente bien. Creo que he tomado la decisión correcta. El número de cifras que me ofrecían era muy tentador, pero la sola idea de abandonar la editorial ha hecho que me decidiera sin dudarlo.

Le cuento a Cristina las novedades, porque ya está con la mosca detrás de la oreja al ver que me he reunido con Mike sin contárselo.

—¡Enhorabuena! Tienes que dejarme leerlo.

—Claro.

—¿Y se puede saber de qué cifras estábamos hablando? —me pregunta intrigada.

—Míralo tú misma —le respondo, enseñándole el contrato.

—¿Qué? ¿Y vas a rechazarlo? —dice con los ojos abiertos de par en par.

—No estaría bien seguir trabajando aquí y publicar con ellos, ¿no te parece?

—Pero con este dinero podrías hacer muchísimas cosas.

—Prefiero seguir trabajando aquí, teniéndote a ti de compañera.

—Estás loca —me dice dándome un abrazo.

—Lo sé.

Capítulo 18

Una carta para ti

Hoy es mi cumpleaños, cumplo treinta y seis. Estela se ha empeñado en que salgamos a cenar para celebrarlo. Me ha preparado un desayuno delicioso y con ello ha conseguido que llegue tarde al trabajo. Entrando en el despacho, veo una tarta sobre mi mesa. Me acerco y entonces aparecen mis compañeros.

—¡Sorpresa! —gritan al unísono—. ¡Feliz cumpleaños! —corean todos.

Cristina se abre paso y me acerca un paquete.

—De parte de todos —dice entregándomelo.

Lo abro y, con los nervios, sólo consigo romper el papel. Es mi libro.

—¡Sexta edición! —grito sorprendida—. No me lo puedo creer. Muchas gracias chicos.

—*A través del vestido* sigue entre los diez más vendidos. ¡Enhorabuena, Marta! —Me felicita Mike, dándome un abrazo.

Estoy muy emocionada y no puedo ser más feliz. Han pasado cuatro años desde lo de Sofía. Estela ha tenido una infinita paciencia conmigo. Se propuso conquistarme y lo que ella no sabe es que, a la primera semana, ya lo había conseguido. Ahora vivimos juntas, y no puedo imaginarme la vida sin ella.

—¡Marta! ¡Teléfono! Alguien pregunta por ti —me anuncia Cristina. Salgo del despacho y voy hasta su mesa, retirándome del bullicio.

—¿Sí?

—¿Marta Gaviria?

—Sí, soy yo.

—Hola, soy Carmen, profesora de la Facultad de Filología. No nos conocemos. Fui compañera de Sofía. —Al escucharla, me da un vuelco el corazón—. ¿Marta? ¿Sigues ahí?

—Sí, sí —acierto a decir, porque soy incapaz de articular una palabra más.

—Tengo algo para ti. ¿Podríamos vernos en algún sitio?

—¿De qué se trata? —pregunto, temiéndome lo peor.

—Tengo una carta para ti y he de entregártela hoy.

—Estoy trabajando —le digo, dudando si aceptar o no su propuesta.

—Si me dices la dirección, me paso en un momento.

—Está bien, editorial Pearson Books, calle Mateo, 33, junto al metro —accedo, ante la curiosidad.

—Perfecto, tardaré una media hora. Hasta luego.

Me quedo de pie con el teléfono en la mano. Por mi cabeza discurren muchas cosas y, entre ellas, temo lo peor. Puede que a Sofía le haya ocurrido algo. No sé si estoy preparada para esto. Cristina se acerca hasta a mí.

—¿Todo bien?

—Sí, es sólo que no esperaba esta llamada.

—Te has puesto muy pálida. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, no te preocupes. Dentro de media hora vendrá una mujer a verme. Cuando llegue hazla pasa, por favor.

—De acuerdo. Te he dejado un trozo de tarta encima de la mesa.

—Gracias.

Me encierro en mi despacho y no dejo de pensar en la llamada. Han pasado cuatro años desde la última vez que la vi, y no sé qué puede querer de mí. Volvió a desaparecer sin darme ningún tipo de explicación. No puede aparecer cuando a ella le plazca. Me ha costado mucho pasar página, y por primera vez en mucho tiempo soy feliz, Estela me hace feliz. Sofía siempre tendrá un hueco en mi corazón, pero ahora late por Estela. Intento mantenerme ocupada y no mirar el reloj a cada paso, pero se me hace imposible. Al cabo de media hora, y con la más estricta puntualidad, una mujer llama a mi puerta.

—¿Marta?

—Sí, adelante. Siéntese, por favor.

—Gracias. Un placer conocerte. He oído hablar tanto de ti... —

suelta de buenas a primeras.

—Usted dirá, Carmen —le digo con toda la frialdad que puedo.

—Sofía me dio esta carta para ti. Insistió en que te la diera hoy.

—Ella… —digo casi sin atreverme a preguntar—, ¿ella está bien?

—Oh sí, pero su enfermedad, ya sabes… —Me recuerda, provocándome un gran alivio—. Bueno, he de irme. Mi misión era darte la carta. Te dejo para que la leas a solas.

—Gracias —le digo mientras desaparece tras puerta.

Tengo el sobre delante de mí y, a pesar de querer abrirlo con todas mis fuerzas, el miedo me lo impide. Me tiemblan las manos y me digo a mí misma: «Venga, Marta, no seas cobarde, sólo es una carta». Finalmente lo rasgo y me decido a leerla.

Querida Marta:

Te escribo para pedirte perdón nuevamente. Sé que debes estar enfadada y con razón, pero déjame que, una vez más, te explique los motivos de mi marcha. Quiero que sepas que sí acudí a nuestra cita. Llegué tarde y, cuando el taxi paró frente a la puerta de la galería, pude verte admirando el cuadro del que tú eras la protagonista. Vi cómo te miraba aquella chica, la autora, supongo, y entonces comprendí que no tenía ningún derecho a volver a irrumpir en tu vida de aquella manera. También te observé a ti, cómo atendías a sus explicaciones, y adiviné que había algo entre vosotras. Ella podía darte ese futuro que tanto mereces y que yo jamás podré otorgarte. Por eso di media vuelta y me alejé de allí. No voy a mentirte, el dolor que sentí al volver a dejarte fue inmenso, y todavía hoy tengo que convivir con él. Pero porque te quiero, tuve que dejarte marchar. He necesitado que pasaran estos cuatro años y no te he entregado esta carta antes, porque quería asegurarme de que tu herida ya hubiera cicatrizado y de que, por nada del mundo, te aventuraras a buscarme. Prefiero que tu recuerdo de mí sea el de la última noche que pasamos juntas, porque hoy mi imagen es bien distinta. Muchos de mis recuerdos se habrán borrado, pero estoy segura de que el tuyo lo conservaré para siempre.

Jamás he querido a nadie como a ti y siempre serás la dueña de mi corazón.

Te quiere, Sofía.

No consigo detener las lágrimas y, por primera vez, aparco mi dolor a un lado y pienso en todo lo que ella ha tenido que sufrir. Ha cargado con todo el peso de la decisión anteponiendo mi felicidad a la suya y siento la necesidad de volver a verla una vez más, pero la carta no lleva remite. Decido esperar a contárselo a Estela antes de tomar ninguna decisión. Quiero saber su opinión al respecto, así que me escaqueo antes de la editorial con la excusa de que es mi cumpleaños.

Al llegar a casa, ella ya está allí.

—¡Qué pronto vienes! —me dice—. Yo acabo de llegar del estudio. He estado pintado.

—¿Ha vuelto tu musa?

—Mi musa eres tú —me asegura acercándose para besarme. Se percata de que mis ojos andan algo vidriosos—. ¿Estás bien?

—No, hay algo de lo que quiero hablarte. Sentémonos —la invito a que tome asiento junto a mí.

Le cuento lo de la carta, quién me la ha traído y lo que contiene. Estela me escucha con atención y, antes de hablar, me coge la mano.

—¿Qué quieres hacer?

—Me gustaría verla —le digo sincerándome.

—Pero no sabes cómo se encuentra. Tal vez, ni te reconozca.

—Lo sé, pero necesito decirle que no le guardo rencor.

—¿Su colega te ha dicho algo? ¿Dónde vive?

—No, sólo me la ha dado y se ha ido. Pero sigue ejerciendo en la universidad, así que no será difícil dar con ella.

—Estupendo, pero eso tendrá que esperar a mañana. Te recuerdo que tenemos una reserva para la cena.

—Gracias, cariño —le digo abrazándola.

—Vamos a cambiarnos, que, si no, llegaremos tarde.

Me tapa los ojos con un pañuelo y cogemos un taxi. Por la distancia recorrida, intuyo que el restaurante no está muy lejos de casa. Me engancho a su brazo y me ayuda a bajar del coche. Siento abrirse una puerta y Estela vuelve a sujetarme, invitándome a caminar a su lado.

—Ya puedes quitártelo —me indica. Al hacerlo, descubro que

estamos en su *loft*. Lo ha decorado con velas y ha preparado una mesa preciosa—. Estuve buscando un sitio íntimo y he pensado que éste era el mejor. ¡Feliz cumpleaños, cariño!

Me acerco a ella y la beso. No sé cómo agradecerle su cariño y devoción.

—Te quiero tanto… —le digo.

—Lo sé. Me costó un año conquistarte, pero el que la sigue la consigue —sentencia guiñándome un ojo—. ¿Champán?

—Sí, por favor.

Abre la botella que reposa en una elegante cubitera, consiguiendo que el corcho salte por los aires. Llena dos copas y entonces propone un brindis.

—Por ti.

—Por nosotras —añado.

Me doy cuenta de que sobre uno de los platos hay una cajita. No sé si es lo que pienso pero, si lo es, las mariposas de mi estómago están celebrándolo.

—Ábrelo. Es tu regalo, aunque no sé si es un buen momento.

Lo desenvuelvo con cuidado. Los nervios se instalan en mis dedos, volviéndome más torpe de lo habitual. Al final consigo abrirlo. Es un anillo precioso. Estela hinca una rodilla ante mí y suelta:

—Marta Gaviria, ¿quieres casarte conmigo?

—Sí, sí y sí —mi respuesta no se hace esperar. Pone el anillo en mi dedo y nos besamos.

—Te quiero.

—Yo sí que te quiero —le susurro, perdiéndome entre sus brazos.

He pasado todo el fin de semana buscando en la página web de la facultad información sobre el profesorado actual, y al final he conseguido dar con Carmen. Es la una de la tarde y aprovecho la hora libre que tengo para escaparme hasta la universidad. Al parecer no ha cambiado mucho en todos estos años, porque la recuerdo casi igual. No me resulta difícil llegar hasta los despachos, pues también siguen en el mismo sitio. Tras recorrer unos cuantos consigo encontrar el que busco. Un placa anuncia «Carmen Álvarez, catedrática». Llamo a la puerta y me parece escuchar «Adelante». La

abro y, en cuanto me ve, su cara la delata. No espera mi visita por nada del mundo.

—Buenas tardes. Sólo le robaré unos minutos —le digo.

—Siéntate, por favor —me indica, todavía con los ojos abiertos de par en par—. Tú dirás.

—Quería saber dónde está Sofía.

—No lo sé —miente.

—Sé que lo sabe. Ha confiado en usted para que me diera la carta. Tiene que saberlo. Por favor, necesito verla.

—Ella… Ya no es la que era. La enfermedad en estos últimos años se ha agravado.

—Por eso, ahora más que nunca, me gustaría verla.

—Ella me advirtió de que esto podía pasar y me hizo prometérselo.

—Por favor, Sofía ya ha sufrido bastante. Deje que la vea una vez más. Necesito que sepa que no le guardo rencor.

Carmen mueve su cabeza en señal de negación.

—Se lo pido por favor. Ella debe saber que la he perdonado.

Al parecer mis últimas palabras consiguen conmoverla. Coge un papel y escribe algo en él.

—Espero no equivocarme, porque acabo de romper una promesa —dice mientras me lo da.

—Muchísimas gracias, y no se preocupe porque ha hecho lo correcto —le aseguro mientras abandono el despacho.

En el papel solo figura una dirección. La guardo en mi bolsillo y vuelvo al trabajo. Una vez allí, la escribo en el buscador de google y me indica que en ese lugar hay una residencia especializada para pacientes con alzhéimer. Está a unos cuantos kilómetros de Madrid, así que hasta el fin de semana no creo que pueda escaparme.

—¿Has ido a casa a comer? —pregunta Cristina, que acaba de entrar en mi despacho.

—No, no he comido. Tenía que hacer una visita a alguien.

—Vaya, cuánto misterio. ¿Me lo vas a contar? —A Cristina no se le puede ocultar nada. Le pongo al día de todo—. ¿Y vas a ir a verla?

—Sí, quiero hacerlo.

—¿Y Estela qué piensa de todo esto?

—Ella me apoya, dice que las heridas del pasado tienen que

curarse para poder seguir adelante.

—Qué suerte tienes. Cualquiera no podría sobrellevar eso.

—Yo siempre he sido sincera con ella, y sabe que siento un enorme cariño por Sofía. Creo que es algo que tengo que hacer. Se lo debo.

—Es una historia tan triste, aunque estoy segura de que se alegrará mucho al verte.

—Eso espero —contesto con un nudo en el estómago, porque no sé si me recordará.

Capítulo 19

No me olvides

Estela se ha empeñado en acompañarme, y es algo que le agradezco. No me siento con fuerzas para hacer esto sola. Hemos cogido su moto y estamos disfrutando de un día de lo más primaveral. El sol proyecta sus suaves rayos sobre nuestros trajes de cuero, y siento como si me arroparan. Agarrada a la cintura de mi chica, no puedo dejar de pensar en cómo voy a encontrarme a Sofía. Tengo miedo de que no me reconozca, aunque quizá eso haga que la visita sea más fácil, porque sé que ésta será la última vez que nos veamos. Estela suelta su mano del manillar y aprieta con fuerza la mía. Sabe de mis desvelos y es su forma de decirme «Tranquila, todo va a ir bien».

Tardamos una hora y pico en llegar a ese pueblo remoto. Está metido en la sierra, y el aire que allí se respira alegra mis pulmones. Enormes jardines nos reciben, y los atravesamos hasta llegar al edificio central. Por su fachada se adivina que se trata de una reciente construcción. Tras cruzar la puerta de entrada, nos dirigimos hacia el mostrador de recepción.

—Buenos días, venía a visitar a Sofía, Sofía Martínez —le digo a la auxiliar que se esconde detrás del mostrador con cara de pocos amigos.

—¿Es usted familiar?

—Sí —miento sin dudarlo—. Soy su prima.

La mujer revisa unos papeles y pienso que va a descubrirme.

—Habitación cuarenta y siete, primer piso. La visita no puede durar más de una hora.

—Muchas gracias.

—Cariño, estaré en la cafetería —me dice Estela, señalándomela.

Opto por tomar las escaleras, porque necesito tiempo para repasar qué es lo que voy a decirle cuando la vea, pero los nervios no me dejan pensar con claridad. Ya en el primer piso, avanzo por las distintas puertas hasta que me encuentro delante de la número cuarenta y siete. La golpeo ligeramente con mis nudillos, pero ningún sonido sale del interior. Vuelvo a tocar y la abro. La habitación está en un silencio absoluto, y un sillón orejero descansa al lado de la única ventana que hay en toda la estancia. Distingo a alguien sentado en él, y por el pelo ya sé que se trata de Sofía. Camino hacia ella y, cuando estoy justo en frente, le digo:

—Hola, Sofía, soy Marta.

Apenas percibo alguna señal en su rostro que delate sorpresa al verme. Tiene una manta que cubre sus piernas y, aunque el paso del tiempo se ha marcado en su rostro, sigue tan bella como entonces.

La miro a los ojos intentando descubrir algún movimiento en ellos, pero tiene la mirada perdida. Acerco una silla hasta su sillón. Me siento enfrente y cojo una de sus manos. Me parece notar una pequeña reacción en su cuerpo, pero su mirada vuelve a estar fija en algún punto.

—He leído tu carta y quiero que sepas que no estoy enfadada. Al principio sí que lo estuve, pero el tiempo me ha ayudado a entender que todo lo hiciste porque me querías. Yo también te sigo queriendo. En mi corazón siempre tendrás un hueco que nadie ocupará.

Noto como pestañea y me parece que su mano está apretando la mía; su mirada, en cambio, sigue confusa. Tal vez son imaginaciones mías, pero siento que me conoce.

—Aunque sé que ha pasado el tiempo, sigues tan guapa como siempre —le digo acariciándole la mejilla—. Si me hubieras dejado estar a tu lado, todo habría sido distinto —añado sin poder contener las lágrimas.

De pronto siento su mano en mi cara, y la agarro con todas mis fuerzas.

—¡Sofía! ¡Sofía, por favor, mírame! ¡Soy yo, Marta!

Pero ella sigue sin mirarme y vuelve a poner la mano en su regazo. Carmen ya me había avisado del deterioro; no obstante, seguía teniendo la esperanza de que me reconociera.

—Quiero darte las gracias por haber enviado mi novela a la editorial. Les gustó mucho y querían publicarla, pero al final hablé con mi jefe y dejé que fuera él quien lo hiciera. No me gustaba la idea de estar con la competencia.

En una esquina, puedo apreciar una pequeña estantería llena de libros.

—Veo que la pasión por la literatura no la has abandonado —digo mientras me levanto y me acerco para echar un vistazo a los ejemplares. En un marco de plata puedo ver nuestra caricatura, la que nos hicimos en París. La cojo y vuelvo hasta ella.

—¿Te acuerdas? Aquel artista de Montmartre nos dibujó en unos minutos. Me alegra que todavía la conserves. Sabes, creo que nunca he vuelto a ser tan feliz como en aquel viaje contigo.

Ella sigue mirando hacia la ventana, y yo devuelvo la foto a su sitio. Y entonces allí, entre todos los libros, descubro el mío. Lo tomo entre mis manos y vuelvo a sentarme a su lado.

—Además de ser la primera en leerlo, fuiste la que le dio el título. Me hubiera gustado regalártelo. Si me permites, me gustaría dedicártelo.

Mientras escribo unas líneas, la observo por el rabillo del ojo y veo que ha bajado la mirada hasta el libro.

—Ya está. Voy a leértela —le digo, intentando encontrarme con sus ojos que han vuelto a perderse—. «*Para Sofía. Gracias por enseñarme el verdadero significado del amor. Nunca te olvidaré, Marta*».

Me acerco a ella y la beso en la mejilla. Está tan indefensa… Todavía sigo sintiendo esa extraña electricidad como cuando nuestros cuerpos se rozaban, y estoy segura de que ella también puede sentirla, pero, si es así, lo disimula muy bien.

—Tenías razón y no te equivocabas con la chica de la exposición. Se llama Estela, y es alguien muy especial. Desde el principio, le conté lo nuestro y ha tenido una paciencia infinita conmigo. Sabe que lo que siento por ti jamás desaparecerá, pero cree que lo nuestro puede funcionar. Aunque he necesitado tiempo, también he conseguido hacerle un hueco en mi corazón. Hasta ahora no había podido amar a nadie que no fueras tú, pero Estela ha conseguido traspasar esa barrera. Al parecer, tú lo supiste aquel día, cuando nos viste juntas. Ahora sé que antepusiste mi felicidad a

todo lo demás, aunque eso fuera tremendamente doloroso para ti. No sé cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí porque, sin duda, conocerte ha sido lo más maravilloso que me ha ocurrido en la vida. Por eso quiero que sepas que te quiero y que siempre te querré.

Entre lágrimas, vuelvo a besar su mejilla y sentir por última vez esa conexión especial que sólo ella y yo conocemos. Siento cómo me coge la mano y me la aprieta con fuerza durante unos segundos. Los suficientes para darme a entender que, en alguna parte de su cabeza, sabe quién soy.

—Hasta siempre, Sofía —me despido, abandonando la habitación.

Antes de volver al piso de abajo y reunirme con Estela, me apoyo en la pared e intento recobrar el aliento. En cuanto me recupero, voy hasta la cafetería. Estela está tomando un café y parece distraída.

—¿Qué tal ha ido? —me pregunta con interés.

—No habla y tiene la mirada perdida, aunque quiero pensar que no me ha olvidado.

—Seguro que no. Alguien como tú no se olvida tan fácilmente.

—Gracias, cariño —le digo cogiéndole la mano—. Ha sido más duro de lo que pensaba.

—Pero era algo que debías hacer. Si no, te lo habrías reprochado toda la vida, y seguro que para ella ha sido una bonita sorpresa. Estoy convencida.

—¡Qué suerte tengo! Gracias por tu comprensión y tu apoyo. Sin ti, no habría sido capaz.

—¿Nos vamos?

—Sí. Volvamos a casa.

Abandonamos el lugar y no puedo evitar sentir que una parte de mí también se ha quedado allí con ella para siempre.

Capítulo 20

No quiero olvidarte

Hoy parecía que iba a ser otro día más, pero mi cabeza me ha dado un respiro y los recuerdos se agolpan luchando para no caer en el olvido. Siempre hay uno que retumba mucho más fuerte que los demás: el tuyo, mi querida Marta.

A media mañana he recibido una visita que no esperaba. De todas ellas, algunas se quedan en mi memoria pero la mayoría se esfuman como si no hubieran tenido lugar. En ocasiones viene mi prima, a la que distingo fácilmente porque lo hace con asiduidad. También suele venir una mujer que dice haber sido compañera de la facultad, aunque raras veces la reconozco. Pero hoy has venido tú, la última persona que esperaba ver.

A pesar de la enfermedad, he reconocido tu voz desde el primer momento y, cuando has dicho tu nombre, ya no he tenido la menor duda. Te has sentado frente a mí y me has mirado a los ojos. He tenido que hacer un gran esfuerzo para no sumergirme en ellos, no quería que la visita fuera más difícil de lo que ya lo iba a ser, así que he decidido mantener la mirada perdida porque, si nuestros ojos se hubieran encontrado, no habría sido capaz de volver a despedirme de ti.

Me has cogido la mano y he tenido que controlarme. Ha pasado mucho tiempo desde tus últimas caricias, y mi cuerpo sigue tan necesitado de ellas como el primer día. Sé que tú también lo has notado y me hubiera gustado decirte: «Marta, estoy aquí», pero eso lo habría hecho todo más difícil. Entonces te has emocionado y he visto las lágrimas rodar por tu mejilla, y mi mano ha ido directamente al rescate para calmarlas. No he podido dominarme, y

tú te has dado cuenta, pero como respuesta te he vuelto a ofrecer una mirada perdida.

Ha sido maravilloso volver a escuchar tu voz. Veo que has conseguido pasar página a pesar de todo el dolor que te he causado, pero quiero que sepas que no tenía otra opción. Alejarme de ti ha sido lo más doloroso que he hecho en toda mi vida, pero tu felicidad siempre ha estado por encima de todo.

Me cuentas que tu novela está siendo un éxito, y no sabes cuánto me alegro. Yo ya no leo porque no consigo retener las palabras, aunque sigo guardando algunos de mis libros favoritos, entre ellos el tuyo. Te has empeñado en dedicármelo y aprovecho para mirarte mientras tus ojos se concentran en esa primera página. Los años te han sentado muy bien, sigues siendo tan bonita… Me lees la dedicatoria y tengo que hacer un esfuerzo inmenso para no llorar. Ahora eres tú la que acude a mi rescate besándome en la mejilla, y de nuevo ahí está esa electricidad que sólo nuestros cuerpos saben descifrar.

Y por fin me hablas de ella, la chica que ha conseguido que tu corazón vuelva a latir y que tus ojos vuelvan a brillar. Estoy muy orgullosa de ti. No ha sido fácil pero lo has logrado. Sé que vas a ser muy feliz. De nuevo vuelves a regalarme otro beso, el de la despedida, y me aferro a tu mano desesperada temiendo tu inminente marcha. Sólo han sido unos segundos, pero nuestras miradas se han encontrado y lo han confesado todo. Vuelvo mis ojos hacia la ventana mientras escucho tus últimas palabras: «Hasta siempre, Sofía», y me quedo allí, viendo cómo abandonas el edificio en compañía de quien te ha devuelto la sonrisa que tanto he amado. Pero no me quedo sola, tengo conmigo tus recuerdos, todos aquellos momentos maravillosos que pasamos y el amor que nos profesamos. Y entonces sonrío porque tengo la certeza de que, por mucho que esta enfermedad se empeñe, a ti, Marta, nunca te olvidaré.

FIN



Sonia Lasa: Vasca de nacimiento (Beasáin, 1979) y andaluza de adopción. Estudió Periodismo y ha trabajado en varios medios. Debutó como novelista con «Una receta inesperada» (2016), obra que autopublicó. «No me olvides» fue su primera novela publicada con Egales, en 2017 y ahora le sigue «Verano del 36».